

La cebolla y Milei

Capas del poder digital



Leonardo Colella

PENSAGRAMA

La cebolla y Milei

Capas del poder digital

PENSAGRAMA

Colella, Leonardo Javier

La cebolla y Milei : capas del poder digital / Leonardo Javier Colella. - 1a ed. - Tigre : Pensagrama, 2026.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-631-91166-2-5

1. Democracia. 2. Comunicación Política. 3. Plataforma Web. I. Título.

Editorial Pensagrama

<https://pensagrama.cinpar.org/index.php/pensagrama>

Diseño, diagramación e ilustración: Editorial Pensagrama

Esta obra está publicada bajo una licencia

Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional

(CC BY-NC-SA 4.0).

Para más información, visite:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/deed.es>

Se autoriza la reproducción, distribución y comunicación pública de esta obra, siempre que se reconozca adecuadamente su autoría, no se utilice con fines comerciales y se comparta en los mismos términos.

Obra registrada en la Dirección Nacional del Derecho de Autor (DNDA). Registro de obra publicada, conforme a la Ley 11.723.

ISBN: 978-631-91166-2-5

Publicación digital de acceso abierto sometida a revisión por pares.

En el proceso de edición de esta obra se utilizaron herramientas de IA como apoyo técnico para tareas de corrección y ajuste formal del texto. La elaboración conceptual, los argumentos y las posiciones críticas son responsabilidad del autor.

PENSAGRAMA

Índice

PRÓLOGO – Democracia Desviada	6
CAPA 1 – Síntomas de una Democracia Rota.....	15
CAPA 2 – Esfera Pública Transmutada	29
CAPA 3 – Arquitectura Social Digital	48
CAPA 4 – Interfaz	64
CAPA 5 – Genealogía de una Extracción Invisible	79
CAPA 6 – Sistema Tecnoindustrial	90
CAPA 7 – Gubernamentalidad Algorítmica.....	106
Estratigrafía de las Capas.....	118
Bases para un Ecosistema Digital Democrático.....	138
EPÍLOGO – Una palabra a tiempo.....	150
Referencias Bibliográficas	154
Nota de contacto	158

PRÓLOGO – DEMOCRACIA DESVIADA

1. Navidad de 2023

A veces los procesos históricos se condensan en escenas que, por su brevedad, pasan inadvertidas incluso para quienes los estudian. La noche del 24 de diciembre de 2023, pocos minutos antes de la medianoche, la red social X exhibía las tendencias nacionales. El orden resultaba tan familiar como ominoso: “Papá Noel” encabezaba la lista; debajo, “CONICET”. Al abrir el *hashtag*, emergió una cantidad sorprendente de mensajes que celebraban la degradación de una institución científica. No era un estallido de indignación circunstancial, sino una cadena de expresiones disciplinadas por una lógica que comenzaba a mostrar una eficacia propia. En ese flujo, lo que se erosionaba no era solo una institución, sino la capacidad misma de reconocer con claridad qué era aquello que estaba siendo atacado.

Esa escena, trivial en apariencia, dejaba entrever una mutación más profunda. No se trataba de un viraje ideológico convencional ni de un malentendido colectivo. La estructura emocional y cognitiva que sostenía ese odio parecía operar con una autonomía inquietante. Aquel episodio, que podría haber quedado registrado como una anécdota menor en cualquier bitácora personal, funcionó más bien como un indicio: algo en la arquitectura de lo público estaba reconfigurándose con una velocidad y una eficacia que desbordaban las categorías habituales con las que intentamos pensar la política contemporánea.

2. El desborde conceptual

Durante más de quince años como investigador, mi trabajo se desarrolló en el cruce entre filosofía, educación y política. Un campo que, incluso en sus tensiones, conserva cierta confianza en que la palabra, el pensamiento y la crítica ofrecen herramientas para interpretar el presente. Sin embargo, hacia comienzos de la década de 2020, se volvió evidente que esa confianza ya no alcanzaba para descifrar fenómenos que se producían fuera del perímetro conceptual de la filosofía y la política. Intenté dialogar con investigadoras e investigadores de otras áreas, persuadido de que las nuevas formas de poder, más técnicas que doctrinarias, más afectivas que argumentativas, requerían enfoques transversales. La conversación, pese al interés genuino de muchos colegas, no lograba encontrar un terreno estable: la academia también distribuye la palabra según sus propios criterios de orden, legitimidad y pertenencia, y esa distribución limita a veces la posibilidad de advertir mutaciones que no se ajustan a los marcos reconocidos.

Con ese panorama, en 2025 tomé una decisión extraña al recorrido académico habitual: escribir un libro antes de comenzar formalmente una investigación. Una inversión de-

liberada del orden establecido como gesto de desobediencia metodológica: una forma de obligar a las preguntas a surgir antes de que el objeto se vuelva legible en categorías heredadas, antes de que la investigación se acomode a sus protocolos habituales, antes de que la realidad sea absorbida por marcos conceptuales ya consolidados y pierda su capacidad de incomodarnos.

3. Un libro-experiencia

La elección estuvo inspirada por una definición de Michel Foucault sobre los llamados “libros-experiencia”. En una entrevista de 1981, Foucault afirmaba que jamás escribiría un libro para comunicar lo que ya sabe, porque, de hacerlo, *ni siquiera tendría el valor de comenzarlo* (2003, p. 9). Esa frase, que en otros contextos podría parecer un gesto de falsa modestia, plantea en realidad un programa epistemológico: la escritura como técnica de transformación subjetiva, como ejercicio de desplazamiento conceptual y como procedimiento mediante el cual un autor se obliga a recorrer un campo problemático sin garantías de llegar a una conclusión estable.

Este libro fue concebido desde esa lógica. No busca transmitir un repertorio de conocimientos previos ni ofrecer un catálogo cerrado de explicaciones. Su propósito es distinto: producir una experiencia intelectual, tensar las categorías con las que venimos pensando la democracia, y provocar un desplazamiento en la manera en que interpretamos la relación entre tecnología, afectividad y poder. También invita a que su lectura se inscriba en la misma lógica: no como consumo de un saber consolidado, sino como un tránsito que permita revisar posiciones, problematizar certezas y reconsiderar aquello que solemos dar por sentado cuando hablamos de esfera pública, subjetividad política o legitimidad democrática.

4. Una mirada por capas

Este libro no adopta la forma clásica de una especialización disciplinar. No procede por el recorte de un objeto ni por la inmersión exhaustiva en un problema aislado, sino por un gesto inverso: retroceder un paso para observar el plano más amplio en el que ese problema se inscribe y, cuando es necesario, retroceder otro paso más para comprender las condiciones que lo hacen posible. A eso llamamos aquí *capas*: niveles de organización (técnicos, económicos, políticos, culturales, subjetivos) que no se suceden linealmente, sino que se superponen, se sostienen y se condicionan entre sí. Cada fenómeno que analizamos se inscribe en un entramado mayor que le otorga sentido. Atender solo a la superficie equivaldría a perder de vista aquello que la hace posible.

El propósito del libro, entonces, no es profundizar en la especialización de cada una de esas capas, sino organizar transversalmente los problemas que se distribuyen entre ellas, articularlos y mostrar cómo se influencian mutuamente. Pensar por capas implica aceptar que ninguna explicación es autosuficiente y que solo una mirada capaz de desplazarse entre niveles puede ofrecer una comprensión ajustada de las mutaciones contemporáneas. Esta estructura no busca fijar una teoría, sino abrir un campo de relaciones, un modo de lectura que permita considerar el conjunto sin perder la singularidad de sus partes.

Pero pensar por capas también tiene una consecuencia práctica: ningún grupo aislado puede abordar por sí solo problemas que exceden los marcos habituales de interpretación y acción. Los fenómenos que atraviesan este libro (la reorganización técnica del espacio público, la modulación afectiva, las transformaciones en la subjetividad política) desbordan los lenguajes especializados y atraviesan ámbitos diversos de la vida social. Comprenderlos exige construir vínculos entre saberes, experiencias y prácticas que hoy circulan fragmentadas, aun cuando se enfrentan a los mismos efectos.

Se trata, entonces, de reconfigurar las condiciones mismas desde las que pensamos y actuamos colectivamente. Asumir que una parte de los problemas que enfrentamos no pertenece a un espacio profesional o institucional específico, sino a un territorio compartido cuya comprensión exige conversación sostenida, intercambio real y formas nuevas de cooperación. Las consecuencias de aquello que analizamos son demasiado significativas para quedar confinadas a circuitos cerrados: comprometen la forma en que vivimos, nos informamos, nos vinculamos y ejercemos nuestra vida democrática. Por eso, más que una alianza metodológica, lo que se vuelve necesario es un compromiso colectivo, un modo de pensar y de intervenir que desborda cualquier rol particular y reclama una comunidad que aún está en proceso de formarse.

5. Una comunidad dispersa

La elaboración del libro implicó reconocer y ordenar el trabajo extraordinario de colegas que, desde múltiples disciplinas, vienen analizando los fenómenos que alimentan estas páginas. Lo hacen con una dedicación que muchas veces transcurre en silencio, en circuitos académicos restringidos o en conversaciones que no llegan al debate público. No pocas veces lo hacen en contextos donde la investigación en ciencias sociales y humanidades es tratada como un ornamento prescindible y costoso. Y, sin embargo, son esos trabajos (fragmentarios, heterogéneos, imprescindibles) los que permiten comprender cómo se estructuran hoy las nuevas formas de manipulación política, cómo operan las plataformas digitales sobre la percepción colectiva y qué tipo de subjectividades emergen en esos entornos.

Este libro se nutre de esas investigaciones, intenta ponerlas en relación y extraer de ellas un mapa conceptual que permita avanzar hacia una tarea mayor: activar una comunidad interdisciplinaria capaz de pensar en conjunto el desafío

que enfrentamos. No se trata de construir un consenso ni de ensamblar un programa, se trata de producir un espacio donde las ideas puedan moverse con la libertad necesaria para interpretar un fenómeno que atraviesa no solo a la Argentina, sino al mundo entero. El deterioro democrático que observamos no puede explicarse a partir de categorías estrictamente locales: responde a una reorganización global de la arquitectura digital, la economía del dato, la circulación afectiva y las técnicas de persuasión.

6. La cebolla y Milei

Es aquí donde adquiere sentido el título del libro. No porque la figura presidencial sea el centro de esta investigación, sino precisamente porque no lo es. Milei funciona como una señal privilegiada de un proceso mucho más profundo: condensa, amplifica y hace visible una serie de mutaciones técnicas, afectivas y culturales que exceden por completo a la biografía de un dirigente. Su relevancia, en este libro, no proviene de su excepcionalidad, sino de su insignificancia estructural: encarna algo que lo desborda. El interés no está puesto en su nombre, sino en el sistema de capas subterráneas (tecnológicas, discursivas, económicas, emocionales) que permiten que un fenómeno así se produzca, circule y condense legitimidades. Pensarlo como “cebolla” implica leerlo como la capa superficial de un régimen mucho más complejo que opera por debajo.

Algunas lecturas recientes han sugerido que ciertos liderazgos contemporáneos deben comprenderse menos como anomalías y más como expresiones coherentes de una *episteme digital* (Sanguinetti, 2024). No se trata solo de dirigentes que utilizan las plataformas con eficacia comunicacional, sino de figuras que encarnan de manera performativa las lógicas estructurales de este ecosistema: la sospecha hacia cualquier forma de mediación comunicacional, la aversión

a la complejidad y la traducción de la política en gestos de impacto inmediato.

En ese sentido, el libro no propone concluir nada. Su función es más modesta y, quizás, más urgente: abrir un problema, mostrar que lo que está en juego no es simplemente una disputa política local, y plantear la necesidad de construir un proyecto colectivo orientado a imaginar un ecosistema digital democrático. La noción de “ecosistema” no inspira aquí ninguna metáfora amable: alude a la complejidad de un sistema de relaciones técnicas, culturales y afectivas que ya opera como condición de posibilidad de nuestras democracias. Intervenir en ese sistema requiere una comunidad que todavía no existe del todo, pero que comienza a perfilarse en espacios académicos, militantes, periodísticos, pedagógicos y tecnológicos.

A quienes investigan estos temas desde hace años, muchas veces contra la corriente, corresponde un reconocimiento explícito. Su trabajo sostiene algo más que un campo de estudio: sostiene la posibilidad misma de comprender qué nos está ocurriendo como sociedad, y de evitar que la aceleración técnica sea vivida como un destino. Este libro es, en parte, un gesto de reconocimiento hacia esas personas; también es un intento de extender esa comunidad, de convocar nuevas voces, de habilitar un modo de pensar que pueda acompañar las transformaciones que ya están en curso.

7. Contra la melancolía democrática

Este libro no parte de la idealización de una democracia perdida. Las democracias realmente existentes, antes de las transformaciones recientes del ecosistema comunicacional y tecnológico, estuvieron atravesadas por desigualdades estructurales profundas, exclusiones persistentes y mecanismos de dominación económica, cultural y simbólica que limitaron severamente su promesa igualitaria. La discusión

pública moderna nunca fue plenamente inclusiva ni verdaderamente deliberativa: estuvo históricamente mediada por élites políticas, económicas y mediáticas, condicionada por asimetrías materiales y sostenida por formas de representación que, en muchos casos, neutralizaron más conflictos de los que resolvieron.

Reconocer estos límites no es un gesto retórico, sino una condición intelectual indispensable. Cualquier análisis que idealice el pasado democrático corre el riesgo de oscurecer tanto las luchas que lo atravesaron como las violencias que lo constituyeron. Este libro no propone volver a una edad dorada inexistente ni restaurar una forma previa de la política como si sus problemas hubieran sido contingentes o secundarios.

Sin embargo, criticar la democracia anterior no habilita a desatender las mutaciones contemporáneas que están alterando de manera significativa sus condiciones de funcionamiento. La tesis que orienta este trabajo no consiste en comparar grados de democracia entre distintos momentos históricos, sino en caracterizar los procesos mediante los cuales se modifican los modos de organizar, hacer circular y experimentar lo político. No se trata de oponer épocas ni de establecer balances normativos, sino de identificar un desplazamiento estructural que afecta la configuración de los vínculos, la visibilidad pública, la producción de sentido y la experiencia misma del conflicto.

Comprender críticamente estos cambios resulta indispensable precisamente porque las democracias previas ya eran frágiles, incompletas y desiguales. Las transformaciones recientes no corrigen esos déficits: los reordenan, los redistribuyen y, en muchos casos, los vuelven menos visibles y más difíciles de interpelar colectivamente. Este libro se inscribe en ese esfuerzo: examinar las condiciones actuales bajo las cuales la democracia, con todos sus conflictos, tensiones y límites, aún puede ser pensada, disputada y reconstruida.

8. Las coordenadas iniciales

Si en estas páginas aparece una nota de cautela, no proviene de un juicio profético, surge del hecho de que nuestras democracias se están reorganizando en un nivel técnico que aún no comprendemos del todo, y ese desconocimiento nos deja expuestos a formas de poder que actúan con gran eficacia. Reconocer esa mutación implica abandonar la comodidad de las disciplinas aisladas y arriesgar una conversación que, inevitablemente, será inestable.

Lo que sigue es un intento de recorrer ese terreno inestable. Quien lea estas páginas tal vez perciba que la investigación comienza aquí, no en los archivos ni en los laboratorios, sino en el esfuerzo colectivo por recuperar una comprensión común de aquello que sostiene la vida democrática.

Este prólogo no inaugura un libro terminado: describe el punto de partida de una experiencia compartida de pensamiento. Y, tal vez, la posibilidad de que esa experiencia se convierta en una comunidad capaz de intervenir en el mundo que se está configurando mientras leemos.

CAPA 1 – SÍNTOMAS DE UNA DEMOCRACIA ROTA

Los momentos decisivos de una democracia no siempre coinciden con los episodios más visibles de su historia. Existen rupturas que se manifiestan como acontecimientos abiertos y que pueden ser reconocidas como tales en el momento en que ocurren. Pero hay también transformaciones más silenciosas, que no irrumpen con un hecho espectacular ni dejan un registro preciso que permita fechar su inicio. Estas últimas suelen manifestarse como una interrupción mínima, un desajuste en el modo habitual de percibir el mundo común.

El lenguaje comienza a trabarse, como si hubiera perdido su capacidad de dar forma a lo real. La conversación pública se desordena, como si las palabras hubieran dejado de reconocerse entre sí. Y la intuición colectiva percibe un temblor que no alcanza a nombrarse, pero cuya persistencia señala que el suelo mismo está cambiando. Son momentos en los

que la política deja de presentarse como el escenario habitual de disputas, intereses y estrategias, y comienza a aparecer como el síntoma visible de una alteración más profunda.

Estos síntomas no son, sustancialmente, la causa primera. Tampoco son meras deformaciones anecdóticas producidas por la crisis económica, la polarización o el desgaste institucional. Funcionan, más bien, como señales superficiales de un proceso que se gestó por debajo, lejos de la mirada pública, en lugares donde la democracia ya no distingue entre lo evidente y lo imperceptible. Lo que aquí se describe son apenas las marcas de un desplazamiento mayor, un corrimiento estructural que comenzará a revelarse a medida que el libro avance hacia capas más profundas. Pero para poder descender es necesario, primero, aprender a leer lo que se descompone en la superficie.

Los síntomas son *ruido*. No cualquier ruido, sino uno capaz de erosionar la experiencia democrática: un ruido que aplasta la palabra pública, que disuelve la posibilidad de un espacio común y que satura el intercambio hasta anular las condiciones mínimas de la interlocución. Ese ruido no surgió de la nada: es la huella audible de una reorganización del ecosistema comunicacional y afectivo que empezó antes de que pudiéramos advertirla. Para comprender por qué la democracia argentina, como tantas otras, se encuentra hoy atrapada en una deriva alarmante, es necesario comenzar por allí: por los temblores iniciales, por los desplazamientos que se volvieron habituales, por las escenas que, de tanto repetirse, dejaron de ser leídas como advertencias y se incorporaron como variables tolerables de la vida democrática.

1.1 – El método de los 17.000

En diciembre de 2023 se produjo uno de esos episodios que, en otros tiempos, habría marcado un límite infranqueable. En su primer día como presidente, Javier Milei afirmó

que la inflación heredada rondaba el 17.000 por ciento anual. La cifra no era absurda: era imposible. Y sin embargo, no generó un escándalo de similar proporción. No hubo costo político, no hubo erosión de legitimidad, no hubo siquiera un instante de incomodidad pública. El número circuló, produjo efecto y se evaporó, como si su propia imposibilidad fuera un dato irrelevante. Ese es el punto: el número ya no buscaba describir un estado de cosas, sino producir un clima afectivo, crear un marco que justificara un estilo de gobierno basado en la excepcionalidad permanente.

El mecanismo era transparente. La cifra derivaba de tomar un mes extraordinario (diciembre, atravesado por una devaluación abrupta y una liberación generalizada de precios impulsada por el propio gobierno entrante), elevarlo exponencialmente durante doce meses y proyectarlo hacia el pasado como si fuera una tendencia heredada. La fórmula $(1.54^{12} - 1) \times 100$ permitía fabricar un número estrañamente realista, cuya función no era señalar una realidad económica sino construir un relato inmunizante: un modo de instalar retrospectivamente que el país había sido recibido en un estado terminal, incluso si la operación para llegar a esa conclusión requería una ficción metodológica evidente.

Lo que llama la atención no es la invención en sí (la política argentina tiene una larga tradición de exageraciones estadísticas), sino su eficacia. El número no resistía una verificación mínima, pero no necesitaba hacerlo. No estaba ahí para ser contrastado, sino para cerrar la posibilidad misma de la discusión. En el régimen comunicacional actual, la verdad llega siempre tarde: la corrección, la explicación, la refutación aparecen cuando el impacto ya operó, cuando la narrativa emocional ya fue consolidada. El método funciona porque opera en un ecosistema donde la palabra no cae sobre un terreno que permita la interrupción racional. La cifra performa, no informa.

Al mismo tiempo, se consolidaba otra distorsión: la diferencia entre bajar la inflación y reducir el daño que la inflación produce sobre la vida. El gobierno celebraba el descenso de las tasas mensuales mientras la población enfrentaba una pérdida profunda de ingresos reales, un deterioro acelerado del bienestar y una reconfiguración del horizonte de expectativas. El éxito estadístico se sostenía sobre un costo social silencioso. Pero ese desplazamiento semántico, demasiado tosco para pasar inadvertido en otra época, quedó absorbido por el flujo digital donde la conversación se organiza no por argumentos sino por intensidades. Allí, lo que importa no es la correspondencia con los hechos, sino la capacidad de moldear una afectividad colectiva.

El liderazgo que se consolidó en ese escenario no es indiferente a la verdad, sino un liderazgo que comprendió que la verdad dejó de ser la medida de su eficacia. La inmunidad comunicacional se convirtió en un recurso: la inconsistencia ya no erosiona la autoridad, la falta de rigor no implica ningún costo y la exageración no fractura apoyos. El interrogante deja de ser por la cifra y pasa a ser por su condición de posibilidad. ¿Qué estructura de circulación permite que una afirmación abiertamente inconsistente se vuelva políticamente operativa? Para abordar esa pregunta es necesario correrse del episodio puntual y observar los espacios, los formatos y las escenas donde ese modo de funcionamiento empezó a ensayarse antes de volverse una forma de gobierno.

1.2 – La miniatura que se volvió gobierno

Entre 2018 y 2021, mientras la política tradicional incorporaba las redes digitales pero seguía utilizándolas según los códigos heredados de la comunicación política previa (la declaración, la consigna, la réplica mediática), comenzó a adquirir centralidad un formato visual que hasta entonces había circulado en otros registros. No se trataba simplemente

de videos breves o de títulos provocadores, sino de un dispositivo gráfico específico: las *miniaturas*, esas imágenes reducidas que anteceden a cada video y organizan el régimen de sugerencias de las plataformas. En esos rectángulos condensados, visibles antes que cualquier contenido y decisivos para capturar la mirada, se ensayó una forma de intervención que no era nueva en términos generales, pero sí inusual dentro de la política argentina.

Las miniaturas respondían a una gramática visual altamente estandarizada. La composición se organizaba casi siempre en dos o tres columnas verticales: de un lado, el líder; del otro, una figura adversaria claramente identificable; en el centro, elementos gráficos que remitían a la destrucción (fuego, explosiones, rayos) y funcionaban como frontera y como intensificador del enfrentamiento. El rostro del líder aparecía sobreactuado, tensionado, en una gestualidad de ataque o dominio. El del adversario era intervenido digitalmente: lágrimas añadidas, marcas de golpes, gestos de humillación, rasgos alterados que lo colocaban en una posición de sometimiento. No se representaba una controversia, sino una escena de degradación asimétrica.

El texto reforzaba esa lógica con una economía verbal precisa. Dos líneas, tipografía gruesa, mayúsculas, verbos que no describían acciones políticas sino actos de reducción simbólica: “*aplastó*”, “*destrozó*”, “*humilló*”, “*hizo llorar*”, “*orinó*”, “*sometió*”. El léxico no remitía a la confrontación argumentativa, sino a un repertorio de violencia total, donde la derrota del otro debía ser visible, corporal, irreversible. Cada miniatura clausuraba la escena antes de que comenzara el video: establecía de antemano quién domina y quién es reducido, quién habla y quién queda expuesto.

Lo que comenzó como un uso localizado de ese formato, en canales pequeños, audiencias específicas, circuitos ideológicos fragmentados, fue adquiriendo una capacidad creciente de modelar disposiciones subjetivas. Allí se consolidó una fi-

gura política definida menos por su inscripción institucional que por su capacidad de encarnar una posición de combate permanente. La repetición sistemática de esas escenas no organizaba la experiencia pública en torno a la confrontación de ninguna razón, sino en torno a una secuencia reiterada de victorias simbólicas, donde la eficacia no dependía de la consistencia del enunciado, sino de su capacidad para imponer una escena de dominación.

Fue en ese desplazamiento donde ocurrió algo más profundo que la aparición de un nuevo liderazgo o de un estilo comunicacional llamativo. Lo que se incorporaba era un modo distinto de producir autoridad política: un régimen de visibilidad que subordinaba la palabra a la escena, el conflicto a la imagen y la legitimidad a la capacidad de reiterar gestos de sometimiento. Como en otros momentos históricos en los que ciertos formatos comenzaron a reorganizar la vida pública sin ser reconocidos de inmediato como tales, aquí se estaba ensayando una transformación de las reglas tácitas de la competencia política.

La pregunta, entonces, no es cómo un contenido menor se volvió central, sino qué condiciones hicieron posible que un formato originalmente lateral terminara funcionando como vector de gobierno. Esa pregunta no remite todavía a las causas profundas del fenómeno, sino a su manifestación inicial: a la manera en que ciertas escenas, ciertos lenguajes y ciertas formas de exposición comenzaron a redefinir qué cuenta como intervención política y bajo qué condiciones esa intervención resulta eficaz.

1.3 – La fractura que creció debajo del ruido

Los síntomas recientes de la vida política argentina no irrumpieron de manera repentina. Se fueron acumulando como fisuras progresivas hasta conformar un escenario en el que prácticas antes consideradas intolerables se volvieron

habituales y situaciones previamente excepcionales adquirieron carácter rutinario. Con el tiempo, se volvió aceptable que un presidente descalificara públicamente a colectivos enteros, no a adversarios políticos, sino a sectores socialmente reconocidos como médicos, científicos, docentes, artistas, periodistas o empleados estatales, sin que esa violencia verbal generara un rechazo significativo. La deslegitimación sistemática de instituciones intermedias, universidades, sindicatos, organismos públicos y medios, tampoco activó mecanismos de freno social. Aquello que antes requería un umbral de excepcionalidad pasó a integrarse al repertorio ordinario del ejercicio del poder.

Esta normalización no puede explicarse únicamente por la crisis económica ni por la frustración acumulada tras años de deterioro social. Esas variables permiten comprender ciertos estados sociales afectivos, malestar, resentimiento y hartazgo, pero no alcanzan para explicar la persistencia del fenómeno ni su eficacia política sostenida. La clave reside en un proceso menos visible, la reorganización del entorno en el que esos discursos circulan, la reconfiguración del espacio en el que adquieran sentido y la mutación de las condiciones que definen qué se amplifica y qué se diluye.

Las explicaciones coyunturales, en ese sentido, apenas alcanzan a describir la superficie de la escena. Identifican actores, episodios o contextos inmediatos, pero no logran dar cuenta de aquello que efectivamente se fracturó. El deterioro no se produce en el plano de los hechos visibles, sino en un nivel más profundo, en las condiciones que hacen posible que ciertos discursos prosperen y se estabilicen. No son los liderazgos ni los desplazamientos ideológicos, considerados de manera aislada, los que explican los síntomas, sino la transformación previa del terreno sobre el que esos liderazgos o enfoques ideológicos se vuelven viables. La palabra pública, que podía operar como mecanismo de articulación democrática, hoy aparece atravesada por una dinámica que la vuelve incapaz de orientar el sentido común.

Una democracia no colapsa únicamente cuando fallan sus instituciones visibles. Comienza a descomponerse cuando pierde la capacidad de interpretar lo que le ocurre. En ese punto, la sociedad deja de reconocerse en lo que ve y queda expuesta a una inquietud difusa, una sensación de desplazamiento para la que todavía no dispone de un marco explicativo. Los síntomas son las primeras señales de ese desajuste. No revelan la causa, pero la anuncian.

1.4 – La deriva de la palabra pública

El deterioro de la palabra pública no se produjo a partir de un episodio traumático ni de una ruptura súbita. Fue el resultado de un desplazamiento prolongado, casi imperceptible, que operó sobre sus condiciones de circulación. Incluso en los momentos más extremos de la historia política argentina, atravesados por violencias explícitas, interrupciones institucionales y experiencias radicales de injusticia, la palabra conservó, de un modo u otro, su capacidad de portar sentido. A veces fue interrumpida, censurada o forzada al silencio, pero justamente porque aún se la reconocía como un medio capaz de organizar la experiencia, de inscribirla en un horizonte inteligible y, eventualmente, de volverla discutible.

Durante décadas, la palabra pública circuló con cierto peso. No porque expresara un consenso ni porque garantizara justicia, sino porque lo hacía dentro de marcos que introducían demoras, resistencias y formas de confrontación que obligaban a inscribir lo dicho en una trama compartida. Incluso el conflicto más agudo encontraba, tarde o temprano, instancias de traducción simbólica. Ese régimen era frágil y desigual, pero hacía posible que la palabra funcionara como mediación entre experiencia, interpretación y disputa política.

Ese régimen comenzó a erosionarse gradualmente. La palabra no desapareció ni fue silenciada, sino que se fue des-

ligando progresivamente de los anclajes que la conectaban con el mundo común. Su circulación dejó de orientarse por la coherencia interna, la referencia compartida o la posibilidad de verificación, y empezó a responder a una lógica de encadenamiento continuo que volvió secundaria la elaboración de sentido colectivo. No se trató de una simple aceleración, sino de una mutación en la lógica misma de circulación: decir dejó de implicar sostener algo en el tiempo.

En ese contexto comenzaron a estabilizarse respuestas que no operan como intervenciones argumentativas, sino como fórmulas de cancelación. Frente a críticas extensas o razonadas, se volvió recurrente la expresión “ahora decilo sin llorar”. No se trata de una ocurrencia espontánea ni de un exceso individual, sino de una respuesta estandarizada, casi manualizada, diseñada para desplazar el intercambio del plano del sentido al registro de una afectividad degradada. Argumentar aparece allí como un gesto impropio, fuera de ritmo, y el esfuerzo por sostener una elaboración discursiva es traducido en una improcedencia subjetiva.

Más que refutar una posición, la fórmula funciona como un dispositivo de regulación del intercambio: desalienta la disposición a detenerse, a atravesar aquello que no se ofrece como superficie inmediata. Allí donde el régimen comunicacional actual sanciona el esfuerzo interpretativo y ridiculiza toda insistencia analítica, este libro asume deliberadamente el gesto contrario: demorar la lectura, insistir en el descenso, avanzar por capas, pelar la cebolla. Comprender exige tiempo e incomodidad, y a veces inevitablemente hace arder los ojos.

Ese mismo régimen comunicacional permite comprender por qué la noción de *posverdad* resulta insuficiente. La posverdad todavía remitía a una escena reconocible: hechos en disputa, versiones enfrentadas, intentos de manipulación que presuponían un suelo común que podía ser torcido o falseado. Lo que se descompone ahora es ese suelo. La palabra ya

no se enfrenta prioritariamente a otras palabras, sino al *ruido*: a una dinámica que la desborda y la neutraliza. No pierde eficacia porque sea falsa, sino porque queda subsumida en un entorno donde la persistencia, la referencia y la articulación dejan de ser criterios relevantes.

El avance del ruido es la expresión más visible de ese proceso. En la superficie, se manifiesta como exceso, agresividad o aparente sinsentido. Pero lo decisivo ocurre en un nivel más profundo: la palabra va perdiendo su función orientadora. Allí donde operaba como dispositivo de mediación entre experiencia y sentido, queda atrapada en un espacio que ya no le permite estabilizar significados ni sostener una conversación colectiva reconocible.

Por eso, la deriva de la palabra pública no constituye todavía la causa del problema, sino su umbral. En este capítulo solo aparece su manifestación inicial: un régimen en el que la conversación deja de organizar lo común y la política comienza a funcionar sin el sostén simbólico que, incluso en contextos de conflicto extremo, había permitido nombrar, disputar y elaborar la experiencia colectiva.

1.5 – El desajuste entre la palabra y el mundo

El desajuste se vuelve visible en escenas que se repiten con una frecuencia inquietante. Alguien enuncia una afirmación manifiestamente falsa. Circula, se amplifica, se convierte en consigna y adquiere eficacia política. Cuando finalmente aparece una refutación (cuando la evidencia se presenta, cuando los datos se ordenan, cuando la información verifica lo contrario), la frase ya produjo su efecto. La verdad, cuando llega, lo hace siempre desfasada, siempre tarde, siempre debilitada.

El episodio del 17.000% (de inflación) fue el ejemplo más estridente, pero no el único. En este régimen, la potencia po-

lítica de una afirmación no depende de su correspondencia con los hechos, sino de su capacidad para ocupar un espacio en el flujo digital. La circulación misma se volvió la medida de su realidad. La palabra ya no busca sostener un vínculo con el mundo, sino garantizar su propio rendimiento. Su eficacia radica en la velocidad con que se propaga y en la intensidad que es capaz de generar.

Durante gran parte del siglo XX, el debate público funcionó bajo un supuesto básico: la discusión requería un acuerdo mínimo sobre las reglas de juego de la palabra. Podían existir conflictos, disputas y antagonismos, pero persistían límites compartidos acerca de cómo articular los enunciados, cómo confrontarlos y cómo someterlos a prueba. Ese supuesto se quebró. Se desarticuló el conjunto de reglas tácitas que organizaban la circulación de la palabra y delimitaban sus condiciones de inteligibilidad común. Lo que emerge es un régimen en el que los enunciados ya no se ordenan por su relación con un referente discutible, sino por criterios externos que regulan su aparición, su permanencia y su alcance.

La consecuencia política de este desajuste es profunda. La democracia dependía, imperfectamente, de la posibilidad de que los argumentos interrumpieran los relatos cuando no se ajustaban a los hechos. Ese mecanismo perdió eficacia. La mentira ya no es un límite que hay que administrar en secreto, es un recurso consentido. Y su eficacia sería inexplicable si no existiera una estructura de circulación que la potencia. Esa estructura pertenece a capas posteriores. En este nivel, solo se registra el síntoma: la pérdida del vínculo entre la palabra y el mundo.

1.6 – El desplazamiento del conflicto político

La política democrática de las últimas décadas se organizó alrededor de conflictos estructurados por proyectos, identidades y argumentos. Los antagonismos existían, por supues-

to, pero se inscribían en un marco donde el debate público y las instituciones servían como escenario para tramitar esas tensiones. El conflicto era intenso, incluso violento, pero tenía ciertas reglas reconocibles, tiempos definidos y procedimientos.

Esa forma del conflicto comenzó a desplazarse hacia un régimen de *intensidades*. En el entorno digital, el conflicto ya no se organiza alrededor de posiciones políticas estables, sino de pulsos afectivos que se propagan a través de estímulos. La disputa no se define por ideas contrapuestas (por más simples que fueran), sino por la capacidad de generar un flujo emocional sostenido.

Este desplazamiento explica por qué ciertos liderazgos que en otro tiempo habrían sido marginales lograron volverse dominantes. Su eficacia no reside en la coherencia ideológica ni en la fuerza de sus argumentos, sino en la capacidad de convertirse en dispositivos de afectación. En un régimen donde la visibilidad depende del rendimiento emocional, quien logra sostener un caudal de excitación permanente se vuelve central, incluso si su discurso carece de consistencia.

La degradación del conflicto político en *espectáculo de intensidades* tiene una consecuencia crucial: la lógica democrática pierde uno de sus mecanismos fundamentales, el reconocimiento del adversario como parte de un mundo común. Cuando el conflicto se organiza alrededor de estímulos, la posibilidad de superación de ese conflicto desaparece: solo queda la refriega permanente. Cuando la política se vuelve reacción, el tiempo democrático se desarticula.

Los síntomas visibles no pueden comprenderse sin esta mutación. Lo que parece un exceso retórico, o una desmesura del tono, es en realidad la expresión superficial de un conflicto reorganizado por fuerzas técnicas que operan por debajo de la vida pública. Sería un error atribuir estos fenómenos a decisiones individuales de quienes los encarnan: lo

decisivo no es la voluntad del líder, sino el diseño del entorno que hace rentable ese tipo de liderazgo.

1.7 – La palabra sin retorno

El viejo modo de circulación de la palabra tenía un mecanismo esencial para la vida democrática: el retorno. Lo dicho podía ser revisado, corregido, contestado. La palabra volvía al interlocutor en forma de réplica, crítica o refutación. Ese circuito (siempre imperfecto, siempre tensionado) era el que permitía que la conversación colectiva operara como un espacio en el que los argumentos tenían algún peso, la evidencia podía interrumpir una narrativa y la verdad podía, al menos ocasionalmente, funcionar como límite.

Ese mecanismo se quebró. La palabra que circula en los entornos digitales no busca retorno, busca expansión. No está orientada a la interlocución, sino a la replicación. Su destino no es el diálogo, sino la viralidad. En ese régimen, la palabra pierde sus obligaciones: ya no necesita sostener un vínculo con el mundo ni con el otro. Se emancipa del sentido y, en consecuencia, de un horizonte común de reconocimiento.

Lo que se degrada no es solo la conversación democrática: es la posibilidad misma de intervenir en el rumbo colectivo. Una sociedad que pierde el retorno pierde la capacidad de rectificar. Y una democracia que pierde ese mecanismo pierde, en última instancia, la capacidad de sostenerse. Este síntoma no es perceptible a simple vista, pero sus efectos sí lo son: discusiones que no avanzan, discursos que no se encuentran, afirmaciones que no responden a ninguna pregunta, liderazgos que no necesitan justificarse.

Después de recorrer estos síntomas, lo evidente es que algo en la superficie se descompuso. Pero lo decisivo no está en lo visible, sino en el subsuelo. Lo que este capítulo mostró son apenas algunas marcas exteriores de una mutación mayor,

cuya lógica comenzará a revelarse a partir del siguiente nivel del descenso. Para comprender el mundo que habitamos, es necesario empezar a perforar capas.

CAPA 2 - ESFERA PÚBLICA TRANSMUTADA

Hubo un tiempo, no tan lejano, en el que la vida democrática podía apoyarse en una condición que rara vez se formulaba explícitamente, pero que funcionaba como un soporte operativo de la discusión política: la existencia de una escena pública socialmente reconocible, un mínimo de commensurabilidad, una gramática compartida que permitía, aun en el conflicto, reconocer qué se estaba discutiendo, por qué y quién discutía con quién. Ese régimen nunca fue un espacio plenamente igualitario. Estuvo atravesado por jerarquías, exclusiones persistentes y desigualdades estructurales en la capacidad de hablar y, sobre todo, en la posibilidad de ser oído. Sin embargo, incluso bajo esa forma históricamente precaria, cumplía una función decisiva: hacía posible que el conflicto se desplegara dentro de un mundo compartido y que la transgresión de ciertos límites pudiera traducirse en algún tipo de costo.

La tradición moderna nombró ese suelo común como *esfera pública*. No se trata de un territorio físico ni de un conjunto fijo de instituciones, sino de un régimen de visibilidad y circulación del sentido: el entramado de mediaciones mediante el cual una sociedad se informa sobre sí misma, interpreta lo que le ocurre, estabiliza diagnósticos, consolida adhesiones, fija identidades y, en ocasiones, sanciona aquello que se vuelve intolerable. Allí, en ese plano que suele confundirse con la mera “comunicación”, se decide qué se vuelve escandaloso, qué se vuelve habitual y bajo qué condiciones un escándalo logra producir efectos políticos que exceden el instante de la indignación.

Por eso los fenómenos que en la capa anterior aparecían como síntomas (la pérdida del retorno, la eficacia social de cifras imposibles, el triunfo del ruido sobre la verificación, la exaltación convertida en método, la mentira como herramienta rentable y la normalización de lo intolerable) no se comprenden adecuadamente si se los atribuye a una degradación cultural o a una mutación generacional en los modos de hablar. En buena medida remiten a una transformación más precisa y sistémica: cambiaron las condiciones bajo las cuales una sociedad forma opiniones, adhesiones e identidades, y con ello cambió la escena en la que algo puede llegar a ser reconocido como conflicto público. Esta capa no ofrece todavía las causas últimas de esa mutación, pero vuelve legible la bisagra en la que los síntomas dejan de ser episodios dispersos y comienzan a articularse como efectos previsibles de un nuevo modo de organización de lo público.

En su reconstrucción de la génesis moderna de la esfera pública, Habermas (1981) mostró cómo cafés, salones y periódicos ilustrados dieron forma a un ámbito en el que la crítica podía disputar legitimidades y exigir razones al poder estatal. Ese modelo fue idealizado y fue también selectivo, atravesado por exclusiones de clase, género y propiedad. Aun así, dejó una gramática mínima para la democracia, no como descripción empírica de lo que siempre fue, sino como hori-

zonte normativo que insistía en una exigencia elemental: que el conflicto, para no degradarse en pura fuerza, necesitaba algún régimen de mediación, tiempos de elaboración y una referencia común lo bastante estable como para que el desacuerdo pudiera tramitarse.

Ese horizonte fue objeto de críticas desde distintas tradiciones teóricas. Diversos autores señalaron que la esfera pública realmente existente nunca fue universal ni homogénea, sino estratificada y atravesada por relaciones de poder, y que frente a sus mecanismos de exclusión proliferaron contraesferas y públicos subalternos. En ese marco, trabajos como el de Nancy Fraser (1990) mostraron cómo la promesa de universalidad ocultaba desigualdades estructurales en el acceso a la visibilidad y en la capacidad de incidir en la formación de lo común. Sin embargo, la discusión no se agota en esa controversia. La novedad contemporánea no reside en constatar que la esfera pública era desigual, sino en advertir que esa desigualdad adopta hoy una forma distinta: ya no se impone solo mediante barreras visibles o jerarquías institucionales, sino a través de criterios de circulación que se presentan como simple funcionamiento técnico y que reorganizan lo visible sin necesidad de justificarse públicamente.

La *esfera pública digital* no prolonga el régimen anterior: lo reconfigura desde dentro. Las plataformas no son meros medios nuevos, sino infraestructuras que alteran temporalidades, finalidades y lógicas de la comunicación pública. La palabra deja de orientarse por referencias compartidas de inteligibilidad y se ve empujada a sobrevivir en un entorno donde la visibilidad está gobernada por métricas privadas. Lo que aparece como *descentralización* no elimina la mediación: la vuelve difusa, la distribuye en procedimientos de selección que se experimentan como *ambiente*. Y allí, precisamente, se abre el problema que atraviesa este capítulo. Si lo común depende de condiciones públicas de aparición, ¿qué ocurre cuando la escena en la que lo común se vuelve visible

se privatiza, se fragmenta, se acelera, se segmenta y se vuelve administrable por criterios de rendimiento?

2.1 – Antes de las plataformas: medios de masas y una escena reconocible

Durante gran parte del siglo XX, la esfera pública se organizó alrededor de los medios de comunicación de masas. La prensa escrita, la radio y la televisión concentraron una capacidad central: convertir hechos dispersos en acontecimientos públicos, ordenar temas en una agenda común e instalar interpretaciones relativamente estables. Ese poder fue enorme y con frecuencia se ejerció de manera sesgada, oligopólica o interesada. Sin embargo, aun bajo sus formas más parciales, producía una escena reconocible. Una sociedad discutía, con intensidades y posiciones diferentes, alrededor de un conjunto acotado de asuntos y relatos cuya procedencia podía identificarse, y esa identificabilidad, por imperfecta que fuera, permitía orientar la crítica, asignar responsabilidades y, en ocasiones, disputar la organización misma de la agenda.

En ese régimen, la palabra pública no se agotaba en el contenido de los mensajes, porque incorporaba las condiciones de su circulación. Allí se definía una operación decisiva, la producción de *encuadres*: la forma en que un hecho es presentado y dotado de inteligibilidad pública mediante selecciones, jerarquizaciones y orientaciones afectivas que distribuyen relevancias y vuelven evaluable una situación. Los encuadres no describen objetivamente el mundo, lo vuelven legible bajo ciertas claves, instalan marcos de juicio y definen qué puede aparecer como problema común. Ninguna esfera pública existe sin ese trabajo, porque toda circulación pública implica selección y sentido. La diferencia, en el régimen anterior, residía en las condiciones bajo las cuales ese encuadre se volvía dominante.

Dos de esas condiciones importan para pensar el presente. En primer lugar, los encuadres eran atribuibles: podían asociarse a instituciones y actores reconocibles, lo que hacía posible orientar disputas y sostener controversias relativamente identificables. En segundo lugar, estaban sometidos a una condición técnica y reputacional que imponía límites: debían hablarle a públicos amplios y heterogéneos. Esa masividad no producía justicia, pero introducía fricciones. Un mismo mensaje debía sostenerse ante miradas no seleccionadas. Esa exposición transversal tendía a penalizar, no siempre ni de manera igualitaria, ciertos quiebres extremos de tono y ciertas transgresiones permanentes, porque el rechazo de sectores amplios podía traducirse en pérdida de audiencia o de legitimidad.

Esta precisión evita una idealización retrospectiva. La exaltación afectiva formó parte de la vida política argentina mucho antes de la popularización de las redes sociales. La polarización y el antagonismo estructurado no nacen en el ecosistema digital. Del mismo modo, los medios masivos no funcionaron como mediadores neutrales, sino como actores políticos que tomaron partido, instalaron consignas, organizaron campañas y entraron en disputas abiertas con gobiernos e instituciones. Lo decisivo no es, entonces, la aparición del conflicto, ni el descubrimiento tardío de sesgos, ni la incorporación de la emoción a la política. Lo decisivo es el modo en que esa conflictividad se organizaba en una escena pública determinada, con formas de mediación que, aun injustas, producían un horizonte relativamente común de referencia.

En ese régimen anterior, la masividad operaba también como condición de una moderación específica, que conviene distinguir de cualquier invitación a la neutralidad política o a la conciliación ideológica. Moderación nombra aquí límites en las *formas del decir*, umbrales de violencia simbólica y registros expresivos que hacían posible la existencia de fundamentos comunicativos compartidos. No designa la renuncia

a posiciones transformadoras. Alude, más bien, a una condición técnica y narrativa: el hecho de que un mismo mensaje, para circular con eficacia, debía sostenerse ante públicos diversos, introduciendo restricciones que tendían a contener transgresiones permanentes de tono. Esa moderación no era una virtud profesional, era una consecuencia técnica del modo de circulación. No siempre operó con justicia ni con la misma intensidad, pero existía un mecanismo de sanción relativamente transversal que podía activarse cuando ciertos límites se cruzaban.

A ello se sumaba una separación marcada entre *información, expresión y circulación*. Los medios producían y distribuían información, pero la formación de opinión, la discusión, el desacuerdo y la elaboración colectiva del sentido tenían lugar, en gran medida, en espacios externos al sistema mediático: conversaciones cotidianas, ámbitos de trabajo, organizaciones sociales, sindicatos, partidos, instituciones educativas, etc. Informarse no implicaba, de manera inmediata, intervenir públicamente. La palabra ciudadana no retornaba en tiempo real al circuito informativo, salvo en formas excepcionales y fuertemente controladas. Esa separación tuvo costos democráticos evidentes, vinculados a la desigual distribución de la palabra pública y a la dependencia de mediaciones selectivas, pero al mismo tiempo introducía un intervalo: entre la recepción de un episodio socialmente relevante, su interpretación, su discusión con otros y su eventual enunciación pública podía existir una demora mínima que limitaba la transformación inmediata de toda reacción en circulación social.

2.2 — La irrupción de las plataformas: convergencia de funciones

La expansión de las plataformas digitales no significó solo la aparición de nuevos canales comunicativos. Introdujo una

mutación estructural en la organización de lo público. En estas infraestructuras privadas convergen funciones antes diferenciadas: informarse, expresarse y hacer circular los enunciados. El ciudadano no solo recibe noticias, al mismo tiempo puede también comentar, aprobar, rechazar, compartir y, al hacerlo, contribuye a redistribuir su visibilidad. La formación de opinión, el intercambio y la circulación dejan de ser un resultado posterior y se vuelven parte constitutiva de la experiencia ordinaria. Allí donde antes existían mediaciones y demoras, ahora el gesto de informarse queda soldado al gesto de expresarse y hacer circular, y esa soldadura transforma la forma misma de la opinión.

Incluso el periodismo de masas, con todas sus limitaciones, conservaba una organización temporal reconocible. Los diarios tenían edición, la televisión tenía horarios, la discusión pública se estructuraba en ciclos y las campañas electorales contaban con principios, cierres y períodos de veda. Esa temporalidad introducía pausas, intervalos y límites que permitían organizar la percepción colectiva y distinguir momentos de información, de deliberación y de decisión. La esfera pública digital rompe esa lógica. El tiempo deja de ser secuencial y se vuelve continuo. No hay cierres, interrupciones ni demoras que ordenen la experiencia compartida. La circulación es permanente, la reacción es inmediata y la atención queda atrapada en un presente sin fronteras.

Esta convergencia altera la experiencia política cotidiana, con efectos particularmente visibles en los sectores menos politizados. La política deja de presentarse como un ámbito delimitado y se imbrica con el entretenimiento, la vida personal, el consumo y el ocio. Ingresa de manera fragmentaria: clips, memes, capturas, recortes, reacciones. En ese entorno, la opinión no se elabora primero para expresarse después. Se configura en el mismo gesto de su enunciación y de su circulación, y queda por ello expuesta a la presión del instante, a la economía de la atención y a la lógica de la premiación del impacto.

El pasaje suele describirse como *descentralización*: se refiere al fin del monopolio de la palabra y a la multiplicación de emisores. Hay un elemento cierto en esa descripción: se amplió la capacidad de publicación y se habilitaron contradiscursos que el viejo régimen tendía a marginar. Pero esa descentralización es incompleta: mientras la producción se distribuye, la distribución de la visibilidad se concentra. La mediación deja de presentarse como decisión editorial atribuible y se vuelve una dinámica de circulación experimentada como *ambiente*, un régimen de visibilidad administrado por infraestructuras privadas que ordenan qué aparece, qué se repite y qué queda fuera del campo perceptivo.

El resultado es una esfera pública menos comprensible. No, justamente, por ausencia de conflictos, sino porque la manera en que esos conflictos se hacen visibles deja de depender de actores claramente identificables. Esa pérdida de legibilidad tiene consecuencias políticas directas. Dificulta discutir colectivamente quién organiza la escena en la que se discute y desplaza la controversia, sin que lo notemos, desde el contenido de los debates hacia las condiciones técnicas, temporales y métricas que regulan su visibilidad, su repetición y su alcance.

2.3 — Microsegmentación y el final del mensaje público

La diferencia técnica más radical entre el régimen mediático clásico y el régimen de plataformas es la *microsegmentación*: la capacidad de orientar mensajes hacia grupos muy específicos definidos por hábitos, intereses, consumos y predisposiciones. En el régimen anterior, un mensaje público debía dirigirse a audiencias amplias, con márgenes de diversidad difíciles de evitar. En el nuevo entorno, una intervención puede diseñarse para resonar con intensidad en un subconjunto particular sin necesidad de sostener aceptabilidad

ante el conjunto de la sociedad. Allí donde antes la heterogeneidad operaba como fricción, hoy puede ser neutralizada por diseño técnico.

Este desplazamiento altera el estatuto del mensaje político. La palabra deja de estar expuesta a un escrutinio público común. Un mismo actor puede emitir versiones incompatibles de un mismo asunto ante públicos distintos sin que esas incompatibilidades se vuelvan visibles como contradicción. La coherencia pública pierde su función como requisito de legitimidad discursiva, no porque haya desaparecido la evaluación ciudadana, sino porque la instancia del juicio queda confinada a circuitos segmentados donde importa menos la consistencia que la capacidad de reforzar identidades, intensificar adhesiones o activar respuestas.

A menudo se presenta esta dinámica bajo la imagen de mundos paralelos que no se encuentran. La imagen captura un aspecto, pero oculta otro. La reconversión de la esfera pública opera de manera más ambigua: alterna momentos de exposición diferenciada, donde grandes franjas de la población quedan inmersas en circuitos de contenidos diseñados para reforzar predisposiciones y producir respuesta inmediata, con momentos de encuentro, cuando una tendencia concentra miradas y fuerza una escena común, o cuando ese clima se derrama en lo presencial y vuelve inevitable la confrontación.

Cuando perspectivas antagonizadas se encuentran, no lo hacen desde un lenguaje mínimo común que vuelva commensurables sus interpretaciones, sino desde encuadres configurados para la reacción. El desacuerdo tiende a perder forma de controversia y a expresarse como choque, incomunicabilidad o violencia simbólica. En ese punto, los síntomas del capítulo anterior dejan de parecer anomalías coyunturales y se vuelven efectos previsibles de un entorno que alterna exposición segmentada y encuentros sin traducción.

Ese mismo desplazamiento redefine el modo en que la política se dirige a sus destinatarios. En este régimen, el ciudadano deja de ser interpelado primordialmente como integrante de un público amplio y pasa a ser tratado como unidad individual de intervención. Ya no se lo convoca como parte de un colectivo que comparte problemas, lenguajes y marcos de discusión, sino como portador de predisposiciones activables, hábitos de atención, umbrales afectivos y afinidades disponibles. La acción política se orienta menos a persuadir en una escena transversal y más a producir respuestas localizadas, ajustadas a segmentos que rara vez se exponen entre sí. De ahí la mutación más silenciosa: se conserva la retórica de “la sociedad”, pero la práctica efectiva opera sobre *perfíles*. Y cuando esos perfiles se cruzan, el conflicto aparece sin el antiguo trabajo de traducción que volvía commensurables, aunque fueran incompatibles, las interpretaciones en disputa.

2.4 — Encuadres distribuidos y desresponsabilización

En el régimen mediático clásico, el encuadre dominante solía asociarse a medios de comunicación específicos. Podían coexistir versiones, pero cada institución sostenía una línea editorial reconocible. Esa *reconocibilidad* hacía posible orientar la crítica y asignar, aunque fuera de manera conflictiva, responsabilidades. En la esfera pública de plataformas, los encuadres se distribuyen y se fragmentan. Dejan de depender principalmente de redacciones que debían responder ante públicos heterogéneos y pasan a depender de una multiplicidad de productores, creadores de contenido, usuarios, militantes y operadores que generan piezas diseñadas para circular como fragmentos.

De esa configuración se deriva una *desresponsabilización* estructural. Cuando un encuadre produce daño simbólico o

cruza límites históricamente sensibles, la indignación puede existir, pero encuentra dificultades para construir un destinatario. La sanción se dispersa y, al dispersarse, pierde eficacia. En este régimen, el escándalo no desaparece, pero lo que se debilita es su traducción en costo real, porque la responsabilidad se diluye en una multitud de microemisiones, cada una demasiado pequeña como para cargar, por sí sola, con el peso del daño.

Este desplazamiento permite comprender la disputa entre política y medios tradicionales en la Argentina reciente. La afirmación de Javier Milei en X, “no odiamos lo suficiente a los periodistas”, puede leerse como reacción coyuntural ante coberturas críticas, pero condensa un desplazamiento más profundo. El blanco excede a comunicadores opositores, porque lo que se impugna es la mediación periodística como forma histórica de organización de lo público, la escena donde el mensaje debía exponerse ante públicos no elegidos, atravesar preguntas, soportar traducciones y asumir costos cuando excedía determinados límites.

2.5 – Producción de antagonismos inducidos y desanclados

La esfera pública de plataformas no se limita a amplificar antagonismos preexistentes, también facilita la producción de antagonismos inducidos y desanclados: confrontaciones que no emergen necesariamente de conflictos materiales consolidados, sino de narrativas elementales capaces de circular con alta eficacia en entornos segmentados. En este marco, el antagonismo ya no necesita apoyarse en conflictos materiales estables ni en trayectorias históricas reconocibles. Puede sostenerse sin referencias compartidas ni experiencias relativamente comunes, porque su eficacia depende menos de su correspondencia con la estructura social que de su ren-

dimiento afectivo y de su capacidad para sostener un clima de enfrentamiento comunicacionalmente rentable.

En un entorno de microsegmentación, la delimitación del antagonismo gana plasticidad. Clivajes históricamente estructurantes, como los que organizaban la oposición entre capital y trabajo o entre ricos y pobres, pueden desplazarse, dar lugar a nuevas fronteras y consolidar enemistades funcionales. El caso argentino ofrece un ejemplo visible: la oposición entre trabajadores del sector privado, presentados como “la gente de bien”, y trabajadores del sector público, caracterizados como “casta” o “parásitos”. Su eficacia no descansa en una elaboración argumentativa compleja, sino en una narrativa elemental que circula con facilidad: mientras el sector privado se sostiene por la libre voluntad del consumo individual, el sector público es financiado por el “saqueo” estatal sobre la “gente de bien”, a través de la extracción coercitiva de *impuestos* concebidos no como contribuciones colectivas, sino como exacción ejercida por la fuerza.

Lo decisivo no es solo la simplicidad de esta narrativa, sino el entorno que permite que opere sin fricción. En el caso de la oposición entre trabajadores del sector privado y del sector público, la eficacia del esquema depende de que no tenga que atravesar una serie de contrastes que, en una escena pública transversal, habrían introducido tensiones persistentes: la interdependencia material entre Estado y mercado, la heterogeneidad real de las trayectorias laborales, la circulación de personas entre ambos sectores a lo largo de su vida activa, la existencia de trabajadores estatales precarizados o mal remunerados, o el hecho de que buena parte de la actividad privada se sostiene sobre infraestructuras, regulaciones y servicios públicos. El entorno microsegmentado no elimina estas dimensiones, pero reduce drásticamente la probabilidad de que entren en contacto con el relato que opone producción privada y parasitismo estatal, permitiendo que el antagonismo funcione sin exponerse de manera sostenida

a referencias empíricas y experiencias sociales que lo volverían discutible.

Este funcionamiento no es una anomalía del caso argentino, sino una propiedad general del entorno. Que este esquema dogmático sea conceptualmente rudimentario no constituye un obstáculo. En el nuevo entorno, esa simpleza resulta funcional. Se refuerza en circuitos cerrados, se intensifica afectivamente y evita, casi por diseño, el contraste con las relaciones efectivas que organizan la producción, la distribución y el funcionamiento del mercado. Allí donde el régimen anterior imponía límites derivados de la exposición a públicos heterogéneos, el entorno de plataformas amplía el margen para sostener confrontaciones ajustadas a su impacto y no a su correspondencia con un suelo común.

2.6 — Privatización de lo público y desdemocratización silenciosa

La esfera pública presupone que lo común se vuelve visible bajo condiciones que, aun imperfectas, conservan estatuto público, es decir, condiciones discutibles, interpelables y sometidas al conflicto democrático. Ese principio no se erosiona necesariamente mediante quiebres abruptos ni por la vía de decretos, colapsos institucionales o censuras explícitas. Puede deteriorarse de manera progresiva, a medida que se transforman las condiciones de circulación de la palabra, sin que las formas visibles de la democracia se vean inmediatamente alteradas.

En ese proceso, la esfera pública puede *desdemocratizarse* sin que nadie lo note. Una sociedad puede seguir votando, debatiendo, movilizándose, confiando en la división de poderes y manteniendo instituciones estables, mientras experimenta una degradación silenciosa de su infraestructura comunicacional. Las instituciones permanecen, pero pierden capacidad de anclaje; la discusión pública sigue existiendo,

pero deja de organizar la conversación colectiva; los conflictos se intensifican, pero ya no encuentran cauces compartidos para procesarse.

Durante gran parte del siglo XX, incluso en contextos fuertemente mediatizados, esta dimensión conservaba una separación relevante. La información circulaba a través de medios públicos y privados, con todas sus asimetrías y sesgos, pero la formación de opinión, el intercambio, la conversación cotidiana y la elaboración del sentido no estaban completamente absorbidos por esas mismas infraestructuras. Se discutía lo que aparecía en los diarios o en la televisión, pero esa discusión tenía lugar, en gran medida, en espacios propios: ámbitos de trabajo, universidades, sindicatos, organizaciones sociales, asambleas, espacios públicos, conversaciones informales entre vecinos. Ninguna empresa privada gobernaba de manera directa las reglas de esos intercambios ni tenía la capacidad de organizarlos mediante mecanismos técnicos de selección y jerarquización.

La novedad asociada a la expansión de las plataformas no consiste simplemente en haber reemplazado a los medios tradicionales como canales de distribución de información. El desplazamiento más relevante ocurre en otro plano: los espacios donde la opinión se forma, se expresa y se intercambia dejan progresivamente de situarse fuera de las infraestructuras de circulación y comienzan a concentrarse en ellas. Los ámbitos previos de sociabilidad no desaparecen de manera inmediata, pero pierden centralidad como escena principal de la conversación pública. Informarse, opinar, reaccionar, debatir y hacer circular los enunciados tienden a converger en un mismo entorno técnico que ya no se limita a transmitir contenidos, sino que organiza las condiciones mismas del intercambio.

Es en ese punto donde la escena pública se privatiza de manera estructural. La conversación colectiva pasa a desarrollarse en infraestructuras que no pertenecen al *demos*, no

responden al *demos* y no lo reconocen como sujeto capaz de definir las condiciones de su propia palabra. La ciudadanía habla, discute y se enfrenta, pero lo hace en espacios cuyas reglas de visibilidad, jerarquización y alcance están definidas por lógicas corporativas de rendimiento, optimización y monetización de la atención, no por criterios democráticamente discutibles.

Esta privatización no adopta la forma de una censura clásica. La escena permanece, la circulación continúa y la práctica cotidiana no se interrumpe. Lo que se modifica es el régimen tácito de visibilidad, las condiciones bajo las cuales un contenido adquiere centralidad, repetición o desaparición. Por eso la *desdemocratización* puede avanzar sin ruptura institucional visible: la democracia conserva sus formas mientras se erosiona, de manera progresiva, el suelo comunicativo que hacía posible la *politicidad* de los conflictos sociales.

2.7 – La captura de la protesta social

Durante décadas, las marchas, los cortes de ruta, las huelgas y las ocupaciones de lugares de trabajo constituyeron repertorios centrales de acción colectiva. No solo hacían visibles demandas, también producían comunidad, inscribían cuerpos en el espacio público y obligaban al poder político a reconocer una presencia material difícil de ignorar. Incluso cuando eran combatidas o deslegitimadas, introducían un grado de incertidumbre política que las volvía relevantes: podían escalar, persistir, articular solidaridades imprevistas y, en ciertos casos, forzar negociaciones. La protesta se desplegaba como un acontecimiento con márgenes de indeterminación, cuyo efecto no podía anticiparse por completo.

En el ecosistema mediático tradicional, el modo en que una protesta ingresaba en la escena pública dependía en gran medida de líneas editoriales. Un mismo acontecimiento podía ser presentado como un reclamo legítimo o como una

amenaza al orden según la orientación del medio. Esa estructura era selectiva y sesgada, pero conservaba un rasgo decisivo: la disputa por el encuadre se jugaba entre actores reconocibles y dentro de una escena relativamente común. Aun bajo lecturas hostiles, la protesta seguía siendo un hecho que debía ser procesado públicamente, y amplios sectores podían mantenerse al margen del conflicto solo en la medida en que no consumieran información política.

Con la irrupción de las plataformas digitales, ese régimen se modifica. La protesta ya no aparece como un relato relativamente unificado en disputa entre redacciones, sino como un conjunto de versiones parciales que circulan por circuitos diferenciados. La interpretación llega fragmentada, reiterada y modulada afectivamente, muchas veces sin referencia directa al acontecimiento material. En este entorno, si un gobierno logra una posición dominante en la dinámica de circulación, aumenta significativamente su capacidad para legitimar o deslegitimar una movilización sin depender de los medios tradicionales. Lo que antes era una contienda narrativa visible se aproxima ahora a una producción distribuida de climas afectivos, capaz de orientar recepciones con una precisión imposible en el régimen previo.

Este desplazamiento tiende a erosionar el antiguo margen de indiferencia social. El teléfono celular introduce encuadres políticos en actividades sin relación explícita con la participación pública: un video de entretenimiento, una historia efímera, un contenido trivial. Entre materiales sin pretensión política puede irrumpir una interpretación de una protesta que busca moldear la recepción de usuarios que no la habían solicitado. Este mecanismo resulta especialmente relevante en sectores menos politizados, que durante años pudieron permanecer al margen del conflicto sin exposición constante. Un meme, un clip sugestivo o un mensaje aparentemente inocuo pueden operar como vehículos de encuadres favorables al poder, activando adhesiones o rechazos sin una aproximación deliberada al acontecimiento.

La aceleración temporal refuerza esta tendencia. Las protestas clásicas requerían persistencia, logística y continuidad para producir desgaste político. En el entorno digital, la movilización puede alcanzar picos de visibilidad intensos y desvanecerse con rapidez. Un momento de alta exposición puede sustituir, por impacto afectivo, el trabajo sostenido, y cuando el gobierno controla el flujo de circulación, esa fugacidad se vuelve un recurso. Incluso una protesta masiva puede quedar reducida a un destello que no sedimenta como conversación colectiva ni produce acumulación política.

Todo ello no implica que ninguna protesta pueda erosionar al poder ni que todo conflicto sea plenamente controlable. Implica, más bien, que en el ecosistema de plataformas se vuelve más probable que la protesta pierda eficacia política, en la medida en que su impacto queda subordinado a un régimen de visibilidad fragmentado, acelerado y administrable. La interpellación al poder se reconfigura: lo que ocurre en la calle sigue siendo relevante, pero su capacidad de producir desgaste depende cada vez más de cómo circula, cuánto dura y qué climas logra imponer en un entorno digital que ya no requiere del sistema mediático tradicional para operar sobre la legitimidad del conflicto.

2.8 – La experiencia política como deriva afectiva

La reconfiguración de la esfera pública no solo altera la circulación de la palabra. Altera también la manera en que la política es experimentada y sentida por quienes participan en ella. La experiencia política involucra dimensiones afectivas que no constituyen un residuo irracional ni un simple acompañamiento de la argumentación, sino un componente activo de la vida democrática. Tal como subraya Sol Montero (2024), retomando a Sarah Ahmed y Eva Illouz, las emociones no son desbordes que irrumpen en un espacio que debería estar regido por la razón pura, sino prácticas sociales que

producen adhesiones, fronteras y formas de pertenencia. La empatía, la solidaridad, el reconocimiento del daño ajeno o la capacidad de indignarse frente a la injusticia son condiciones de la vida política democrática. El afecto no interfiere con la política, participa de su funcionamiento.

El problema emerge cuando esas dimensiones afectivas dejan de articularse en procesos colectivos de elaboración y se convierten en materia prima de un entorno que premia la reacción. En la esfera pública de plataformas, las emociones no solo circulan, sino que son intensificadas, seleccionadas y reordenadas según su capacidad de producir respuesta inmediata. La política es vivida entonces cada vez menos como una práctica compartida y cada vez más como una secuencia de afectos instantáneos, desligados de proyectos, argumentos o temporalidades comunes.

Este desplazamiento no puede explicarse apelando a factores coyunturales. La clave está en el entorno. Lo que aparece como ciudadanía “exaltada” o “polarizada” no expresa un exceso de emoción frente a una supuesta falta de racionalidad, sino un efecto estructural de intensificación afectiva sin mediaciones. La captura de la atención necesita exacerbar el conflicto. La intensificación produce alineamientos inmediatos, y esos mecanismos de identificación tienden a inducir antagonismos desanclados. El círculo se retroalimenta y configura una subjetividad política moldeada por la reacción.

La proliferación de *discursos de odio* no puede comprenderse como mero exceso retórico. Investigaciones recientes (Ipar, Cuesta, Wegelin, 2023) han mostrado que estos enunciados funcionan como dispositivos de simplificación extrema que convierten la complejidad social en antagonismos binarios y habilitan la deshumanización. La esfera pública digital potencia este mecanismo al amplificar su circulación y erosionar mediaciones que antes permitían procesar afectivamente el conflicto sin convertirlo, casi automáticamente, en enemistad total.

Este clima puede observarse en intervenciones que no buscan persuadir ni disputar argumentos, sino redefinir el vínculo político como negación del otro. En un posteo en X, el ideólogo libertario Agustín Laje afirmaba: “¿Por qué seguimos fingiendo que es posible convivir con los zurdos? No es posible: ellos odian la vida, la libertad y la propiedad. Ellos son destrucción, caos y empobrecimiento. No son conciudadanos: son enemigos. Es hora de asumirlo”. Más allá del contenido específico, lo relevante es su estructura: la política ya no se organiza como conflicto entre posiciones, sino como expulsión simbólica del otro del espacio común. La descalificación no apunta a refutar ideas, sino a clausurar la posibilidad misma de convivencia política. Y esa clausura encuentra en el entorno de plataformas un medio especialmente eficaz para circular, reforzarse y volverse norma.

Describir estos efectos no equivale aún a explicar su funcionamiento completo. Lo que aquí aparece como una política vivida bajo la forma de intensidades afectivas, reacciones inmediatas y antagonismos exacerbados no se origina en la esfera pública por sí sola, sino en condiciones más profundas que organizan la escena donde esa esfera pública se despliega. La capa siguiente comenzará a mostrar cómo esta mutación no es un accidente cultural ni un mero cambio de hábitos, sino el resultado de una reorganización más honda de los vínculos, de las jerarquías de interacción y de los modos en que la atención se convierte en recurso. Aquí, por ahora, basta con el punto decisivo: la esfera pública ya no es el lugar donde la democracia se reconoce, sino el lugar donde su desgaste se vuelve normal.

CAPA 3 – ARQUITECTURA SOCIAL DIGITAL

La palabra ha sido siempre un problema político antes que un simple medio de comunicación. No porque toda política se reduzca a lo que se dice, sino porque el modo en que se reparte quién puede hablar, desde dónde y con qué efectos define silenciosamente los márgenes de lo posible. La tradición democrática moderna se construyó sobre un supuesto normativo fuerte: todos los ciudadanos, en tanto portadores de *logos*, están llamados a intervenir en el debate público como sujetos capaces de argumentar, disputar sentidos, formular desacuerdos. En los capítulos anteriores vimos cómo ese supuesto comenzó a resquebrajarse en la superficie: cifras imposibles que se vuelven operativas, liderazgos que prosperan sin necesidad de sostener coherencia, una palabra pública que ya no encuentra retorno ni terreno común donde verificarse. En este capítulo descendemos un escalón más y

examinamos la arquitectura social digital que organiza hoy el reparto de la palabra, de la atención y de los vínculos.

No se trata todavía de observar la capa de los dispositivos, las interfaces y su gramática temporal más íntima; tampoco de entrar en el detalle de los mecanismos de extracción de excedente ni de los sistemas automáticos que gobiernan el flujo. Es, por decirlo así, un nivel intermedio: la forma en que el tejido social se reordena cuando la vida cotidiana se inscribe en un diseño de relaciones mediado por plataformas. Si en el capítulo 1 describíamos los síntomas (una democracia que pierde capacidad de interpretarse, un espacio público saturado de ruido, una palabra que ya no articula mundo) y en el capítulo 2 analizábamos la reconfiguración de la esfera pública, aquí nos detenemos en el modo en que se reorganiza la sociabilidad misma: quién ve a quién, quién habla para quién, quién adquiere autoridad, qué se considera éxito o fracaso, qué tipo de voz resulta premiada y cuál se hunde en la irrelevancia estadística.

3.1 – Del reparto de la palabra a la policía digital

Jacques Rancière (1996) propuso una distinción decisiva para pensar la política: por un lado, la *política* propiamente dicha, como irrupción de quienes no tenían parte en el reparto de las voces; por otro, la *policía*, entendida no como institución represiva, sino como régimen sensible que organiza de antemano quién puede hablar, qué cuenta como palabra y qué es percibido apenas como ruido. En ese marco, el *logos* no debe entenderse simplemente como “palabra” o “razón”, sino como el criterio que resuelve cuándo una emisión sonora es considerada como palabra pertinente para lo común y cuándo queda reducida a ruido. Por eso el *logos* es siempre doble: no solo consiste en hablar, sino en ser contado como alguien que habla, es decir, en ser admitido como interlocutor de lo común. La política comienza, en esta clave,

cuando quienes eran considerados portadores solo de *phoné* (el ruido, la voz biológica, el grito, la queja) logran hacerse oír como *logos*, es decir, como discurso capaz de enunciar un problema común, una injusticia, y de reclamar igualdad. La policía, en cambio, es la distribución naturalizada de lugares y funciones sociales que decide, entre otras cuestiones, qué aparece como palabra legítima y qué queda fuera del campo de lo audible.

La *arquitectura social digital* configura una nueva forma de policía del vínculo. No se presenta como censura explícita, ni como prohibición directa, ni siquiera como decisión consciente de actores identificables. Opera más bien como una organización silenciosa de la visibilidad: jerarquiza apariciones, ordena relaciones, distribuye reconocimiento y silencio. El *logos* no desaparece, pero queda subsumido en un entorno que favorece sistemáticamente la *phoné*: la expresión rápida, emocional, reactiva, que no necesita desarrollar argumentos ni abrir espacio para la deliberación. La palabra elaborada persiste, pero lo hace cada vez más en los márgenes, en circuitos que luchan por sobrevivir en un ambiente diseñado para otro tipo de intensidad.

Lo que en los capítulos 1 y 2 aparecía como “triunfo del ruido” o “deriva de la palabra pública” encuentra aquí una forma más precisa: la sociabilidad digital está organizada por un principio que no exige *logos* para otorgar visibilidad. Al contrario, la compatibilidad con el nuevo orden del vínculo depende de la capacidad de producir afectación inmediata, de condensar la experiencia en gestos breves, de modular emociones más que argumentos. El reparto de la palabra se reconfigura no solo por lo que se dice, sino por la forma en que la arquitectura social premia ciertos modos de hablar y desalienta otros.

3.2 – Diseño social digital: distribución del vínculo y pirámide de la atención

La pregunta por la reconfiguración de la esfera pública es inseparable de la pregunta por el diseño social digital: la manera en que las plataformas distribuyen posiciones, jerarquías y formas de vinculación. En el régimen clásico de sociabilidad, la arquitectura del vínculo se desplegaba en instituciones físicas y prácticas cara a cara: escuelas, sindicatos, partidos, asociaciones, clubes, medios masivos. Allí se definían, de manera siempre conflictiva, quién podía ocupar posiciones de liderazgo, qué tipos de voces adquirían autoridad, cómo se distribuían el prestigio y la influencia.

Hoy, una porción creciente de la vida social (especialmente entre jóvenes, pero no solo entre ellos) se articula en entornos donde cada gesto deja una huella cuantificable. El “estar juntos” se vuelve inseparable de ser medido, clasificado, ordenado. No se trata únicamente de tener perfiles o cuentas: se trata de una arquitectura relacional que transforma todo vínculo en un punto dentro de una pirámide digital basada en la visibilidad y la atención. La sociabilidad deja de ser un espacio de intercambio relativamente abierto y se vuelve un régimen de evaluación permanente: cada publicación, cada comentario, cada imagen entra en un circuito que asigna valor según la capacidad de producir reacción.

Esta pirámide no es solo una metáfora social. Estructura concretamente quiénes se ubican en la cima de la atención (aquellos que concentran grandes audiencias, altos niveles de interacción, presencia permanente en el flujo) y quiénes quedan relegados a la periferia, apenas visibles para un grupo reducido. Se reconfigura así el sentido mismo de lo que significa “existir” públicamente. En los capítulos anteriores veíamos cómo ciertos liderazgos parecían desafiar los viejos parámetros de respetabilidad o coherencia. Desde la capa actual, estos fenómenos aparecen como efectos de un diseño

relacional que redefine la autoridad y el éxito en términos de rendimiento en la pirámide de la atención.

3.3 – Capital de circulación digital: nuevos criterios de éxito

En este contexto, proponemos denominar *capital de circulación digital* a una forma específica de capital que estructura posiciones de ventaja en el entorno digital. La expresión no busca fijar una categoría cerrada ni trasladar mecánicamente nociones clásicas, sino nombrar un conjunto de saberes, hábitos, destrezas expresivas y recursos materiales que permiten ocupar posiciones ventajosas en la pirámide social digital.

El capital de circulación digital incluye competencias técnicas (manejo de plataformas, edición de video, conocimiento de formatos, uso estratégico de etiquetas), capacidades de gestión afectiva y persuasiva (anticipar qué registros producen adhesión, qué formas de indignación resultan movilizadoras, qué umbrales de agresividad se vuelven comunicacionalmente rentables), recursos estéticos (presentaciones visuales ajustadas al ritmo y al estilo dominante) y, cada vez más, saberes propios del marketing digital (segmentación de públicos, construcción de marca personal, optimización de mensajes según objetivos de alcance e interacción). A ello se suman capacidades organizativas (sincronizar publicaciones, coordinar redes de replicadores, profesionalizar la producción de contenido) e inversiones económicas directas: publicidad paga, equipamiento específico, consultorías especializadas.

La producción y circulación de material político-comunicacional queda subordinada a este nuevo capital. Un texto extenso, que articule debates teóricos, que se tome el tiempo de contextualizar un problema, que intente pensar contra la corriente, parte en desventaja frente a una pieza breve, emocionalmente intensa, hecha para ser compartida sin demasia-

do esfuerzo cognitivo. No porque lo primero sea imposible, sino porque exige condiciones de atención que el diseño social digital vuelve excepcionales. Para que un contenido más elaborado logre atravesar la superficie, necesita apoyarse en capital de circulación digital acumulado: perfiles ya instalados, comunidades previas, dispositivos de amplificación que traduzcan la densidad conceptual en microformatos compatibles con la pirámide de la atención.

De este modo, se redefine la frontera entre éxito y fracaso. Tener razón, ofrecer argumentos sólidos, sostener una lectura informada de la historia deja de ser un criterio central. Lo exitoso es lo que consigue instalarse en el flujo, mantenerse en circulación, generar interacción constante. Lo que fracasa no es necesariamente lo que está equivocado, sino lo que no logra producir rendimiento. Esta redefinición afecta de lleno a la política. En el capítulo 1, el episodio del 17.000 por ciento resultaba incomprensible si aún se pensaba la palabra pública bajo parámetros clásicos de verificación. Desde la lógica del capital de circulación digital, en cambio, la operación adquiere otra inteligibilidad: lo que se premia no es la consistencia, sino la potencia de producir un clima, de sostener una narrativa que mantenga movilizada una audiencia.

3.4 – Del two-step flow al influencer como figura de mediación política

La Mass Communication Research ya había observado, varias décadas atrás, que la circulación de mensajes no seguía un trayecto lineal desde los medios hacia las audiencias. Katz y Lazarsfeld (1955) formularon el modelo del *two-step flow*: las informaciones y encuadres emitidos por los medios masivos se filtraban a través de líderes de opinión que funcionaban como mediadores entre el sistema mediático y el público. Estos líderes no eran necesariamente figuras públicas en sentido fuerte: podían ser vecinos, dirigentes locales,

referentes comunitarios cuya palabra tenía peso en ciertos entornos.

La arquitectura social digital retoma y transforma radicalmente este modelo. En lugar de líderes de opinión tradicionales, emerge la figura del *influencer político*: un agente profesional de la visibilidad cuya autoridad se construye casi exclusivamente a partir de su capacidad de sostener *capital de circulación digital*. Senft (2013) describe la microcelebridad como una forma de *yo-marca*, orientado a la construcción de marca personal, donde la vida misma se convierte en insumo para la circulación. En su análisis, la identidad deja de ser un atributo relativamente estable y pasa a funcionar como un dispositivo performativo que debe actualizarse de manera continua para conservar relevancia en un entorno regido por la atención. Esta matriz anticipa con precisión el funcionamiento del influencer, que es una derivación directa de esa lógica: no es un representante institucional ni un simple comentarista, sino un nodo que condensa afectos, estilos discursivos y claves interpretativas en formatos altamente compatibles con el diseño social digital.

En el caso argentino reciente, la trayectoria de las denominadas cuentas satélites resulta particularmente ilustrativa de esta mutación del *two-step flow* y permite observar con claridad la conversión del capital de circulación digital en capital político efectivo. Se trata de perfiles que no pertenecen formalmente al aparato estatal ni partidario, pero que orbitan en torno a una figura o a un proyecto político, amplificando mensajes, ensayando encuadres agresivos y probando formatos de alta circulación. A diferencia de los líderes de opinión clásicos, cuya autoridad se apoyaba en inserciones comunitarias relativamente estables, estas cuentas construyen su capacidad de mediación a partir del rendimiento en el entorno digital. Muchas comenzaron produciendo miniaturas beligerantes en YouTube, recortes vertiginosos en redes, memes y clips de treinta segundos, para luego convertirse en piezas centrales del dispositivo comunicacional del gobierno.

Influencers que, en un inicio, operaban como comentaristas externos pasaron a ocupar despachos, administrar accesos y autorizar quién entra y quién no a espacios de poder institucional, como lo registran los ingresos oficiales a la Casa Rosada. La distinción entre aparato comunicacional formal e informal se diluye: la mediación ya no se apoya en reconocimiento social previo, sino en la capacidad de traducir consignas políticas en formatos compatibles con la lógica de circulación dominante.

En este entorno, el flujo de la palabra política se reconfigura en, al menos, dos pasos visibles: primero, ciertas figuras traducen problemas complejos en formatos afectivos, simplificados, altamente compatibles; luego, esos contenidos, una vez instalados, retroalimentan la agenda institucional y sirven para justificar decisiones de gobierno, moldear percepciones económicas, legitimar ofensivas simbólicas contra adversarios.

Lo sustancial no reside en la existencia de mediadores, sino en el tipo de autoridad que encarnan. El influencer no necesita demostrar competencia técnica, experiencia de gestión ni trayectoria social o política: su poder proviene del rendimiento. En un ecosistema donde el capital de circulación digital define la jerarquía, la autoridad interpretativa se desplaza hacia quienes pueden producir mayor impacto en menos tiempo.

3.5 – Logos y phoné: inversión del orden sensible

La distinción entre *phoné* y *logos*, retomada por Rancière (1996) de la filosofía clásica, resulta especialmente útil para comprender una mutación central de la vida política contemporánea. *Phoné* designa la voz como expresión sensible, como manifestación inmediata de placer, dolor, enojo o entusiasmo. *Logos*, en cambio, remite a la palabra capaz de articular razones, situar una experiencia en un mundo común y

abrirla a la discusión sobre lo justo y lo injusto. Lo disruptivo de la política comienza cuando aquellas voces relegadas al registro de la *phoné* lograban ser reconocidas como *logos*.

En la arquitectura social digital, esta relación se invierte. No porque hayan desaparecido los discursos elaborados, sino porque el diseño del vínculo privilegia sistemáticamente las formas expresivas más cercanas a la *phoné*. La palabra que intenta sostener *logos*, que desarrolla argumentos, reconstruye contextos o pone en tensión presupuestos, tiende a quedar desplazada frente a aquella que produce reacción inmediata. Los formatos breves, las interacciones personalizadas, los insultos, las acusaciones morales y los gestos de indignación se integran con mayor facilidad a un régimen que exige circulación constante.

El principio democrático supone construir entornos donde toda voz pueda ser reconocida como potencialmente capaz de articular un discurso y no solo de emitir ruido. La arquitectura social digital opera en sentido inverso: organiza la interacción pública como si la forma más eficaz de dirigirse a cualquiera fuera tratarlo primordialmente como emisor y receptor de *phoné*. La reducción no es cognitiva, es estructural y política.

Esta inversión no se limita al plano abstracto del debate público. Reorganiza también la experiencia concreta de quienes participan. Quien produce contenidos aprende con rapidez que el esfuerzo por sostener argumentaciones densas resulta menos eficaz que la adopción de registros expresivos orientados a la reacción. Lo que en el capítulo 1 aparecía como normalización del insulto y de la agresión discursiva se revela aquí como efecto directo de un diseño del vínculo que no requiere palabras elaboradas para funcionar.

Conviene, sin embargo, precisar el alcance de esta distinción para evitar equívocos. Recuperar la oposición entre *phoné* y *logos* no implica reinstalar la dicotomía clásica entre emoción y razón, ni desplazar los afectos fuera de lo político.

Como se señaló anteriormente, las emociones no son un ruido que deba ser depurado, sino una dimensión constitutiva de la política que orienta identificaciones, estructura vínculos y participa activamente en la vida democrática.

Tampoco se trata de afirmar que existan grupos sociales naturalmente portadores de *logos* y otros condenados a la *phoné*. La distinción no describe capacidades cognitivas ni cualidades gnoseológicas de los sujetos. Describe, en cambio, un modo de organización de la experiencia pública que nos interpela de manera sistemática a todos como sujetos de reacción antes que como interlocutores. No estamos, como se afirma, ante una *guerra civil cognitiva*, sino ante una transformación estructural que redefine las condiciones bajo las cuales algo puede aparecer como palabra significativa en el espacio público.

Desde esta perspectiva, la inversión del orden sensible no remite a una cualidad de los sujetos, sino a un desplazamiento en el diseño de los entornos digitales. La mutación no reside en las personas ni en sus capacidades, sino en la arquitectura social que reorganiza la audibilidad, la visibilidad y el reconocimiento, privilegiando formas expresivas que reducen la experiencia política al registro de la *phoné* y vuelven cada vez más costosa la persistencia del *logos*.

3.6 – Homo communicans 2.0: subjetividades adaptadas al rendimiento

Mónaco y Mazzuchini (2021) describen el surgimiento del *homo communicans* (Breton, 2000) como la figura antropológica propia de una sociedad estructurada por la comunicación: un sujeto que experimenta la necesidad permanente de expresarse, mostrarse, hacerse presente ante otros. Comunicar no es una actividad entre otras, sino una condición de existencia social. El *homo communicans* está atravesado por circuitos mediáticos que le exigen estar al día, responder,

participar, opinar. Su identidad se percibe como algo que necesita ser puesto en escena para adquirir consistencia.

La irrupción de la arquitectura social digital produce una mutación en esta figura: el *homo communicans 2.0*. Ya no se trata simplemente de comunicar para existir, sino de comunicar de modo compatible con las exigencias del rendimiento. El sujeto aprende, muchas veces de forma inconsciente, qué tipo de contenido funciona, qué configuración de imagen y texto genera más interacción, qué tiempos y qué tonos se ajustan mejor al flujo. Se produce una suerte de manual tácito, que circula por imitación, prueba y error, y que enseña que la visibilidad no es un derecho sino un premio otorgado a quienes se adaptan mejor al diseño del vínculo.

El *homo communicans 2.0* internaliza así la lógica de la métrica. Cada publicación se evalúa no por su verdad o su justicia, sino por su rendimiento: cuántas visualizaciones, cuántos comentarios, cuántas veces compartido, cuántos seguidores se suman o se pierden. Esta medición constante no solo impacta en “creadores de contenido” o figuras públicas, se infiltra en la vida cotidiana de toda una sociedad. Un adolescente que sueña con “viralizarse”, un docente que adapta sus intervenciones a lo que “funciona” en redes, un político que mide cada aparición en términos de resonancia digital, un periodista que organiza su agenda según tendencias visibles: todos participan de este proceso de autoajuste.

La promesa de ascenso social se reescribe en clave digital. Antes podía asociarse a caminos como el estudio, el trabajo, la militancia, el deporte, el arte. Hoy, para amplios sectores, aparece la ilusión de que la visibilidad puede abreviar esos recorridos: bastaría con provocar un episodio de viralidad en una pieza que circule lo suficiente. Esta ilusión no es una simple fantasía, opera como mecanismo de autorregulación. El sujeto se disciplina para volverse compatible con el éxito tal como lo define la arquitectura social digital. Incluso cuando no se convierte en influencer, actúa como si el horizonte

de sentido de su comunicación fuera el mismo: optimizar su marca, cuidar su perfil, gestionar su presencia.

Lo que en el capítulo 2 describíamos como experiencia política vivida cada vez más como deriva afectiva encuentra aquí su raíz subjetiva: el homo communicans 2.0 es el sujeto que administra su *yo* en función de la atención que recibe. La arquitectura social digital y la subjetividad neoliberal convergen en esta figura, en la que el imperativo de rendimiento se vuelve principio organizador del vínculo con los demás.

3.7 – Seguidores y seguidos: relaciones no reciprocas

Uno de los gestos fundacionales del diseño social digital contemporáneo es la adopción del esquema seguidores/seguidos. Puede parecer un detalle técnico, pero implica una decisión profunda sobre la forma del vínculo. La reciprocidad deja de ser condición constitutiva de la relación social: para “seguir” a alguien no hace falta que ese alguien nos reconozca como interlocutores. La relación se organiza asimétricamente: uno habla para muchos, muchos escuchan a unos pocos.

Esta ruptura de la reciprocidad no elimina la posibilidad de diálogo, pero la debilita estructuralmente. La palabra circula cada vez más como emisión unidireccional hacia audiencias que rara vez pueden intervenir en condiciones de igualdad. Se comenta, se replica, se reacciona, pero el intercambio no está pensado como conversación entre pares. La figura de la cuenta con millones de seguidores que jamás responderá a un mensaje individual sintetiza esta lógica. La arquitectura social digital concentra la palabra pública en nodos que reúnen enormes comunidades de escucha y distribuyen la posibilidad de intervenir de manera profundamente desigual.

La consecuencia política es directa. Lo que en otros tiempos requería instancias de debate cara a cara o mediaciones institucionales (reuniones, asambleas, escritos, espacios de interlocución más o menos horizontales) se desplaza hacia un circuito donde la relación con la palabra pública está mediatizada por figuras que no tienen obligación de responder. La imposibilidad de interacción real se normaliza. El conflicto se procesa como espectáculo: se mira, se comenta, se comparte, pero rara vez se discute en un marco donde la otra parte pueda ser interpelada como igual.

En términos de los capítulos anteriores, esta estructura contribuye a explicar la sensación de que la palabra “ya no vuelve”, de que lo dicho no entra en circuito de corrección, refutación o reelaboración. La lógica seguidores/seguidos desarma el mecanismo democrático del retorno y lo reemplaza por una circulación donde la mayoría de las intervenciones quedan atrapadas en niveles de respuesta que no llegan nunca a quienes concentran el capital de circulación digital.

3.8 – Polarización como forma técnica del desacuerdo

La polarización política contemporánea no puede entenderse solo como intensificación ideológica. Tiene una dimensión técnica, incrustada en el diseño social digital. La arquitectura del vínculo está orientada a sostener estados de excitación emocional porque esos estados garantizan circulación. En ese marco, los contenidos que expresan enojo, odio, burla, desprecio o exaltación tienden a circular con más fuerza que aquellos que apelan a la duda, la ambivalencia o la reflexión.

Esta lógica genera una espiral afectiva. Los usuarios descubren que ciertos registros obtienen más reacción. Quien se mantiene en tonos moderados, quien intenta introducir matices, quien duda en público, ve su presencia relegada. Quien

exagera, acusa, ridiculiza, denuncia, se radicaliza, observa cómo aumentan sus interacciones. La plataforma no necesita tomar partido político: le basta con sostener el ciclo de intensificación. La polarización deviene así no solo un resultado posible, sino una forma de estabilización del desacuerdo: el conflicto se organiza cada vez más en torno a identidades enfrentadas que no buscan interpelar al adversario, sino exhibir su propia pertenencia ante una audiencia afín.

Los efectos sobre la democracia son evidentes. En el capítulo 1, describíamos escenas en las que lo intolerable se naturalizaba: agresiones verbales constantes, descalificaciones sistemáticas, construcción de enemigos permanentes. En el capítulo 2, veíamos cómo la esfera pública se fragmentaba en cámaras de resonancia y se volvía incapaz de ofrecer un terreno común para el disenso razonado. Desde la arquitectura social digital, la polarización aparece como el modo en que el sistema consigue estabilizar un flujo de atención. El desacuerdo se transforma en recurso para sostener una economía del vínculo basada en la excitación continua.

3.9 – Hacia otra arquitectura del vínculo

La pregunta por las alternativas no puede formularse como simple apelación a “usar mejor” las redes o a “bajar el tono” de los debates. Han (2014) mostró cómo la sociedad de la transparencia y la exposición permanente tiende a disolver los espacios de distancia necesarios para la reflexión y el conflicto democrático. Van Dijck (2016) analizó la cultura de la conectividad como un régimen donde las infraestructuras corporativas moldean de manera profunda nuestras formas de estar juntos. Rancière (1996, 2011) insistió en que la política puede reaparecer solo cuando se reabre la posibilidad de redistribuir la palabra y reconocer la igualdad intelectual allí donde antes solo se veía ruido.

Desde la capa actual, cualquier proyecto democrático mínimamente consistente debería pensarse como disputa por la arquitectura del vínculo. No se trata solo de regular contenidos o sancionar excesos, sino de rediseñar las condiciones materiales que hacen posible que ciertas voces existan públicamente y otras queden confinadas al silencio. Ello implicaría, al menos, varios movimientos simultáneos: restituir la igualdad de la capacidad de enunciar lo común; cuestionar la lógica estructural de seguidores/seguidos, explorando formas de relación basadas en mayor reciprocidad; impedir que el desacuerdo sea funcionalizado como combustible permanente y que el pensamiento sea convertido en mercancía afectiva; desarrollar una educación crítica sobre el vínculo digital, para comprender que la sociabilidad contemporánea es diseño y no naturaleza, y que la pirámide de visibilidad no es un destino inevitable.

Nada de esto puede pensarse de manera aislada. La arquitectura social digital que aquí describimos no es un accidente ni una suma de decisiones mal tomadas: es el nivel en el que la democracia contemporánea se juega, casi sin saberlo, su posibilidad de rearticular un mundo común.

3.10 – Mutaciones visibles, causas veladas

Al término de este recorrido, los síntomas del capítulo 1 y la reconfiguración de la esfera pública del capítulo 2 adquieren otra textura. La cifra imposible que se vuelve operativa, las miniaturas beligerantes que pasan del margen al gobierno, la palabra que ya no vuelve, la protesta que se absorbe en un flujo indiferente, la experiencia política vivida como deriva afectiva: todos esos fenómenos se revelan como efectos de una arquitectura social digital que redistribuye silenciosamente el vínculo, el reconocimiento y la autoridad.

Sin embargo, aun aquí, algo permanece fuera de campo. Hemos visto cómo se organizan las relaciones, cómo se je-

rarquiza la visibilidad, cómo se redefine el éxito, cómo se moldean las subjetividades compatibles con el rendimiento. Pero las causas que hacen posible esta arquitectura, la forma específica en que se presenta el mundo en las pantallas, el modo en que el tiempo es fragmentado, los caminos por los que ciertas trayectorias se vuelven irresistibles mientras otras desaparecen, siguen operando en un nivel más profundo.

Para comprender por qué esta pirámide social digital adopta la forma que adopta y por qué resulta tan eficaz para capturar la atención, habrá que descender aún una capa más, hacia el diseño mismo de la experiencia: esa interfaz que, bajo la apariencia de neutralidad, decide cómo vemos, cuánto dura cada presencia, qué ritmos se vuelven naturales y qué tiempos se vuelven impracticables. Solo entonces será posible entender por qué esta arquitectura social, que hoy parece casi obvia, fue en realidad el resultado de decisiones específicas sobre cómo organizar lo visible y lo vivible.

CAPA 4 – INTERFAZ

Hay superficies tan perfectamente pulidas que, al no ofrecer resistencia, desaparecen ante la mirada y, sin embargo, moldean todo lo que esa mirada puede ver. La interfaz pertenece a esa familia de artificios que se confunden con la naturalidad de un paisaje sin grietas: un plano transparente que creemos dominar mientras regula, sin revelarlo, la cadencia de nuestros gestos, la presión de nuestras expectativas y la manera en que experimentamos el tiempo. Es el umbral táctil desde el cual ingresamos a un mundo que parece estar a disposición del usuario, cuando en realidad es el usuario quien se acomoda, muchas veces sin advertirlo, a una normatividad que no se presenta como tal.

Si en las capas anteriores asistimos a la reorganización del vínculo social, a la mutación de la esfera pública y a la proliferación de síntomas que desbordaron la capacidad interpretativa de la democracia, aquí nos situamos en la superficie visible de ese ecosistema: la puerta de entrada, el plano

que todos tocamos, el que parece más sencillo de comprender pero cuya familiaridad dificulta el reconocimiento de su fuerza estructurante. La interfaz no es la expresión inocente de un entorno técnico, sino la forma contemporánea en la que ese entorno se vuelve experiencia. Por eso, cuando los síntomas del capítulo 1 (la eficacia política de afirmaciones imposibles, la viralidad del enojo, la erosión del retorno, la intensificación del conflicto, la fragilidad del pensamiento público) parecen adquirir una dimensión inexplicable, el recorrido por esta capa ofrece una primera explicación visible. Lo que la interfaz organiza es un modo de temporalizar la experiencia, una gramática de ritmos, pausas, estímulos y vacíos que determina qué puede circular, cuánto dura, cómo se siente y qué formas de pensamiento sobreviven en el flujo. La metáfora inicial vuelve a hacerse relevante: una superficie pulida hasta tal punto que la ilusión de transparencia oculta la manera en que define aquello que puede ser visto.

4.1 — La interfaz como forma contemporánea de normatividad

Durante décadas, la normatividad estuvo asociada a instituciones reconocibles, a reglas explícitas y a procedimientos que se inscribían en la vida pública mediante coerciones visibles o formas de autoridad identificables. La interfaz introduce una modalidad distinta de regulación: una normatividad que actúa mediante el modo mismo en que posibilita la acción. No es una estructura que ordena desde afuera, sino una superficie que dispone los gestos, organiza expectativas y orienta la conducta a través de lo que se presenta como simple usabilidad.

Esta normatividad opera porque se vive como algo natural. La interfaz define una forma de tiempo, una forma de atención, una forma de vínculo y una forma de emoción. No acompaña la experiencia digital: la constituye. Y en esa

constitución silenciosa produce efectos que en capítulos previos aparecían como mutaciones de la palabra pública, pérdida del retorno, afectividad capturada o triunfo del ruido. La interfaz es el lugar desde el cual lo visible adquiere una normatividad imperceptible: regula sin informarlo, orienta sin enunciar reglas, condiciona sin necesidad de prohibición. Allí donde en los capítulos anteriores detectábamos consecuencias, aquí localizamos su forma sensible.

Del mismo modo que en la metáfora del umbral táctil, lo que parece transparencia es en realidad un modo de repartir la experiencia. La interfaz distribuye las posibilidades de aparición, las formas de demora, los ritmos de reacción y la densidad afectiva de cada gesto. Y lo hace sin presentarse como mediación política sino como superficie neutral.

4.2 — El *feed* como dispositivo político

El término *feed* resulta particularmente revelador, en la medida en que remite a la idea de *alimentar*: sostener una actividad mediante una provisión regular y dosificada. Alimentar implica una relación con la necesidad, con el tiempo y con la posibilidad de asimilación. En el entorno digital contemporáneo, esa lógica se desplaza. La navegación se organiza como una secuencia que alimenta al usuario con contenidos mientras el usuario, sin percibirlo, alimenta al sistema con sus reacciones. Esa reciprocidad oculta produce una forma política específica: no gobierna imponiendo qué debe verse, sino determinando cómo aparece lo visible. El *feed* no es un listado de información, es una forma temporalizada de organizar lo que puede ser percibido. Su continuidad sin origen ni final definible crea la expectativa permanente de que siempre habrá *algo más*. Su despliegue convierte la aparición en una superficie de desplazamiento incesante que no requiere contexto para operar. Su cadencia transforma la experiencia

de la esfera pública en un flujo que iguala acontecimientos distintos al inscribirlos en un mismo régimen perceptivo.

Si en la esfera pública tradicional existía un suelo referencial que, aunque disputado, permitía fundamentos conversacionales comunes, el feed descompone ese suelo en secuencias personalizadas cuyos criterios de orden no son temáticos ni argumentativos, sino rítmicos. La simultaneidad sustituye al sentido, la sucesión reemplaza a la discusión colectiva y la aparición descontextualizada desplaza la duración necesaria para la elaboración de un juicio. En el capítulo 2 observábamos la fractura del espacio común: aquí encontramos su traducción perceptiva. La esfera pública deja de organizarse como un territorio sincrónico y se convierte en un flujo simultáneo que no requiere coincidencias de tiempo ni de contenido, sino compatibilidades de ritmo.

A esta altura, lo que la interfaz ofrece como simple flujo comienza a revelar otra dimensión. Tal como propone Terranova (2024), las plataformas no solo administran la visibilidad: han subsumido a la propia Internet en su lógica de extracción y control. Lo que alguna vez fue una red distribuida, sostenida por protocolos abiertos y por experimentaciones colectivas, persiste hoy apenas como una infraestructura residual, un fantasma técnico que opera en el subsuelo del Complejo Corporativo de Plataformas. Desde esta perspectiva, la familiaridad de la interfaz es la forma sensible de una transformación mucho más profunda: no interactuamos con Internet, sino con un sistema que concentra la capacidad de conectar, ordenar y medir, y que convierte cada gesto en insumo para su propio beneficio. La interfaz aparece entonces como la superficie afectiva y perceptiva mediante la cual esa subsunción se vuelve experiencia cotidiana: una puerta de entrada aparentemente abierta a la inmensidad de la red que, al mismo tiempo, canaliza la navegación por pasillos cada vez más estrechos, retiene al usuario en zonas mínimas del espacio digital y sustituye la exploración de Internet por la permanencia controlada en un fragmento reducido de ella.

4.3 — Diseño de experiencia como forma de gobierno

El *diseño de experiencia* no es un ornamento ni una instancia subordinada al funcionamiento técnico, sino una forma de gobierno. Gobierna porque regula tiempos, intensidades, expectativas y secuencias de acción. Gobierna porque no se limita a permitir que algo ocurra, sino que modela la manera en que ese algo ocurre. Y gobierna porque hace pasar por naturalezas perceptivas decisiones que son, en realidad, formas de organizar la vida común.

La navegación digital ofrece ejemplos palpables de esta forma de poder incorporada al diseño. El *scroll infinito* produce la sensación de continuidad permanente y desalienta la idea de que existe un exterior al flujo. Las *microsecuencias de acción*, gestos mínimos como deslizar, pulsar o reaccionar, entrena al usuario en una temporalidad fragmentada en la que el pensamiento se adapta a unidades breves. Los *nudges* (pequeñas intervenciones de diseño que orientan la conducta sin recurrir a la prohibición ni a la coerción explícita) guían la acción transformando la elección en preferencia inducida. La *gamificación* (la incorporación de lógicas de juego, recompensas intermitentes y sistemas de puntos en contextos no lúdicos) modela la disposición afectiva y refuerza la continuidad de la participación. Las *actualizaciones permanentes* generan la percepción de un presente sin descanso, donde detenerse equivale a perder continuidad. La *latencia* se redefine como falla, de modo que la pausa deja de ser ocasión para el pensamiento y pasa a ser un obstáculo.

Estos elementos no son accesorios. Cada uno colabora en la configuración de un régimen de experiencia donde lo que aparece lo hace con una cadencia que excluye la demora y privilegia la reacción inmediata. Lo que en el capítulo 1 se presentaba como hiperreactividad o como imposibilidad de sostener conversaciones densas encuentra aquí su forma sen-

sorial: la interfaz educa la percepción para que la reacción sea el modo predominante de relación con lo visible.

4.4 — La estructura emocional de la navegación

La interfaz no modela solo cogniciones, modela también afectos. La navegación produce ansiedades anticipatorias, pequeños ciclos de satisfacción, estados difusos de fatiga y una disociación temporal que altera la percepción de continuidad interna. Todo ello se experimenta como algo propio del usuario, cuando en realidad forma parte de la arquitectura emocional de la navegación.

La ansiedad se activa en la expectativa permanente de actualización, en la percepción de que el flujo nunca se completa y de que siempre hay algo relevante a punto de aparecer. La satisfacción se produce en microdosis, ligada a recompensas intermitentes como notificaciones, reacciones, visualizaciones o breves picos de reconocimiento, que alivian momentáneamente la tensión sin cerrarla, manteniendo abierto el ciclo de exposición. La fatiga se acumula como efecto de la sobreestimulación continua y de la ausencia de pausas no instrumentalizadas. La disociación temporal emerge cuando la cadencia técnica de la navegación se desacopla de la temporalidad interna del sujeto, generando la sensación de haber pasado largos períodos de tiempo sin registro claro de duración, secuencia o cierre. Estas tonalidades afectivas, que pueden parecer triviales o individuales, se proyectan luego sobre la arquitectura social digital. En el capítulo 3 observábamos cómo la pirámide de la atención depende de intensidades afectivas que sostienen la circulación constante; aquí se vuelve visible el mecanismo que las produce. La interfaz favorece aquello que puede ser procesado en unidades breves, reiterables y afectivamente cargadas, lo que contribuye a la consolidación de formatos políticos que prosperan no por

su capacidad de elaboración, sino por su adecuación a estos ciclos emocionales fragmentados.

La investigación reciente sobre cultura digital muestra que esta arquitectura emocional no es un efecto secundario de la navegación, sino una forma contemporánea de subjetivación. Como señala Barboza (2022), el *smartphone* no solo distribuye estímulos: regula la atención, modula expectativas y organiza microfluctuaciones afectivas que el usuario experimenta como propias, aun cuando derivan de una ingeniería diseñada para producir disponibilidad permanente. Esa regulación sutil, hecha de pequeñas interrupciones y recompensas difusas, convierte a la interfaz en un *dispositivo de sí*, un punto donde la vida emocional se vuelve compatible con las necesidades de un ecosistema que exige presencia continua. La interfaz, así, no solo ordena lo que aparece en pantalla: entrena al sujeto para habitar un régimen afectivo que refuerza los ritmos que la propia superficie técnica instala.

Conviene introducir aquí una distinción fundamental. La crítica desarrollada en este capítulo no se dirige a la dimensión afectiva de la vida política en cuanto tal. La sensibilidad, la empatía, la capacidad de indignarse frente a la injusticia o de reconocerse en el sufrimiento ajeno son componentes indispensables de cualquier experiencia democrática. Podemos referirnos, en este sentido, a un *afecto democrático*: una forma de afectividad que se articula con procesos de elaboración colectiva, que admite mediaciones, que permite sostener el conflicto sin clausurarlo en una hostilidad absoluta y que se inscribe en temporalidades que hacen posible la reflexión y el reconocimiento recíproco.

Lo que se vuelve problemático en el entorno digital no es la presencia de afectos, sino su captura técnica. La interfaz produce y organiza un *afecto capturado*: intensificado, fragmentado y orientado a la reacción inmediata, desacoplado de toda mediación que permita su elaboración política. En lugar de habilitar la construcción de vínculos y proyectos

compartidos, esta forma de afectividad es funcional a la aceleración, a la polarización funcional y a la reproducción de antagonismos hipertrofiados. La diferencia entre un afecto democrático y un afecto capturado no es psicológica ni moral, sino estructural y política: depende de las condiciones técnicas que organizan cómo se siente, cuánto dura y hacia dónde se orienta la experiencia afectiva.

La política argentina reciente, como la de tantos otros países, reproduce este esquema de modo notable: la eficacia del agravio, la capacidad de instalar climas de época con pocas palabras, la proliferación de antagonismos de rápida escalada. No se trata simplemente de estilos o liderazgos, sino de un tipo de experiencia emocional que encuentra en la interfaz su gramática básica.

En este contexto resulta útil recuperar la noción de *Emocracia* tal como la trabaja Facundo Odasso (2024) en su artículo homónimo. El término, recuerda el autor, nace de una intervención periodística del historiador Niall Ferguson, cuando en 2019 sentencia en *The Sunday Times*: “ya no vivimos más en una democracia, vivimos en una emociencia”. Actualmente se utiliza ese neologismo para nombrar un orden en el que las emociones gravitan en la definición de posiciones políticas y decisiones colectivas. A partir de allí, Odasso propone entender la *emociencia* como una nueva fase evolutiva de la democracia representativa, configurada por el avance de las tecnologías de la comunicación, la emergencia de una figura subjetiva específica (el *Homo Digitalis*, hiperexpuesto, ansioso, reactivo) y la consolidación de una polarización afectiva que ya no se organiza únicamente en torno a clivajes ideológicos, sino sobre pertenencias emocionales y morales rígidas.

En esa clave, la *emociencia* no es solo un rótulo ingenioso para describir el clima de época: funciona como nombre sintético de aquello que este libro viene reconstruyendo por capas, el tránsito desde una esfera pública estructurada por organizaciones y medios que administraban las pasiones ha-

cia un entorno digital en el que las infraestructuras de comunicación, los dispositivos de segmentación y los marcos emocionales de recepción convergen para hacer de la captura afectiva el principio organizador de la vida política contemporánea.

El uso contemporáneo del término “democracia” suele inscribirse en registros periodísticos y ensayísticos que lo asocian al avance de formas de populismo emocional o a una supuesta irrupción irracional de los afectos en la política. En este trabajo, en cambio, la noción se desplaza hacia otro registro: no para descalificar la dimensión afectiva de la vida democrática ni para atribuir los fenómenos políticos a déficits culturales del electorado, sino para analizar las condiciones técnicas e infraestructurales que capturan, intensifican y administran los afectos como recurso político, reconfigurando las formas mismas de la experiencia pública y del conflicto democrático.

4.5 – Temporalidad técnica y temporalidad humana

Diversos diagnósticos contemporáneos, provenientes de tradiciones teóricas distintas, coinciden en señalar una tensión creciente entre las formas de temporalidad que sostienen la experiencia humana y las temporalidades impuestas por los dispositivos técnicos. Los trabajos de Bernard Stiegler (2016) sobre la *retención terciaria*, de Byung-Chul Han (2013) sobre la desaparición de la latencia y la pérdida del *punctum* como interrupción significativa de la experiencia, de Jonathan Crary (2015) sobre el régimen temporal 24/7 y la colonización de la vigilia, y de Hartmut Rosa (2019) sobre la aceleración como transformación de la relación con el mundo y erosión de las condiciones de *resonancia*, constituyen apenas algunos ejemplos, entre muchos otros, de ese esfuerzo por pensar un mismo desplazamiento histórico.

La temporalidad humana depende de la duración, de la pausa y de la demora que permite la formación de un juicio y la elaboración de una experiencia. Supone latencia, es decir, la posibilidad de que el sentido no se agote en su aparición inmediata y de que el conflicto pueda ser procesado antes de convertirse en reacción. La temporalidad técnica, en cambio, organiza el tiempo como una secuencia continua de apariciones y desapariciones reguladas por cadencias de actualización permanente que no se ajustan a esas condiciones vitales.

La interfaz es el punto en el que esta tensión se hace sentir en la vida cotidiana. Lo que permanece en pantalla conserva presencia, lo que se retira del campo visual se desvanece y pierde incidencia en la experiencia. La navegación reproduce un presente perpetuo que debilita el vínculo entre pasado y futuro, entre memoria y anticipación. La aceleración que aquí se introduce no es solamente una cuestión de velocidad, sino una forma de impedir que la experiencia sedimente. Y esa imposibilidad de sedimentación afecta directamente la práctica democrática: el pensamiento que necesita tiempo se encuentra en desventaja frente a gestos que requieren solo reacción. Por eso, lo que en el capítulo 1 describíamos como aceptación de cifras imposibles, fragilidad de la verificación o sustitución del conflicto por espectáculo encuentra aquí su mecanismo sensible. La democracia requiere un tiempo que la interfaz vuelve cada vez más difícil de sostener.

4.6 – Cómo la interfaz reorganiza la arquitectura social y la esfera pública

La interfaz no modifica únicamente la experiencia individual: reorganiza la trama social y la vida pública. En la arquitectura social digital, cada gesto se convierte en unidad mensurable y cada aparición depende de compatibilidades rítmicas que determinan quién emerge y quién se desvanece. La pirámide de la atención del capítulo 3 se apoya en esta

capa: la interfaz define qué acciones cuentan como presencia y cuáles quedan excluidas en la inexistencia.

En la esfera pública reconfigurada del capítulo 2, la interfaz interviene al desarticular referencias comunes, promover simultaneidades sin contexto y desplazar el debate hacia un flujo continuo que no requiere ni sostiene la elaboración argumentativa. La percepción fragmentada de los asuntos públicos no deriva únicamente de la multiplicación de voces, sino de la imposibilidad de sincronizar experiencias en un mismo horizonte temporal.

La política de los últimos años testimonia esta reorganización. La velocidad con que se instalan climas emocionales (afectos capturados), la fragilidad de los acuerdos mínimos, la circulación instantánea de agravios y la dificultad para sostener discusiones prolongadas se explican, en parte, por el modo en que la interfaz produce un flujo que vuelve equivalentes acontecimientos heterogéneos y diluye cualquier diferencia entre lo relevante y lo accesorio. La superficie táctil que parece ofrecernos acceso directo al mundo es, en realidad, el plano turbio que define silenciosamente qué mundo aparece y cómo aparece.

4.7 — La apariencia de neutralidad y su función política

Tal vez el rasgo más influyente de la interfaz sea su capacidad para presentarse como un medio neutral. Todo lo que sucede en ella parece obedecer a un funcionamiento transparente, como si nada mediara entre el usuario y el contenido. Sin embargo, esa apariencia encubre la dimensión política de su diseño. Lo que aparece y lo que no aparece, lo que permanece y lo que se desvanece, lo que requiere acción inmediata y lo que no provoca ninguna demanda son decisiones inscritas en la superficie misma.

En capítulos previos vimos cómo la democracia se desestabiliza cuando la palabra pierde retorno, cuando la esfera pública se enrarece y cuando la arquitectura social privilegia el capital de la captura afectiva. Aquí identificamos el plano visible que organiza esas transformaciones. La interfaz no actúa mediante restricciones explícitas, sino mediante disposiciones perceptivas que moldean los gestos posibles. Su fuerza reside precisamente en pasar inadvertida, en producir la sensación de que no actúa, de que solo presenta el mundo cuando en realidad lo configura. Así como el umbral táctil se confunde con la claridad del paisaje, la interfaz se confunde con la naturalidad de la experiencia, aunque su estructura determine el alcance y las condiciones de lo visible.

En este punto, la hipótesis de la *desresponsabilización política*, ya presente en la reconfiguración de la esfera pública, encuentra en la interfaz su forma más precisa. No se trata solo de que oculte relaciones de poder o de que presente como neutral lo que es resultado de decisiones técnicas y económicas, sino de que redistribuye sistemáticamente la responsabilidad simbólica de los enunciados que circulan en ella. A diferencia de la esfera pública mediada por instituciones editoriales, donde la autoría, la línea y el costo reputacional estaban relativamente localizados, la interfaz fragmenta el acto político en una cadena de microgestos técnicos (publicar, reaccionar, compartir, amplificar) en la que ningún actor aparece como plenamente responsable del efecto producido, aun cuando ese efecto sea social y políticamente significativo. El resultado es un régimen en el que la violencia simbólica puede circular con gran intensidad sin generar sanción proporcional ni sobre quien enuncia desde posiciones de poder ni sobre la infraestructura que posibilita y rentabiliza su difusión.

Esta *desresponsabilización* no debe confundirse con la lógica del anonimato. Tampoco equivale al *trolling* o a la provocación marginal. Se trata de una modalidad estructural de intervención política propia del entorno de plataformas, en

la que la interfaz permite a actores institucionales de máxima jerarquía participar activamente en escenas de humillación, estigmatización o agresión extrema sin asumirlas como actos propios. El *like*, el *retuit* o la interacción visible funcionan aquí como gestos ambiguos: no constituyen un discurso en sentido clásico, pero tampoco son neutrales. Operan como señales de validación afectiva que habilitan la circulación del contenido y lo inscriben en el centro de la escena pública, al tiempo que desplazan la carga explícita del daño hacia terceros (usuarios, creadores ignotos, dinámicas virales) y preservan la imagen del actor que interviene desde arriba.

Un ejemplo particularmente ilustrativo de esta lógica se produjo durante la disputa pública entre el presidente Javier Milei y el gobernador de Chubut, Ignacio Torres, a comienzos de 2024. En ese contexto, el presidente interactuó públicamente con memes que excedían ampliamente la confrontación política habitual. Uno de ellos presentaba una imagen editada del gobernador en la que se le habían incorporado rasgos asociados al síndrome de Down, con el objetivo de descalificarlo como intelectualmente incapaz. Otro mostraba una escena manipulada en la que varios adultos aparecían detrás de una niña sentada en un sillón (cuyo rostro había sido reemplazado por el del gobernador) acompañada de una leyenda sexualmente explícita que remitía de manera directa a una situación de abuso infantil. Estos contenidos no fueron producidos por el presidente, pero su validación mediante interacciones visibles los convirtió en parte legítima del intercambio político.

Lo relevante, desde el punto de vista analítico, no es solo la gravedad del contenido, que por sí misma resultaría impensable en otros regímenes comunicacionales sin consecuencias inmediatas, sino el efecto estructural que produjo su circulación: ni la imagen presidencial ni la de la plataforma que permitió y amplificó esos contenidos se vieron significativamente deterioradas: la agresión quedó distribuida. El presidente no “dijo” nada: solo reaccionó. La plataforma no

“publicó” nada: solo alojó y mostró. Los usuarios no “decidieron” nada: solo compartieron. Sin embargo, el daño simbólico fue real, público y eficaz. La interfaz hizo posible que una escena de humillación extrema ingresara al espacio político sin que pudiera señalarse con claridad un responsable único, y sin que la violencia desplegada generara un costo institucional equivalente a su intensidad.

Este funcionamiento revela con nitidez el núcleo del problema democrático contemporáneo: la interfaz no solo intensifica afectos y acelera la circulación de contenidos, sino que disuelve las condiciones clásicas de imputabilidad política. Al fragmentar la acción en gestos técnicos mínimos y al presentar cada intervención como un acto aislado, la plataforma produce un entorno en el que la responsabilidad se disipa a medida que el impacto crece. En este régimen, la radicalización simbólica no solo es posible, sino estructuralmente ventajosa: produce atención, refuerza identidades afectivas cerradas y alimenta la dinámica de la plataforma, mientras protege a los actores centrales de las consecuencias que, en otros contextos, habrían sido inevitables. La *desresponsabilización política* no es, entonces, un efecto colateral del mal uso de las redes, sino una propiedad constitutiva de la interfaz como forma contemporánea de mediación pública.

En este sentido, muchos de los síntomas descriptos al inicio del libro (la normalización del agravio, la circulación impune de la humillación, la dificultad para atribuir responsabilidades, la persistencia de climas de hostilidad sin consecuencias visibles) no deben leerse como desvíos o anomalías del debate, sino como manifestaciones superficiales de esta misma lógica. Lo que en la superficie aparece como exceso, degradación o escándalo reiterado encuentra aquí su condición de posibilidad: una interfaz que, al presentarse como neutral, habilita formas de violencia simbólica sin responsables claros y sin fricción institucional.

4.8 — Una superficie que oculta su propia profundidad

Hasta aquí nos detuvimos en la capa más visible de la vida digital: la interfaz, ese plano con el que interactuamos de manera constante y que organiza nuestra experiencia inmediata. Visible en su presencia cotidiana, pero opaca en su modo de operar, la interfaz funciona como forma de normatividad, como dispositivo político y como estructura emocional y temporal que reordena la sociabilidad y la esfera pública sin presentarse como causa. Hemos visto cómo sus ritmos permiten volver inteligibles los síntomas del capítulo 1, cómo sus disposiciones perceptivas sostienen la arquitectura social digital analizada en el capítulo 3 y cómo sus efectos temporales contribuyen a desestabilizar las condiciones democráticas trabajadas en el capítulo 2, aun cuando esa relación causal no se manifiesta de manera directa ni transparente.

Pero aun en esta proximidad, algo permanece fuera de foco. La interfaz muestra y oculta a la vez. Sus operaciones visibles remiten a un plano más profundo, un nivel en el que se toman decisiones que aquí solo pueden insinuarse. Para comprender por qué la interfaz adopta esta gramática específica, por qué organiza el tiempo de este modo, por qué produce estos afectos y por qué privilegia determinadas formas de aparición y relega otras, será necesario descender un paso más.

Esa capa, aún no descripta, es la que permite entender la fuerza que sostiene a esta superficie pulida. A simple vista, la interfaz parece un umbral transparente, pero bajo esa transparencia se organiza una lógica que solo se revelará al avanzar hacia un nivel más profundo de estructuración. Allí se encuentra la clave de lo que todavía no podemos ver del todo, pero que ya condiciona todo lo que vemos.

CAPA 5 – GENEALOGÍA DE UNA EXTRACCIÓN INVISIBLE

Desde hace décadas circula la idea de que las tecnologías digitales transformaron nuestras vidas porque facilitaron tareas, conectaron al mundo y aceleraron procesos que antes parecían lentos o engorrosos. Esa lectura, aunque parcialmente cierta, permanece en la superficie. Lo que en realidad se desarrolló en las últimas décadas fue un desplazamiento más profundo: la conversión progresiva de la vida cotidiana en datos. Ese pasaje, silencioso, disperso, aparentemente técnico, abrió el camino hacia una mutación histórica en la que la experiencia humana comenzó a adquirir valor económico sin que los sujetos se reconocieran como parte de esa transformación. Las capas previas de este libro mostraron síntomas y reorganizaciones sociales que parecían no tener causa visible. Aquí comenzamos a descender hacia la primera de esas causas: la genealogía del *excedente conductual*, su descubrimiento, su aceleración y la expansión de una forma

de extracción que terminó por reconfigurar la textura misma de lo vivible.

El recorrido no narra una simple secuencia de innovaciones técnicas. Propone desmontar una lógica que, al hacerse familiar, ocultó sus decisiones fundacionales. Una lógica que capturó el registro de acciones humanas y que estableció las condiciones para un nuevo orden cuyas consecuencias solo empezamos a vislumbrar hacia el final de este capítulo.

La historia no comienza con las grandes corporaciones actuales. Comienza en los hogares, con computadoras personales que todavía parecían objetos discretos, incapaces de anunciar la magnitud del cambio que se avecinaba.

5.1 – Digitalización de la vida: la conversión técnica de la experiencia

A comienzos de la década de 1980, la incorporación progresiva de computadoras personales en los hogares inauguró un proceso cuya profundidad histórica resultó, durante mucho tiempo, difícil de advertir. Tras la televisión, la heladera o el teléfono fijo, las computadoras ingresaron en el espacio doméstico como un artefacto más, asociado a la productividad, el entretenimiento o la organización cotidiana. Su presencia no parecía alterar la estructura de la vida social, sino apenas añadir una herramienta eficiente a prácticas ya existentes. Sin embargo, esa lectura subestimaba un desplazamiento decisivo.

A diferencia de los dispositivos que la precedieron, la computadora no se limitaba a facilitar tareas o ampliar capacidades técnicas. Introducía una mutación más sutil y más radical: registraba. Cada operación dejaba una huella: cada archivo creado, cada imagen almacenada, cada texto corregido, cada programa ejecutado producía un rastro digital mínimo, invisible para el usuario pero técnicamente persis-

tente. La experiencia comenzaba a adquirir una nueva propiedad: podía ser inscripta, conservada y reproducida como información.

Este desplazamiento no fue inmediato ni adoptó la forma de un acontecimiento visible. Se produjo de manera progresiva, casi imperceptible, a través de una migración silenciosa de prácticas habituales. Lo que antes quedaba en cuadernos, carpetas, cajones o álbumes familiares empezó a transformarse en archivos individualizados, ordenables y manipulables. La fotografía dejó de ser objeto físico para convertirse en imagen digital. La música se desprendió de sus soportes materiales. El trabajo administrativo, las tareas escolares, los trámites laborales, los intercambios personales comenzaron a reorganizarse en formatos informacionales. La vida cotidiana empezó a expresarse en secuencias técnicas susceptibles de ser almacenadas, copiadas y procesadas.

La digitalización masiva estableció así una condición inédita: la conversión técnica de la experiencia. No se trataba todavía de un régimen de vigilancia ni de una economía de extracción plenamente constituida, sino de una transformación previa y más elemental. La vida comenzó a adoptar la forma de dato sin que ello respondiera a una intención política explícita ni a un diseño económico consciente. Fue, en un primer momento, un efecto colateral de la promesa de comodidad, eficiencia y modernización. Pero ese efecto colateral reconfiguró silenciosamente la relación entre experiencia, memoria y técnica.

Hacia fines del siglo XX, esa digitalización inicial alcanzó un punto de inflexión: los datos se multiplicaban, pero permanecían aislados, sin una infraestructura que los articulara.

5.2 – Protocolarización de la interacción: el surgimiento de Internet como infraestructura planetaria

La siguiente mutación decisiva ocurrió cuando esos datos digitalizados encontraron una red capaz de conectarlos. El desarrollo de Internet transformó las computadoras personales en nodos de una red global. Un punto de inflexión en ese proceso fue el trabajo de Tim Berners-Lee, cuya propuesta de la *World Wide Web* permitió articular un sistema universal de hipertexto navegable.

En sus inicios, Internet funcionaba como un entorno de intercambio entre instituciones de investigación y organismos estatales. Más tarde se abrió al público general y, tras la habilitación de su uso comercial en los años noventa, comenzó a expandirse hacia los hogares con la misma persistencia con la que décadas antes lo había hecho el televisor. Sin una fecha inaugural precisa (ni una conciencia inmediata de su impacto histórico), la red se volvió parte natural de la vida cotidiana.

Esa protocolarización, entendida como la estandarización de formatos, modos de acceso, lenguajes y procedimientos, permitió que las acciones realizadas en terminales individuales adquirieran continuidad e interoperabilidad a escala planetaria. Aquello que las computadoras habían iniciado, Internet lo consolidó: la vida digitalizada no solo existía, sino que podía circular indefinidamente.

Aun así, el potencial económico de ese proceso no era evidente. A comienzos de los 2000, numerosas empresas digitales que habían apostado a modelos basados en presencia *online* y publicidad básica colapsaron durante el estallido de la burbuja bursátil de las *puntocom* (.com). Ese derrumbe, lejos de clausurar la posibilidad de un negocio sostenible, abrió la puerta a un hallazgo que cambiaría el rumbo de la economía política de la red.

5.3 – Descubrimiento del excedente conductual

Tras el colapso de la burbuja, se hizo evidente que la simple existencia de sitios web no generaba ingresos suficientes. Era necesario encontrar un modelo capaz de volver rentable la masividad emergente de Internet.

Fue en ese contexto que, entre 2001 y 2004, Google descubrió que los rastros que los usuarios dejaban al realizar búsquedas (clics, tiempos de permanencia, secuencias de navegación, patrones repetitivos) constituyan un tipo de información con un valor económico inexplorado. No se trataba de datos necesarios para brindar el servicio de búsqueda, eran excedentes: restos inadvertidos de la actividad digital que podían utilizarse para prever comportamientos futuros.

Shoshana Zuboff (2020), en *La era del capitalismo de la vigilancia*, reconstruyó con precisión este giro. Lo llamó *excedente conductual*, una categoría destinada a ocupar un lugar central en la comprensión del mundo contemporáneo. El excedente conductual no es cualquier dato: es aquello que se desprende de nuestras acciones sin que lo advirtamos, aquello que supera la finalidad técnica del servicio utilizado y que, sin embargo, puede convertirse en insumo económico.

La singularidad, y la peligrosidad histórica, del descubrimiento residió en identificar que ese excedente podía alimentar algoritmos capaces de producir predicciones sobre comportamientos futuros de los usuarios. Y esas predicciones, a su vez, podían venderse a empresas interesadas en anticipar decisiones de consumo, movimientos, preferencias o patrones de acción.

Entre 2000 y 2004, los ingresos de Google se multiplicaron a una velocidad inédita, señalando un cambio de escala en la lógica de valorización. Ya no se trataba de indexar páginas web: se trataba de transformar la conducta humana en una fuente de valor. El descubrimiento de Google no fue un

episodio aislado, funcionó como punto de partida para un proceso de expansión sin precedentes.

5.4 — La expansión de la extracción: redes sociales y smartphones

Con el giro introducido por Google, la industria tecnológica comprendió que toda acción digitalizable podía convertirse en insumo económico. La llegada de la llamada *Web 2.0* amplió esta posibilidad exponencialmente. Las redes sociales no solo permitieron que los usuarios publicaran contenidos: les ofrecieron entornos donde cada gesto, cada *like*, cada comentario, cada conexión entre personas, cada fotografía, cada video, se convertía en un dato más.

La extracción dejó de limitarse a búsquedas textuales y comenzó a abarcar la vida misma. Las plataformas se especializaron en capturar dimensiones cada vez más íntimas de la existencia: afectos, amistades, vínculos familiares, hábitos culturales, preferencias políticas, patrones de interacción, redes de afinidades y conflictos.

La llegada de los *smartphones* intensificó aún más esta dinámica. Los dispositivos móviles incorporaron sensores (GPS, acelerómetros, micrófonos, cámaras) que permitieron registrar continuamente la ubicación, los desplazamientos diarios, los tiempos de traslado, los sitios frecuentados y hasta los silencios. El teléfono dejó de ser un instrumento de comunicación para convertirse en un dispositivo de observación integral de la vida cotidiana.

Pero la expansión no se detuvo allí. Con la “Internet de las cosas”, electrodomésticos, vehículos, relojes inteligentes, pulseras de actividad y dispositivos biométricos comenzaron a emitir datos sobre rutinas hogareñas, estados fisiológicos, variaciones del sueño, ritmo cardíaco, niveles de estrés y comportamientos corporales. Lo que alguna vez estuvo fuera

del alcance del registro digital fue absorbido progresivamente por un ecosistema que convirtió cada fragmento de vida en insumo.

Incluso las plataformas de música participaron de esta extracción. La elección de canciones, sus secuencias, las horas de reproducción y los estados de ánimo inferidos de esas elecciones se transformaron en información valiosa para construir perfiles afectivos. Los asistentes de voz (Siri, Google Now, Alexa) sumaron a este proceso un tipo de registro hasta entonces reservado al ámbito privado: patrones lingüísticos, entonaciones, modulaciones emocionales, fragmentos de conversaciones domésticas.

En este punto, la expansión del régimen extractivo ya no puede describirse únicamente en términos generales. La genealogía del excedente conductual no se comprende plenamente sin examinar casos específicos que permitan observar, en situaciones concretas, la creatividad técnica y el alcance con que estas plataformas lograron extender la extracción a dimensiones cada vez más profundas de la vida social.

5.5 — Formas concretas de extracción: experimentos, juegos, objetos cotidianos

Son numerosos los autores que, desde distintos enfoques, han reconstruido casos que con el tiempo se volvieron ampliamente conocidos por revelar de manera concreta el alcance de la extracción conductual y su traducción en formas de intervención sobre la vida social. Más allá de sus diferencias de énfasis, estos ejemplos permiten observar cómo prácticas presentadas como innovaciones lúdicas o utilitarias funcionaron, en simultáneo, como dispositivos de captura, experimentación y modelado del comportamiento.

El juego *Pokémon Go* se convirtió en un fenómeno global pintoresco solo en apariencia. Presentado como entreteni-

miento de realidad aumentada, funcionó también como un experimento de geolocalización aplicada al consumo: miles de usuarios fueron inducidos a desplazarse físicamente hacia comercios que habían pagado para convertirse en “poképaradas”. La plataforma demostraba así que podía orientar movimientos colectivos en el espacio urbano con extremada precisión.

Otro caso revelador fue el de las aspiradoras robots capaces de mapear la disposición completa de los hogares. Bajo la apariencia de un electrodoméstico útil, estas máquinas recopilaron información sobre el tamaño, distribución y características de viviendas cuyos planos luego fueron presuntamente comercializados como datos valiosos para empresas interesadas en análisis demográficos.

Facebook desarrolló experimentos que mostraron que el excedente conductual no solo podía anticipar comportamientos, sino también inducirlos. La plataforma envió mensajes dirigidos a usuarios durante jornadas electorales, demostrando que pequeñas variaciones en notificaciones podían aumentar la participación electoral en segmentos específicos. La extracción de datos, combinada con intervenciones mínimas, podía traducirse en efectos políticos cuantificables.

Estos ejemplos no son anomalías ni curiosidades tecnológicas. Revelan el avance de un proceso que convirtió la vida cotidiana en un laboratorio de captura y experimentación. Pero el momento decisivo de esta genealogía, el que mostró hasta dónde podía llegar la combinación de extracción masiva y modelado inferencial, surgió de un ámbito inesperado: la psicometría académica.

5.6 — Kosinski y la revolución psicográfica

En la década de 2010, el investigador Michal Kosinski desarrolló en la Universidad de Cambridge un modelo de aná-

lisis psicográfico basado en correlaciones entre *likes*, fotografías, redes de amistad, puntuaciones en *tests* de personalidad y patrones de navegación. Su propuesta no era, en principio, una herramienta política. Buscaba demostrar que los rastros digitales voluntariamente publicados por los usuarios podían predecir atributos psicológicos con alta precisión.

Kosinski mostró, con datos masivos, que era posible inferir rasgos íntimos (orientación sexual, ideología, nivel de satisfacción vital, impulsividad, vulnerabilidades afectivas, inclinaciones políticas) a partir de combinaciones de *likes* aparentemente triviales (Kosinski, Stillwell y Graepel, 2013). El método no requería contenido explícito: necesitaba correlaciones. La conducta digital se transformaba en un espejo estadístico capaz de reconstruir zonas subjetivas que ni siquiera el propio sujeto había puesto en palabras.

Este hallazgo, que en el ámbito académico generó debates éticos, encontró rápidamente interesados en aplicarlo fuera de la universidad. Fue entonces cuando la empresa *Cambridge Analytica* tomó contacto con los métodos de Kosinski y decidió utilizarlos a gran escala para campañas políticas.

El procedimiento fue directo: se extrajeron millones de perfiles de Facebook sin consentimiento explícito, se aplicaron algoritmos basados en los modelos psicométricos desarrollados en Cambridge y se generaron perfiles individualizados para microsegmentar mensajes políticos. En lugar de comunicarse con públicos amplios, las campañas comenzaron a dirigirse a personas específicas según su vulnerabilidad psicológica, su disposición emocional o sus inclinaciones inconscientes.

El caso tuvo repercusiones globales cuando se comprobó que estos métodos habían sido utilizados tanto en la campaña por el *Brexit* como en la elección presidencial de Donald Trump en 2016. La microsegmentación psicográfica permitió dirigir mensajes diseñados para producir miedo, enojo o entusiasmo selectivo según la estructura afectiva de cada usuau-

rio. La esfera pública empezaba a dejar de ser interpretada como un espacio relativamente compartido para convertirse en una colección de individuos expuestos a narrativas distintas, configuradas para afectar sus conductas con gran precisión.

La historia de Kosinski y Cambridge Analytica no puede entenderse como un desvío excepcional. Representa la culminación lógica del movimiento iniciado décadas atrás: la vida digitalizada, protocolarizada y convertida en excedente conductual encontró, en los modelos psicográficos, la posibilidad de intervenir directamente en la formación de voluntad política. El comportamiento humano ya no era solo un objeto de predicción, se convirtió en un territorio maleable.

5.7 – Hacia un sistema aún más profundo

La genealogía del excedente conductual revela una secuencia en apariencia técnica, pero en realidad decisiva para comprender el presente. Desde la digitalización inicial hasta la microsegmentación psicográfica, cada etapa profundizó un doble movimiento: la conversión de la experiencia humana en fuente de valor económico y la ampliación sistemática de la capacidad de intervenir sobre conductas individuales y colectivas.

Lo que comenzó como un registro doméstico y terminó en formas de intervención psicográfica dirigida no puede interpretarse como una simple secuencia de innovaciones técnicas. Se trata, más bien, de la instalación progresiva de un régimen que ya no se limita a observar el mundo, sino que lo modela silenciosamente.

Este capítulo detuvo la mirada en la genealogía y en los mecanismos de extracción. Pero las mutaciones descritas no quedaron allí. La conjunción entre digitalización total, captura sistemática de excedentes y capacidad inferencial abrió

el camino hacia una forma de organización económica y técnica que reconfiguró dimensiones mucho más amplias que las analizadas hasta ahora.

Los efectos acumulados de estas transformaciones dieron origen a un sistema cuyo funcionamiento, ya no solo extractivo, sino estructurador de las condiciones de producción, circulación y valor en el mundo contemporáneo, comienza a desplegarse en el próximo capítulo. Allí comenzaremos a descender hacia una capa más profunda: la del sistema tecnoindustrial que emergió de estas mutaciones y que hoy define, desde un subsuelo casi invisible, la vida económica y social de nuestro tiempo.

CAPA 6 – EL SISTEMA TECNOINDUSTRIAL

Hubo un momento, todavía cercano, en que el sistema productivo parecía agotado en sus propias formas. El capitalismo industrial había organizado durante mucho tiempo la economía mundial a partir de fábricas, máquinas, bienes materiales, servicios, flujos logísticos y mercados relativamente estables entre productores y consumidores. Pero lentamente, sin ninguna señal visible, esa estructura comenzó a ser reescrita desde sus bases. La transformación no fue perceptible en la superficie inmediata de la vida social: ocurrió en la infraestructura. Allí, donde el mundo suele naturalizarse, emergió una mutación que alteró no solo el funcionamiento de la economía, sino también el modo en que se organiza la percepción, la circulación del sentido y la existencia misma en el espacio público.

Las grandes corporaciones tecnológicas no aparecieron como industrias más eficientes ni como simples intermedia-

rias entre oferentes y consumidores: lo que inauguraron fue un nuevo sistema tecnoinustrial. Sus operaciones no modificaron solo la producción, el intercambio o el consumo, sino la relación entre esos elementos, desplazando el lugar desde el que se generaba valor. En ese punto comenzó a perfilarse un fenómeno desconocido en la historia económica: la incorporación sistemática de la experiencia humana al proceso productivo.

Esta transformación explica, desde sus cimientos infraestructurales, lo que en capítulos anteriores se había presentado como reconfiguración de la esfera pública, mutación de la arquitectura social digital y características específicas del diseño de las interfaces contemporáneas. Allí se describían sus manifestaciones visibles, aquí comienza a aparecer su principio organizador. Lo que hasta ahora parecía un paisaje inevitable de vínculos modificados, de circulación acelerada, de desmoderación de los encuadres o de restricciones invisibles sobre la palabra, encuentra su raíz en un nuevo orden de productividad. No fue la esfera pública la que cambió por sí misma: fue reorganizada por un sistema que necesitaba integrar cada gesto, cada movimiento y cada tiempo de atención a una economía que ya no se sostenía en la producción directa de objetos o servicios, sino en la extracción continua de excedente conductual.

En este capítulo descendemos una capa más, hacia el nivel donde la infraestructura deja de ser soporte y se vuelve matriz. Aquí se vuelve visible cómo las grandes plataformas digitales establecieron un poder de escala inédita, consolidando un circuito de dependencia estructural que abarca empresas, Estados, instituciones y ciudadanos. Y aquí comienzan a perfilarse las condiciones que harán posible una nueva forma de gubernamentalidad, cuya lógica será examinada en la capa siguiente.

6.1 – La reorganización del capitalismo: plataformas, información y vigilancia

La mutación del sistema productivo es profunda. No se trata simplemente de la aparición de nuevas empresas tecnológicas compitiendo en mercados ya existentes, sino de la consolidación de una forma económica capaz de englobar, coordinar y reorganizar al conjunto de las actividades sociales. En este sentido, Srnicek (2018) propuso entender el presente como una fase de *capitalismo de plataformas*: no un sector más de la economía digital, sino una forma organizativa del capital adaptada a las condiciones históricas de estancamiento, competencia global y caída de la rentabilidad.

Las plataformas no son solo empresas que ofrecen servicios en línea, sino infraestructuras que median, estructuran y gobiernan interacciones entre múltiples actores, y cuyo objetivo central es la captura sistemática de datos. En un contexto en el que los márgenes de ganancia tradicionales se vuelven cada vez más estrechos, los datos emergen como un insumo estratégico: no tanto por su valor inmediato, sino por su capacidad para ser acumulados, procesados y utilizados como base de nuevas formas de control, predicción y dependencia económica. De este modo, las plataformas funcionan como dispositivos de reorganización del capitalismo en su conjunto, estableciendo estándares, concentrando poder y tendiendo estructuralmente al monopolio mediante economías de red y barreras técnicas de entrada.

Desde una tradición distinta, pero convergente en sus implicancias, Marcos Dantas (2019) ha ofrecido una interpretación decisiva para comprender esta mutación estructural. Su aporte permite pensar el presente no como un capitalismo que incorpora información a sus procesos, sino como un régimen en el que la información misma se vuelve el principio organizador de la acumulación. En este desplazamiento, lo que antes operaba como insumo auxiliar de la producción

pasa a asumir el estatuto de trabajo social y de capital, integrándose directamente en los circuitos de valorización.

Dantas muestra que las plataformas digitales operan como infraestructuras de extracción de trabajo informacional no remunerado. Las interacciones cotidianas de los usuarios (comunicarse, desplazarse, consumir contenidos, manifestar preferencias, sostener vínculos) no constituyen meros actos de uso o consumo, sino actividades productivas que alimentan sistemas diseñados para reducir los tiempos de circulación del capital. Esto último refiere a la disminución del lapso que separa la producción de valor de su realización económica: anticipar demandas, ajustar ofertas en tiempo real, minimizar incertidumbres y acortar los ciclos entre inversión, decisión y retorno. La información generada en esos procesos no es un subproducto accidental, sino el resultado de una forma de trabajo social distribuido que las plataformas capturan e integran directamente en mecanismos de valorización, sin establecer ninguna relación salarial.

Desde esta perspectiva, los algoritmos cumplen una función análoga a la del capital fijo en la fábrica industrial. Son el resultado de trabajo técnico y científico previo, pero su valorización efectiva depende de la actividad constante de millones de usuarios que, sin percibirse como trabajadores, hacen operar esos sistemas mediante sus gestos, elecciones y recorridos. La plataforma no extrae valor a pesar de la vida social, sino a través de ella. La experiencia cotidiana se integra así al circuito de acumulación como fuente directa de valor económico.

Este desplazamiento permite comprender por qué las plataformas no pueden analizarse como simples empresas de servicios digitales. Funcionan como infraestructuras centrales del capitalismo contemporáneo, capaces de reorganizar sectores enteros de la economía al imponer estándares técnicos, formas de medición, ritmos de circulación y criterios de relevancia. Al reducir los tiempos de realización del capital

y al concentrar enormes volúmenes de información procesable, estas infraestructuras refuerzan dinámicas de concentración, dependencia y poder monopólico que reconfiguran el conjunto del sistema productivo.

Desde otro ángulo, pero con conclusiones que refuerzan este diagnóstico sistémico, Shoshana Zuboff (2020) ha conceptualizado estas transformaciones bajo la noción de *capitalismo de la vigilancia*. Su aporte central consiste en mostrar que la reorganización económica impulsada por las plataformas no se limita a la extracción y procesamiento de datos como insumo productivo, sino que se funda en la apropiación sistemática de la experiencia humana como materia prima. A partir de este giro, una parte creciente de la vida cotidiana es capturada sin consentimiento explícito, traducida en datos comportamentales y transformada en modelos predictivos cuya finalidad no es comprender el mundo social, sino anticipar y rentabilizar conductas futuras.

Zuboff subraya que este régimen inaugura un nuevo tipo de poder económico y político, basado en una asimetría radical de conocimiento: unas pocas corporaciones concentran capacidades de observación, inferencia e intervención sobre poblaciones enteras, sin someterse a controles democráticos ni a lógicas de rendición de cuentas. El capitalismo de la vigilancia no se define solo por la monetización de la información, sino por la constitución de mercados de futuros conductuales y por la progresiva orientación de la conducta humana como medio de asegurar predicciones confiables. En este sentido, el sistema tecnoindustrial no aparece únicamente como una infraestructura económica, sino como un orden institucional que compite con la democracia en la definición de cómo se organiza la vida social, cómo se toman decisiones y qué formas de futuro resultan posibles.

Estas caracterizaciones no describen abstracciones teóricas, sino un orden económico encarnado en actores concretos que concentran infraestructuras, datos y capacidades de

intervención a una escala sin precedentes. El capitalismo de plataformas, el capitalismo informacional y el capitalismo de la vigilancia no operan como lógicas difusas: se materializan en corporaciones específicas que lograron transformar su posición técnica en poder estructural. Para comprender cómo este sistema se vuelve operativo a escala global es necesario examinar a quienes lo organizan, lo administran y lo expanden.

6.2 – La megaconcentración de poder y la inversión de la relación económica

El ascenso de las *Big Tech* no fue una expansión empresarial más: fue la formación de un poder estructural que reorganizó la economía global. Alphabet, la corporación que controla Google y su ecosistema de servicios, y Meta, empresa matriz de Facebook, Instagram y WhatsApp, alcanzaron un nivel de concentración económica, comunicacional y política que solo encuentra precedentes en los grandes monopolios industriales del siglo XX, aunque con una diferencia crucial: su control no se ejerce sobre bienes de consumo visibles, sino sobre infraestructuras técnicas que organizan la circulación, la visibilidad y la interacción social.

Alphabet dispone de un ecosistema que funciona como puerta de acceso *de facto* al espacio público digital: el motor de búsqueda que decide lo visible, el navegador que estructura el uso cotidiano de la web, la red de videos más grande del planeta, el sistema operativo móvil más extendido del mundo, los servicios de mapas y movilidad que organizan la relación entre los sujetos y los territorios, y un sistema de almacenamiento y procesamiento en la nube que aloja buena parte de la actividad informacional contemporánea. Google, Chrome, YouTube, Android, Maps, Waze y Cloud no son servicios dispersos: conforman una arquitectura integrada que cubre la producción, la circulación y la verificación de infor-

mación, así como la movilidad, el tiempo de pantalla y las trayectorias de interacción.

Meta, por su parte, gobierna una constelación de plataformas donde transcurre la sociabilidad digital contemporánea: Facebook, Instagram, WhatsApp y Messenger. Allí se concentra la comunicación interpersonal, la organización de vínculos comunitarios y afectivos, la circulación de imágenes, noticias y discursos públicos, y la mediación de demandas sociales que antes pasaban por instituciones periodísticas, culturales o políticas.

Lo decisivo es que ninguno de esos servicios fue concebido prioritariamente para satisfacer necesidades del usuario, aunque esa haya sido su narrativa pública. Su finalidad real consistió en desarrollar y perfeccionar mecanismos de captura de excedente conductual, ampliar las superficies de contacto con la experiencia humana y aumentar la granularidad de los rastros digitalizados. Cada nueva herramienta, cada nueva función, cada nuevo entorno ampliaba la disponibilidad de datos para el interior del sistema. Su despliegue no respondía a la lógica del servicio, sino a la lógica de la extracción.

Esta reconfiguración inaugura un punto de quiebre: por primera vez, el cliente de los servicios digitales no es quien los utiliza. Los usuarios no consumen información: son convertidos en fuentes de insumo para la producción de predicciones comercializables. El ciclo económico comienza con la captura de la experiencia, continúa con su procesamiento y clasificación, y culmina en la venta de comportamientos futuros¹ a quienes buscan intervenir sobre decisiones indivi-

1 Conviene aclarar que las plataformas digitales se benefician de los síntomas sociopolíticos analizados en este libro, aunque no todas por las mismas vías. Alphabet y Meta basan su rentabilidad en la extracción de excedente conductual y la venta de comportamientos futuros predecibles. X (ex Twitter), aunque participa de la

duales o colectivas. En esta arquitectura, el usuario es indispensable, pero no para beneficiarse del servicio, sino para alimentarlo.

La distinción entre cliente y usuario, relativamente estable en la economía industrial, se invierte aquí por completo. El consumidor aparente es solo un actor contingente en una cadena que tiene otro destino: la industria de modelización y anticipación de comportamientos. Esta separación constituye el fundamento del nuevo sistema tecnoindustrial, porque desplaza la relación económica desde el intercambio de bienes entre productores y consumidores hacia un mercado en el que se compra y vende la capacidad técnica de intervenir sobre el comportamiento humano.

6.3 — La apertura de un mercado inédito en la historia: comportamientos futuros

El surgimiento de este mercado representa un acontecimiento inédito. Hasta hace muy poco, la economía capitalista organizaba sus actividades en torno al trabajo humano, a la producción de bienes y servicios, y a la circulación de mercancías. Pero jamás había integrado sistemáticamente la experiencia humana como materia prima de su proceso productivo. El excedente conductual es precisamente esa porción de la vida que puede ser decodificada en patrones, correlaciones y tendencias que permiten anticipar acciones futuras.

monetización de la atención, obtiene rédito principalmente de la intensificación del conflicto discursivo en tiempo real, que incrementa la permanencia, la interacción y la visibilidad de la plataforma, sosteniendo su valor publicitario, su centralidad en la agenda pública y su uso para el entrenamiento de sistemas de IA.

Ese excedente inaugura la mercancía más sofisticada de la historia económica: la predicción. Se trata de un bien que no existía, que no podía existir sin una infraestructura digital capaz de registrar comportamientos a escala planetaria, y que hoy constituye el núcleo de la rentabilidad de las grandes plataformas. El comportamiento se vuelve objeto de intercambio, y el futuro se vuelve campo de explotación.

Esta apertura de un mercado de comportamientos futuros reconfigura el orden productivo. La economía ya no depende principalmente de la extracción de trabajo, sino de la captura de la atención, del tiempo de pantalla, de la intensidad de la participación y del flujo continuo de microacciones que los usuarios realizan en sus dispositivos. Cada una de esas acciones aparentemente insignificantes, invisibles incluso para quienes las realizan, produce una huella que puede ser transformada en predicción. La experiencia deja de ser vivida solamente por quien la experimenta: es procesada por un sistema tecnoindustrial que la convierte en mercancía.

6.4 — La intermediación obligatoria y el circuito de dependencia universal

Desde esta perspectiva, se comprende que la interfaz, tal como se analizó en una capa anterior, no es un diseño inocente: es la superficie donde la experiencia humana se vuelve legible para el sistema. Su arquitectura organiza los ritmos, las interacciones, los desvíos y las permanencias, configurando un entorno donde cada gesto produce un rastro. Esa dinámica es la condición de posibilidad del mercado de predicciones, y por eso la interfaz se transforma en una pieza central del sistema tecnoindustrial.

El nuevo sistema no solo reorganizó la economía. Produjo, al mismo tiempo, un circuito de dependencia que afecta de manera simultánea a empresas, gobiernos y ciudadanos. Las corporaciones necesitan a las plataformas para adquirir visi-

bilidad, gestionar publicidad, acceder a métricas de audiencia, procesar transacciones y coordinar operaciones logísticas. Los Estados dependen de ellas para comunicar políticas públicas, difundir información oficial, sostener infraestructuras digitales críticas, administrar servicios y monitorear dinámicas sociales. Los ciudadanos, por su parte, recurren a estas infraestructuras para informarse, interactuar, trabajar, movilizarse y participar en la vida pública.

Esta dependencia es estructural. Ya no existe, fuera del sistema, un espacio suficientemente amplio desde el cual recuperar autonomía sin asumir costos significativos. La economía, la cultura y la política se encuentran atravesadas por mediaciones cuyo funcionamiento no controlan, y esa mediación dejó de ser una opción secundaria. Para publicar, es necesario aparecer en espacios cuya visibilidad es organizada y jerarquizada por plataformas según criterios de rendimiento. Para informarse, el acceso a la realidad se produce a través de motores de búsqueda y feeds que ordenan contenidos no en función de su relevancia pública, sino de su compatibilidad conductual. Para comunicarse, se utilizan redes de mensajería y sociabilidad que se han convertido en el soporte ordinario de vínculos familiares, laborales, educativos y políticos, y cuya gratuidad aparente se sostiene en la captura continua de interacciones.

En el plano de la movilidad y de la vida cotidiana, esta mediación se vuelve especialmente visible. Para desplazarse, se recurre crecientemente a sistemas de navegación y transporte gestionados por plataformas que no solo indican rutas, sino que registran trayectorias, tiempos, preferencias y patrones de circulación. En muchas ciudades, por ejemplo, solicitar un vehículo, un taxi o un traslado nocturno resulta inviable sin pasar por aplicaciones específicas. En determinados territorios, la intermediación digital se ha vuelto condición material de acceso al transporte, al trabajo por encargo, a la entrega de bienes o a servicios básicos. La elección deja de organizarse en torno a usar o no usar la plataforma, sino

entre participar del sistema o quedar excluido de circuitos fundamentales de la vida urbana.

Algo similar ocurre en el trabajo, el comercio y el sostenimiento de ingresos. Para vender, contratar, conseguir tareas o mantener reputación profesional, millones de personas dependen de plataformas que intermedian evaluaciones, pagos, visibilidad y oportunidades. Incluso ámbitos históricamente ajenos al mercado digital quedan subsumidos en esta lógica: sistemas de turnos y seguimiento en salud mediados por aplicaciones que registran hábitos y rutinas; educación gestionada por entornos que monitorizan tiempos, participaciones y recorridos cognitivos; consumo cultural organizado por plataformas que infieren estados de ánimo y modulan preferencias. En todos estos casos, la dependencia no se explica por una necesidad abstracta de conectividad, sino por la centralidad adquirida por infraestructuras cuyo funcionamiento económico requiere capturar, procesar y anticipar conductas.

Es precisamente esta trama de dependencias la que permite comprender por qué las *Big Tech* ocupan una posición sin precedentes históricos. Operan como intermediarios estructuralmente inevitables. En la economía industrial, el vínculo entre productores y consumidores, aunque profundamente desigual y mediado por instituciones comerciales y dispositivos de marketing, conservaba un rasgo distinto: la transacción podía pensarse como un intercambio directo, regulable, sin que una infraestructura privada controlara de manera sistemática el acceso, la distribución y la circulación de lo que cuenta como visible, disponible o intercambiable. En el nuevo sistema, las plataformas se interponen de manera estructural entre ambos, organizando esos accesos y extrayendo valor de esa posición. Son pocos los productores que pueden prescindir de estas infraestructuras y pocos los ciudadanos que pueden resolver sus necesidades cotidianas sin atravesarlas. La intermediación deja así de ser una opción funcional y se convierte en una condición ineludible del orden social contemporáneo.

6.5 — Un poder multidimensional: economía, cultura y política entrelazadas

Esta posición confiere un poder multidimensional. En términos económicos, las plataformas organizan la producción, controlan el acceso a los mercados y administran los criterios de visibilidad que determinan el éxito comercial. En términos culturales, moldean la circulación de sentidos, deciden qué aparece y qué desaparece, y configuran los horizontes simbólicos donde se forman preferencias y creencias. En términos políticos, gobiernan la infraestructura de la palabra pública, administran la información que circula entre ciudadanos e instituciones, y determinan los canales por los que se articulan demandas, debates y disputas colectivas.

La distinción clásica entre base económica y superestructura cultural se vuelve insuficiente. La infraestructura digital no está debajo ni encima de la sociedad: está entrelazada con ella. Su operación simultánea en los niveles productivo, simbólico y político disloca esa división tradicional. La infraestructura deviene a la vez condición material de la economía y matriz organizativa de la cultura y la política. Este sistema redistribuye la soberanía entre Estados, plataformas, nubes corporativas y usuarios, produciendo una geografía del poder que ya no coincide con las fronteras territoriales. Desde esta perspectiva, la infraestructura digital no sólo sostiene la vida social: la ordena, la administra y la redefine como parte de un régimen computacional que interviene simultáneamente en los planos económico, cultural y político.

Ese poder opera mejor cuanto más invisible resulta su funcionamiento. La eficacia del sistema depende de que su dimensión infraestructural se presente como un entorno natural, inevitable o simplemente conveniente. Sus mecanismos se vuelven parte del paisaje y, por lo tanto, dejan de ser interrogados.

6.6 — La privatización de lo común y la pérdida de soberanía institucional

La naturalización del sistema tecnoindustrial produce así una torsión en la soberanía. Gran parte de los fundamentos de la red había surgido como un proyecto público, descentralizado y cooperativo, sostenido por infraestructuras desarrolladas con financiamiento estatal y orientadas a la libre circulación del conocimiento. Sin embargo, la progresiva comercialización de Internet y la concentración de servicios en manos de corporaciones privadas convirtieron esa red pública en un territorio corporativo. La soberanía dejó de estar en manos de instituciones democráticas y pasó a depender de decisiones empresariales que operan sin control político directo.

Las instituciones públicas, las universidades, los organismos científicos y administrativos quedaron subordinados a infraestructuras que no fueron elegidas para gobernar. Cada una de sus actividades depende de plataformas que definen las condiciones de acceso, almacenamiento, circulación y visibilidad. No se trata de censura ni de coerción: se trata de dependencia infraestructural. La libertad se redefine como la posibilidad de elegir entre opciones que no fueron diseñadas por el usuario, sino por un sistema cuyo interés primordial es maximizar la extracción de excedente conductual.

6.7 — La fusión total: la humanidad ingresa al mercado

En este punto, el sistema tecnoindustrial adquiere un contorno nítido. Su novedad no reside simplemente en digitalizar procesos económicos ya conocidos, sino en articular, dentro de un mismo dispositivo corporativo, funciones que la teoría clásica separaba. Las grandes plataformas operan en la producción económica al extraer, procesar y valorizar da-

tos, pero esa misma extracción exige intervenir en la circulación cultural, orientar la visibilidad pública, modular afectos, reorganizar vínculos y administrar tiempos de atención. Su posición es doble y simultánea: actúan como empresas productivas que generan valor y, a la vez, como agentes que moldean los marcos simbólicos, políticos y culturales dentro de los cuales ese valor se vuelve posible.

No se trata, por lo tanto, de una economía que *usa* la cultura o de una cultura que *refleja* la economía, sino de un ensamblaje donde ambas dimensiones se reconfiguran mutuamente. Las plataformas capturan conductas para obtener beneficios, pero para capturar conductas deben intervenir en la esfera pública, rediseñar las formas de aparición, imponer ritmos perceptivos y modelar interacciones. La extracción económica depende de la producción de subjetividad, y la producción de subjetividad queda imbricada en la lógica de valorización. En este movimiento, lo que antes estaba distribuido entre niveles teóricos distintos (lo material y lo simbólico, lo productivo y lo interpretativo) aparece ahora integrado en un circuito único que sostiene su propio funcionamiento.

En este sentido, el nuevo sistema tecnoindustrial fusiona en una misma operación la creación de valor y la configuración del sentido. La plataforma no solo organiza la producción: organiza la percepción. No solo intermedia el trabajo: intermedia la experiencia. No solo distribuye mercancías: distribuye relevancia, visibilidad, emoción y pertenencia. Lo económico, lo cultural y lo político dejan de ser esferas diferenciadas y pasan a constituir variables internas de un mismo dispositivo que necesita, simultáneamente, datos, afectos, comportamientos y relatos para sostener su rentabilidad.

En el trasfondo de esta convergencia se encuentra la mutación que hizo posible todo lo anterior: la apertura de un nuevo mercado basado en la anticipación y el tratamiento sistemático de los comportamientos futuros. Al convertir en

insumo económico las huellas mínimas de la vida cotidiana, el sistema incorpora a la humanidad misma en el circuito de valorización. Es esa mercantilización de lo humano lo que permite que las plataformas se expandan en simultáneo sobre la base económica y la superestructura simbólica, integrando, en un mismo movimiento, producción, sentido y subjetividad.

Desde aquí resulta evidente por qué los síntomas examinados al comienzo del libro no pueden entenderse como simples transformaciones comunicacionales. La desmoderación en los encuadres, la volatilidad del espacio público, la polarización afectiva, la erosión de las mediaciones institucionales, la arquitectura social basada en visibilidad y rendimiento, y la interfaz que orienta la experiencia no son fenómenos dispersos: son manifestaciones superficiales de un sistema que integra producción, comunicación y subjetividad en una misma economía política del comportamiento.

La esfera pública alterada encuentra su causa en plataformas que administran la aparición y el acceso. La arquitectura social digital, reorganizada en torno a interacciones fragmentadas y métricas de circulación, es el correlato sociotécnico de un modo de producción que necesita rastros de conducta para funcionar. El diseño de la interfaz, pulido, envolvente, aparentemente neutro, no es un detalle técnico: es el plano donde la experiencia humana es forzada a volverse compatible con la extracción de valor. Y los síntomas sociopolíticos que atraviesan las democracias contemporáneas (desde la intensificación afectiva hasta la contracción del tiempo necesario para pensar lo común) derivan de este mismo proceso que convierte la experiencia en insumo y, al hacerlo, borra las fronteras entre economía, cultura y gobierno de la conducta.

6.8 — Hacia el gobierno invisible

Este descenso revela el suelo del libro. Aquí, en el sistema tecnoindustrial, convergen las mutaciones que se desplegaron en capas anteriores. Y aquí comienza a insinuarse que este régimen, con toda su densidad económica y política, no basta para dar cuenta del modo en que se organizan las acciones posibles dentro de su interior. Todo sistema requiere un principio de gobierno: una forma de orden que no impone por prohibición, sino por configuración.

Es allí, en esa capa todavía no revelada, donde se define cómo se orientan los comportamientos, cómo se modulan las condiciones de posibilidad, cómo se anticipan las trayectorias humanas antes de que tengan lugar. Si el sistema tecnoindustrial constituye la infraestructura material de esta mutación histórica, lo que la hace operativa es una forma de gubernamentalidad que actúa en otro nivel.

A ese nivel descenderemos en el próximo capítulo. Allí comenzará a volverse visible aquello que este sistema apenas deja entrever: el orden que gobierna silenciosamente las conductas y que encuentra en el contexto neoliberal su terreno de expansión. Allí se revelará la capa que estructura, por debajo de las demás, la posibilidad misma de este mundo.

CAPA 7 – GUBERNAMENTALIDAD ALGORÍTMICA

La escena contemporánea exige un desplazamiento en nuestra mirada: no basta con reconstruir las mutaciones visibles de la esfera pública, ni con descender hacia las arquitecturas sociales que redefinen los vínculos, ni con haber desarmado las superficies de la interfaz. En el corazón de esa deriva aparece un poder más profundo, que opera sin discurso, sin razón subjetiva, sin legitimación explícita, y que sin embargo ordena el presente con una eficacia que ningún régimen anterior había alcanzado. Esa forma de poder, situada en la zona ciega de la experiencia digital, es lo que la teoría ha comenzado a llamar *gubernamentalidad algorítmica*.

Pero para comprender su emergencia, y sobre todo su modo de operación, necesitamos reingresar al dominio que la hizo posible. Esta nueva racionalidad política se monta sobre un derrotero más largo: la deriva que va desde la soberanía medieval hasta la biopolítica moderna, desde la dis-

ciplina hasta el gobierno de los públicos y, finalmente, desde el neoliberalismo hasta la producción de un sujeto reconfigurado como capital humano. Solo en ese entrecruzamiento se vuelve inteligible la forma inédita de orientación de las conductas que hoy regula la vida social, reorganiza los vínculos, perfora el sentido público y captura la palabra antes de que pueda volverse acontecimiento político.

Lo que encontramos en el centro de la gubernamentalidad algorítmica no es una técnica más, ni un dispositivo puntual. Se trata de un régimen de poder que reorganiza lo viviente, lo público y la subjetividad bajo la forma de un cálculo automático. La interfaz fue su máscara; la arquitectura social, su dispositivo de modelación vincular; los síntomas políticos que abrieron este libro fueron su ruido externo. Recién aquí, al desarmar el entorno algorítmico, vemos aparecer la lógica profunda capaz de explicar todas las capas anteriores y, sobre todo, la erosión misma de la democracia.

7.1 — El viraje histórico: de la soberanía a la biopolítica

El itinerario que conduce a la gubernamentalidad algorítmica comienza con un desplazamiento aún más amplio: el traspaso del poder soberano hacia un poder centrado en la vida. Michel Foucault (2000; 2006; 2007) reconstruyó ese tránsito como un giro decisivo en la historia occidental. Durante la Edad Media, la soberanía representaba un poder territorial y jurídico: su derecho fundamental consistía en “hacer morir o dejar vivir”. El soberano ejercía control sobre un territorio y su potencia se medía en la capacidad de infligir la muerte, de expulsar, de castigar, de defender fronteras. El derecho *de espada* era la figura central de esa racionalidad política.

A partir del siglo XVII, comienza a gestarse un cambio silencioso: emergen nuevas técnicas disciplinarias que ya no

se orientan a la muerte sino a la regulación detallada de los cuerpos. La escuela, la fábrica, la prisión, el cuartel se convierten en laboratorios de normalización. Inicialmente, la disciplina no reemplaza por completo a la soberanía, pero la complementa: allí donde la soberanía marca límites y prohíbe, la disciplina observa, clasifica, ordena, corrige.

Recién en el siglo XIX se produce la inflexión decisiva: la biopolítica. El objetivo del poder ya no es solo vigilar cuerpos individuales sino administrar la vida de la población. La *población* deja de ser un agregado circunstancial: se convierte en objeto de conocimiento mediante estadísticas, demografía, medicina social, previsiones económicas, cálculos de mortalidad y mecanismos de higiene pública. La política se redefine como una gestión de fenómenos globales: nacimientos, enfermedades, longevidad, productividad, contagios, circulación. Ya no se trata de imponer leyes al territorio (soberanía), sino de “hacer vivir y dejar morir”: producir salud, prolongar la vida útil, mejorar la fuerza productiva, reducir riesgos.

Ese giro funda una nueva racionalidad de gobierno: la *gubernamentalidad*. Es el momento en que el Estado ya no se limita a prohibir o castigar, sino que aprende a orientar comportamientos y a moldear condiciones sin necesidad de una interpellación directa. La disciplina y la biopolítica se entrelazan: una individualiza, la otra *generaliza*. Pero ambas anticipan algo que la contemporaneidad radicalizará: la idea de que gobernar es gestionar la vida, modular flujos, producir normalidad, anticipar desvíos.

Sin este trasfondo, es imposible comprender por qué el entorno algorítmico pudo constituirse en la forma más depurada y más silenciosa de conducción social de nuestro tiempo.

7.2 – La emergencia del “público”: del organismo biológico al organismo simbólico

A la luz de ese derrotero, la figura del *público* aparece como una derivación imprescindible de la biopolítica. Foucault mostró que la población es un objeto biológico, pero es también un organismo simbólico: un conjunto de opiniones, hábitos, temores, expectativas, prejuicios y disposiciones que pueden ser conocidas, orientadas, estimuladas y reguladas.

El descubrimiento del “público” como entidad gobernable constituye uno de los giros más decisivos del siglo XIX. Si la disciplina se aplicaba sobre cuerpos individuales y la biopolítica sobre poblaciones en su dimensión vital, el gobierno de los públicos actúa sobre la población considerada como superficie de opinión y comportamiento. Ese plano sociopolítico despliega tecnologías específicas: economía política, educación, mercado, propaganda, prensa, estudios de audiencia. Su objetivo no es prohibir ni castigar, sino modular percepciones, direccionar creencias, orientar predisposiciones.

A fines del siglo XIX y principios del XX, este campo se profundiza a través de saberes especializados: psicología de masas, investigación empírica de comunicación, técnicas de propaganda, primeros estudios de marketing. Todo ello configura una serie de tecnologías que ya no operan sobre cuerpos ni sobre variables demográficas, sino sobre los circuitos afectivos, cognitivos y simbólicos que definen la vida colectiva. Como muestran Flavia Costa y Julián Mónaco (2023), el público se convierte allí en un verdadero objeto político: un campo de intervención donde distintas instituciones disputan la capacidad de influir en la conducta social.

El público, entendido así, es una invención histórica a través de la cual la biopolítica se desplaza hacia una dimensión estética, cognitiva y cultural. En ese registro, el gobierno ya no se ejerce sobre la vida biológica, sino sobre la circulación del sentido: ya no produce cuerpos dóciles, sino percepciones disponibles. Ese giro es clave para comprender la deriva pos-

terior. La gubernamentalidad moderna aprendió a modificar comportamientos influyendo sobre percepciones compartidas. La gubernamentalidad algorítmica, en cambio, lleva esa lógica al extremo al desplazar el discurso, la persuasión y la representación, y sustituirlos por un cálculo automático que reorganiza el horizonte de lo visible y de lo probable.

7.3 — El neoliberalismo y la producción del “empresario de sí”

La racionalidad que permite el salto hacia la gubernamentalidad algorítmica no proviene únicamente de las transformaciones estatales. Surge, sobre todo, del reordenamiento de la subjetividad producido por el neoliberalismo. En sus cursos de 1978-1979, Foucault (2007) analiza una mutación ideológica cuyos efectos hoy resultan decisivos: el nacimiento de la *teoría del capital humano* en la escuela de Chicago.

En la crítica neoliberal, la economía clásica aparece caracterizada como un enfoque que habría reducido el trabajo a un factor de producción comparable al capital y la tierra. El salario es presentado como el precio de venta de una fuerza de trabajo cuantificable por tiempo, y nada en ese esquema parece atender a la singularidad del trabajador.

El neoliberalismo reconfigura ese marco de manera radical. Becker (1964) y Schultz (1961) entienden el salario no como precio, sino como renta de un capital: el trabajador ya no vende fuerza de trabajo, sino que administra un activo llamado “capital humano”, compuesto por habilidades, educación, capacidades y motivaciones. En ese marco, la educación deja de pensarse como un proceso formativo colectivo y se redefine como una inversión individual orientada a maximizar la productividad futura.

Ese desplazamiento produce una nueva figura subjetiva: el *empresario de sí*. Cada individuo se ve compelido a gestio-

narse como una cartera de activos y recursos escasos: cada elección (tiempo libre, salud, vínculos, cuidado, formación) aparece reconfigurada como una apuesta financiera. La vida entera se economiza: cada decisión se reinterpreta como un procedimiento continuo de valorización y la identidad se re-evalúa permanentemente como rendimiento.

El giro no es simplemente teórico: tiene efectos estructurales sobre la vida social. Cuando el neoliberalismo redefine la conducta en términos de inversión y gestión de riesgos, prepara el terreno para un tipo de poder que ya no necesita persuadir ni prohibir: basta con producir entornos donde ciertas acciones aparezcan como más eficientes, rentables o disponibles que otras. La libertad deviene un simulacro de elección entre opciones previamente curadas por una racionalidad que opera antes de la decisión.

Ese marco explica también la disposición con la que el discurso político contemporáneo absorbe la lógica del capital humano. Una de las primeras medidas del gobierno de Javier Milei fue la creación de un “Ministerio de Capital Humano” y la disolución de ministerios clásicos como “Educación” y “Desarrollo Social”, en un gesto que condensa la idea neoliberal en su forma más explícita: la vida, la formación, el bienestar, la salud, la reproducción social y hasta la vulnerabilidad se convierten en dimensiones administrables de un capital individual cuya valorización depende del rendimiento.

Este reordenamiento subjetivo es indispensable para comprender por qué el poder algorítmico se vuelve hegemónico en nuestra época. Un sujeto entrenado para medirse, optimizarse, compararse, autoevaluarse y competir se vuelve especialmente permeable a un entorno que captura cada gesto, lo convierte en dato, lo compara con patrones globales y lo reinyecta en un circuito de predicción que retroalimenta su conducta. La gubernamentalidad algorítmica se monta sobre esta subjetividad neoliberal y la expande a escala infraindi-

vidual, automatizando su lógica hasta volverla indistinguible del medio técnico que la gestiona.

7.4 – La fórmula contemporánea: gubernamentalidad algorítmica

El salto conceptual se vuelve visible recién aquí. La *gubernamentalidad algorítmica*, tal como la conceptualizan Rouvroy y Berns (2018), no es simplemente la digitalización de la gubernamentalidad moderna: es un nuevo régimen. En él, las técnicas de conducción dejan de operar mediante discursos, normas o pedagogías institucionales y pasan a funcionar a través de correlaciones estadísticas que actúan sobre los trazos digitales del comportamiento.

En primer lugar, la gubernamentalidad algorítmica opera como un poder *sin logos*. No necesita decir nada, no necesita argumentar ni persuadir: no requiere legitimidad discursiva. Gobierna sin interpellación directa. Su acción se inscribe en el plano de lo tácito: organiza los menús de opciones, jerarquiza visibilidades, modela disponibilidades, activa vínculos potenciales, sugiere orientaciones afectivas, intensifica ciertas emociones, amortigua otras. Como poder silencioso, opera exclusivamente en el registro de lo probable.

En segundo término, este poder prescinde de *interioridad subjetiva*. A diferencia de la gubernamentalidad clásica, que necesitaba producir un tipo de sujeto capaz de autogobernarse, el algoritmo ya no necesita apelar a la interioridad o a la comprensión. Se trata de un neoconductismo informatizado: no busca interpretar el deseo ni moldear la conciencia, le basta con correlacionar señales para anticipar comportamientos. Saber quiénes somos le es irrelevante, lo decisivo es cómo actuamos y, sobre todo, cómo es estadísticamente probable que actuemos.

Otra de sus dimensiones centrales es su capacidad para *modular conductas*. El algoritmo no prohíbe ni ordena, sino que construye entornos donde ciertas acciones se vuelven más fáciles, más disponibles, más visibles, más gratificadas. Al reorganizar el campo de aparición, produce acciones sin necesidad de formulación normativa. La conducta emerge como un efecto de las condiciones de un entorno que no se presenta como poder, sino como servicio, comodidad, personalización y eficiencia.

Finalmente, este régimen interviene directamente en la *organización de las relaciones*. Decide quién aparece para quién, amplifica ciertos conflictos, nutre determinadas comunidades afectivas, disuelve otras, ajusta la circulación de la palabra, administra la prominencia de temas, organiza la temporalidad de los acontecimientos.

En conjunto, la gubernamentalidad algorítmica puede entenderse como una racionalidad (a)normativa que ya no goberna mediante reglas explícitas ni mandatos reconocibles, sino a través de la modulación anticipatoria de entornos de acción. A partir de la recolección y el procesamiento automático de grandes volúmenes de datos, el sistema no describe sujetos ni produce identidades estables, sino que opera sobre trayectorias estadísticas en permanente actualización. La normatividad no se impone desde fuera: se incorpora silenciosamente a las condiciones mismas de circulación, haciendo que ciertas conductas resulten más probables que otras sin necesidad de una formulación explícita. De este modo, la acción cotidiana se orienta como si el orden que la organiza fuera natural, cuando en realidad es el efecto de una ingeniería continua de correlaciones que inciden probabilísticamente en los comportamientos futuros.

7.5 – El entorno algorítmico: la capa invisible del gobierno digital

Si la interfaz ordena la experiencia visible (el feed, las notificaciones, la circulación de contenidos, los ritmos de exposición), el entorno algorítmico constituye la infraestructura invisible que calcula, anticipa y modula cada gesto. Allí se extrae, correlaciona, clasifica y monetiza la información conductual. En ese plano subterráneo se juega el poder real.

Su primera función es la *retención*. Lo que se disputa no es la atención como acto consciente, sino el tiempo psíquico disponible. Cada segundo retenido es un punto más en la curva de predicción y un insumo adicional para el modelo.

Su segunda función es el *engagement*. La interacción deja de ser participación para convertirse en métrica. Likes, contenidos compartidos, comentarios, pausas, desplazamientos: cada microgesto se vuelve señal. La tasa de *engagement* (interacciones totales ÷ alcance total) no mide deseos, opiniones ni intenciones en sentido subjetivo, sino la intensidad observable del comportamiento. No se trata de comprender qué quiere un sujeto, sino de registrar cómo reacciona. El *engagement* opera así como un sustituto técnico del deseo: una traducción conductual que permite al sistema evaluar la reactividad, comparar patrones y ajustar sus intervenciones sin necesidad de acceder a ninguna interioridad.

La tercera función es la *extracción* continua de datos. No importa tanto lo que decimos, sino cómo actuamos. Cada oscilación temporal, cada patrón de consumo, cada microvariación afectiva queda registrada. El usuario no produce “contenido”: produce excedente conductual que alimenta una maquinaria de correlación automática.

La cuarta función es la *venta de probabilidades*. Lo que se comercializa no son datos individuales, sino segmentos estadísticos: propensión a comprar, a reaccionar, a comentar, a adherir, a temer. La publicidad deja de ser un mensaje para

convertirse en una intervención probabilística sobre poblaciones infinitesimalmente segmentadas.

Todo esto conduce a un resultado decisivo: el entorno algorítmico *organiza la conducta* antes de que sea consciente. Fenomenológicamente, lo probable se vuelve preferible, lo visible se vuelve verdadero y lo sugerido se vuelve propio. Y lo que no aparece en el campo de disponibilidad desaparece de la experiencia.

Esta infraestructura no administra solo comportamientos: administra cultura. Agustín Berti describe este proceso como una “administración algorítmica de la cultura”, donde el viejo ideal de lo inapropiable (aquel que se resistía a ser plenamente capturado por el mercado o por el archivo) se ve erosionado por plataformas que transforman toda expresión en contenido clasificable y rentable (Berti, 2020). La cultura deja de ser un campo de obras, prácticas y tensiones irreducibles para convertirse en un flujo continuo de unidades equivalentes sometidas a métricas de circulación. En ese sentido, el entorno algorítmico no solo organiza la experiencia individual, sino que redefine el horizonte cultural de lo común: aquello que adopta la forma de “contenido” se deja absorber por la maquinaria de equivalencias del sistema, mientras que lo que no logra traducirse a ese formato queda relegado a una zona de sombra ontológica: existe, pero sin mundo, privado de las condiciones que permiten aparecer, circular y hacerse legible para otros.

7.6 — Hacia la capa final: la gubernamentalidad estratificada del presente

Todo lo analizado conduce ahora a un punto crítico del descenso. La gubernamentalidad algorítmica no opera sobre un vacío ni a través de un único dispositivo, sino mediante un sistema estratificado de capas que se articulan y se retroalimentan de manera constante. La interfaz organiza la

superficie sensible de la experiencia, la arquitectura social distribuye relaciones, el entorno algorítmico anticipa probabilidades, la economía de la atención captura temporalidades, la racionalidad neoliberal configura subjetividades. Ninguna de estas capas actúa de forma aislada: cada una está parcialmente determinada por algunas de las otras y, a la vez, produce efectos sobre las restantes. El conjunto funciona como una dinámica móvil que regula qué capas se vuelven perceptibles y cuáles permanecen en segundo plano ante la mirada social, de modo que el sistema nunca aparece como totalidad, sino como una serie de manifestaciones parciales cuya combinación y jerarquía varían según las coyunturas críticas y las exigencias del poder que las articula.

Lo decisivo, y lo inquietante, es que este régimen de visibilidad no es estable: es una dinámica calculada, un movimiento perpetuo que reasocia capas, modula sus relaciones causales y redefine sus interferencias. Ese sistema estratificado, que hasta ahora solo insinuamos, será clave para comprender cómo este nuevo poder gobierna sin mostrarse, cómo produce orden sin discurso y cómo reconfigura la vida social sin necesidad de coerción.

Una genealogía de este régimen, como la que propone Mariano Gendler al reconstruir las condiciones históricas de emergencia de las actuales lógicas de transparencia y opacidad algorítmicas, permite comprender que nada de esto es un destino técnico inevitable (Gendler, 2023). Los algoritmos que hoy gobiernan la visibilidad y la probabilidad son el resultado de decisiones situadas, inscriptas en ciertas contingencias económicas, geopolíticas y epistémicas, y podrían haber adoptado otras formas. Esta perspectiva obliga a pensar la gubernamentalidad algorítmica no solo como diagnóstico, sino también como campo de disputa: si el poder actual se ejerce mediante la modulación automática de relaciones, cualquier política que aspire a limitarlo o reorientarlo deberá intervenir en la configuración de esos dispositivos, en las instituciones que los legitiman y en las formas de subjetivación

que los hacen deseables. Lejos de clausurar la posibilidad de resistencia, la gubernamentalidad algorítmica desplaza su escena: ya no se trata solo de confrontar discursos, sino de cuestionar los regímenes técnicos que configuran las condiciones de aparición de lo enunciable.

Será en el próximo capítulo donde abordaremos esa arquitectura dinámica: el régimen de visibilidad y causalidad entre capas que permite a la gubernamentalidad algorítmica operar como poder difuso, ubicuo y adaptativo. Allí aparecerá la forma final del descenso, el punto donde las capas dejan de ser niveles separados y se revelan como una matriz política de dependencias mutuas, gobernada por un poder que se disfraza de entorno.

ESTRATIGRAFÍA DE LAS CAPAS

Este capítulo puede leerse como una puerta lateral. Quien llega hasta aquí sin haber recorrido el descenso por las capas anteriores no está necesariamente atrasado, está, más bien, parado en el borde de una zona de subducción, mirando de golpe la forma general del terremoto. Todo lo que el libro desplegó hasta ahora (síntomas sociopolíticos inquietantes, mutaciones de la esfera pública, reorganización de la sociabilidad digital, diseño de interfaces, entorno algorítmico, nuevo sistema tecnoindustrial, racionalidad neoliberal) puede condensarse, con cierto riesgo, en una imagen: la de una deriva tectónica silenciosa que ya sacudió el suelo de nuestras democracias. La imagen de la cebolla, apenas insinuada en el título, nombra esa estructura laminar del mundo social, capas que se encastran y se desplazan como placas tectónicas. No un cataclismo súbito, visible desde cualquier ventana, sino un desplazamiento progresivo que comenzó en la infraestructura, se extendió al ecosistema comunicacional

y terminó alterando la forma misma en que pensamos, sentimos y hacemos política.

Este capítulo reconstruye, de manera invertida, ese sistema de capas. En lugar de partir de lo que se ve (insultos, polarización, outsiders dogmáticos en el poder, deformaciones del lenguaje político), comenzará por las condiciones profundas que hicieron posible este escenario y ascenderá hacia la superficie. El recorrido irá desde el contexto neoliberal que reorganizó la racionalidad del gobierno y de la economía, pasando por el descubrimiento del excedente conductual y la emergencia de un nuevo sistema tecnoindustrial, por la capa invisible del entorno algorítmico y el diseño sensible de las interfaces, hasta llegar a la arquitectura social digital, la esfera pública transmutada y los síntomas visibles de la política contemporánea.

El objetivo no es repetir lo ya enunciado, sino mostrar cómo estas capas forman un sistema dinámico, donde cada nivel actúa como condición de posibilidad del siguiente y, al mismo tiempo, conserva márgenes propios de funcionamiento. No se trata de una máquina con engranajes perfectamente sincronizados, sino de un ecosistema variable pero eficaz, que opera a distintas escalas de visibilidad y causalidad. Comprender esa estratificación es condición mínima para pensar otra cosa: un ecosistema digital democrático que no se limite a “regular” el desastre existente, sino que dispute la construcción misma de lo posible, hacia donde se orientará el último capítulo del libro.

8.1 — Neoliberalismo y sistema tecnoindustrial: el subsuelo del desplazamiento

El punto más profundo de este mapa no está en las pantallas ni en los algoritmos, sino en un modo de racionalidad que antecede a las plataformas y les brinda su matriz de inteligibilidad. El neoliberalismo no es solo un conjunto de

políticas económicas, sino una forma de gobierno que define al individuo siguiendo una lógica empresarial, convierte la competencia en norma de vida y transforma toda relación social en oportunidad de rendimiento. Sobre ese suelo se vuelve pensable, deseable y jurídicamente admisible que los datos, los vínculos y la atención se conviertan en recursos económicos disponibles.

A esa racionalidad se suma otra mutación decisiva: la emergencia de un nuevo sistema tecnoindustrial centrado en la extracción y explotación de excedente conductual. La digitalización de la vida cotidiana (primero a través de las computadoras personales, luego mediante la protocolarización global de Internet) permitió que acciones antes transitorias ingresaran en circuitos de registro permanente. El colapso de la burbuja de las *puntocom* reveló que la simple presencia *online* no era suficiente para sostener un modelo de negocios, y fue entonces cuando ciertos actores descubrieron que los residuos de nuestra conducta (clics, tiempos de permanencia, secuencias de navegación, patrones de repetición) podían convertirse en un insumo económico de enorme valor.

Ese hallazgo abrió la puerta a una transformación estructural: la experiencia humana dejó de ser contexto de la economía para convertirse en materia prima. El sistema tecnoindustrial que se consolidó desde comienzos del siglo XXI integra producción económica, infraestructura tecnológica y vida social en un mismo circuito. Ya no se trata solo de fabricar bienes o prestar servicios: se trata de organizar un entorno en el que cada gesto, cada interacción, cada fragmento de tiempo pueda ser capturado, correlacionado y monetizado.

En esta capa profunda, la economía deja de funcionar como un subsistema diferenciado y pasa a operar como principio organizador de la percepción, el vínculo y la experiencia. La infraestructura tecnológica deja de ser un mero soporte instrumental y se convierte en el medio a través del cual esa racionalidad económica se inscribe en la vida social.

Aquello que la teoría clásica ubicaba en la “superestructura” (las formas de comunicación, los marcos culturales, la esfera pública) ya no aparece por encima de una base material, sino como parte de un mismo circuito donde producción de valor y producción de sentido se co-implican. La plataforma integra ambos niveles al exigir, para su funcionamiento económico, intervenir en la configuración simbólica de la experiencia, mientras que esa forma de producción de sentido solo adquiere eficacia dentro de una maquinaria orientada a la valorización. Así, economía y tecnología se entrelazan en un bucle que reorganiza simultáneamente a empresas, Estados, instituciones y personas.

La deriva tectónica, en este punto, no es una metáfora exagerada. Lo que se modificó no fue un sector productivo, sino la forma en que el capitalismo puede integrar la existencia humana a su lógica de valorización. Las consecuencias políticas de esta mutación se desplegarán en las capas siguientes.

8.2 — Una lógica total que perfora el sistema

Lo que emerge de este recorrido es que la transformación del sistema tecnoindustrial no solo reorganizó la economía y la infraestructura técnica, sino también la forma contemporánea de conducir la vida colectiva. La expansión global de estas arquitecturas digitales no puede pensarse únicamente como el triunfo de un sector económico ni como la irrupción de un conjunto de empresas con ambiciones planetarias. Lo que se ha desplegado es algo más profundo: una racionalidad técnica capaz de inscribirse simultáneamente en las bases del sistema social y en su superestructura simbólica.

Esa racionalidad técnica no sustituye a otras racionalidades históricas (políticas, económicas o administrativas), pero sí introduce un modo de funcionamiento que altera su equilibrio. No opera mediante decretos ni instituciones formales, sino mediante la configuración silenciosa del entorno: oriен-

ta los gestos posibles, dispone trayectorias, modula expectativas, organiza el tiempo y distribuye lo que puede aparecer como relevante. En esa medida, su eficacia no depende de una voluntad centralizada, sino de una arquitectura: es el diseño mismo del ecosistema digital el que prefigura los márgenes de acción.

Lo notable es que esta racionalidad técnica no permanece confinada a la infraestructura que la impulsó. Perfora cada una de las capas que estructuran la vida social (económica, informacional, afectiva, política) y, al hacerlo, adquiere la capacidad de operar como una forma de gubernamentalidad. No una gubernamentalidad ligada a actores específicos, sino una que emerge de la propia lógica del sistema, de su modo de organizar percepciones, vínculos y comportamientos. Su fuerza histórica no proviene de una intención unívoca, sino de la escala que alcanzó su despliegue, y de la manera en que logró penetrar la experiencia cotidiana hasta desafiar los recursos democráticos con los que solíamos gobernarnos.

Lo que descubrimos, al observar la estratificación completa, es que esta racionalidad ha alcanzado una preeminencia inédita: reconfigura la economía, reescribe la mediación institucional, redefine los tiempos y lugares de la acción pública y condiciona las formas actuales de subjetividad. No actúa como un mando central ni como un proyecto explícito de dominación, sino como un poder omnipresente que se insinúa en cada capa, desde las bases infraestructurales hasta las tramas simbólicas donde se organiza lo común. Su eficacia proviene de esa ubicuidad: de la manera en que se vuelve ambiente, horizonte operativo, condición naturalizada de la experiencia. En esa expansión silenciosa se vuelve comprensible la tensión de fondo: la aparición de una gubernamentalidad tecnoindustrial que, al atravesarlo todo, pone en jaque la posibilidad misma de una democracia capaz de orientarse en un entorno que ya no controla.

8.3 — El entorno algorítmico: la capa invisible del gobierno de la conducta

Entre el sistema tecnoindustrial y la superficie visible de las plataformas se encuentra una capa decisiva: el entorno algorítmico. No es un simple conjunto de programas que ordenan contenidos o recomiendan productos, sino la infraestructura invisible que calcula, anticipa y modula la conducta a gran escala. Allí se extraen, correlacionan y clasifican los rastros de actividad que el sistema tecnoindustrial necesita para funcionar. Allí se decide qué vale la pena retener, qué patrones deben ser intensificados, qué segmentos de población se vuelven objeto de intervención.

El entorno algorítmico cumple, al menos, cuatro funciones estratégicas. La primera es la *retención*: lo que se disputa no es solo la atención consciente, sino el tiempo psíquico disponible. Cada segundo retenido en la plataforma mejora la capacidad predictiva y genera nuevo excedente conductual. La segunda es el *engagement*: la interacción deja de ser participación para convertirse en métrica; *likes*, comentarios, elementos compartidos, pausas y desplazamientos se transforman en señales que miden el deseo, la adhesión y la reactividad. La tercera es la *extracción* continua de datos: no importa tanto lo que decimos, sino cómo actuamos; cada oscilación temporal, cada microvariación afectiva se registra y se integra a modelos cada vez más sofisticados. La cuarta es la *venta* de probabilidades: lo que se comercializa ya no son datos en bruto, sino perfiles estadísticos que permiten intervenir sobre poblaciones segmentadas con una granularidad extrema.

El entorno algorítmico organiza la conducta antes de que esta sea plenamente consciente, preconfigura el campo de lo que puede aparecer como opción razonable y relega al resto a una zona de inexistencia práctica. La libertad no desaparece, pero se vuelve una libertad operando en un tablero cuya disposición ha sido previamente intervenida.

En términos de visibilidad, esta capa es paradójica. Hoy se habla mucho de algoritmos, pero casi siempre en términos vagos, éticos o conspirativos. Se los presenta como entidades omnipoentes o como cajas negras incomprensibles, cuando lo relevante es su inserción en un sistema de extracción y gobierno de la conducta. El entorno algorítmico se volvió tema de conversación sin volverse objeto de comprensión profunda. Se perciben sus efectos (polarización, burbujas, viralidad tóxica), pero se ignora, en gran medida, su racionalidad estructural y su relación con las capas sociales y económicas.

8.4 — La interfaz: superficie sensible de un poder sin rostro

Si el entorno algorítmico constituye la capa invisible del gobierno digital, la interfaz es su rostro táctil. Pantallas, feeds, notificaciones, métricas de reacción, gestos mínimos como deslizar, pulsar, actualizar: todo ese repertorio compone la gramática sensible mediante la cual la infraestructura algorítmica se vuelve experiencia cotidiana. La interfaz no es un mero decorado gráfico, sino una forma contemporánea de normatividad: organiza los tiempos, las intensidades y los modos de aparición de lo social.

Desde el punto de vista de las capas, la interfaz ocupa un lugar particular. Es simultáneamente visible e imperceptible. Visible porque todos la tocamos, la miramos, la habitamos a diario. Imperceptible porque su poder regulador opera precisamente a través de la familiaridad: cuanto más “intuitiva” se vuelve, menos reconocemos que nos orienta. La interfaz decide cuánto dura cada presencia en el campo visual, qué se superpone a qué, qué gestos requieren un solo toque y cuáles exigen varios pasos, define qué aparece como opción por defecto y qué queda escondido detrás de menús secundarios. Es una tecnología de la atención y del tiempo.

Su relación con las capas sociales es ambivalente. Por un lado, es la causa más inmediata de muchas transformaciones en la sociabilidad y en la esfera pública: la temporalidad acelerada, la fragmentación de la conversación y la imposibilidad de sostener la demora necesaria para el pensamiento están directamente vinculadas con decisiones de diseño de la experiencia. Por otro lado, esa causalidad se percibe, generalmente, solo como efecto individual: ansiedad, fatiga, compulsión a la actualización, dificultad para concentrarse. Rara vez se la piensa como causa de mutaciones estructurales en el vínculo social y en la política.

La interfaz, en ese sentido, funciona como una membrana: traduce el cálculo invisible del entorno algorítmico en estímulos sensibles que reorganizan la vida cotidiana. Es la capa donde la gubernamentalidad digital se incorpora a la motricidad fina y al campo perceptual.

8.5 — Arquitectura social digital y esfera pública transmutada: la forma actual de lo común

Por encima de la interfaz se despliegan las capas sociales: la arquitectura social digital y la esfera pública transmutada. La primera remite al diseño de los vínculos en las plataformas: relaciones no recíprocas de seguidores y seguidos, pirámides de visibilidad, jerarquías basadas en un nuevo capital de circulación digital, figuras de influencers que concentran la capacidad de traducir el flujo algorítmico en orientaciones afectivas y políticas. La segunda alude al régimen de circulación de la palabra pública: un espacio fragmentado, personalizado, regido por métricas de rendimiento y por encuadres microsegmentados.

Estas capas son menos visibles que los síntomas, pero más visibles que el entorno algorítmico o el sistema tecnoindustrial. Muchos usuarios perciben que las redes cambiaron la manera de relacionarnos o que la discusión pública se volvió

intolerable, pero suelen atribuirlo a rasgos técnicos o generacionales, sin captar que se trata de efectos de una arquitectura relacional específica. La sociabilidad digital se ha organizado alrededor de una pirámide de atención en la que pocos concentran visibilidad masiva y muchos quedan confinados a circuitos de irrelevancia estadística: el éxito depende de la compatibilidad con formatos intensivos, breves y altamente afectivos, y la autoridad digital se redefine en función del rendimiento, relegando el conocimiento tradicional y la experiencia.

La esfera pública, por su parte, dejó de funcionar como un espacio relativamente unificado de interlocución para convertirse en un territorio donde los encuadres se radicalizan sin fricción. La fragmentación persiste y produce burbujas donde cada quien navega agendas desde percepciones incommensurables, pero su efecto más profundo es otro: al disolverse la necesidad de dirigirse a públicos amplios y heterogéneos, se erosiona la moderación que antes imponía la comunicación masiva. Allí donde los medios tradicionales debían equilibrar tonos y matices para no perder legitimidad ante audiencias plurales, las plataformas premian encuadres agudos, identitarios y afectivamente intensificados, diseñados para impactar en segmentos cada vez más precisos. Lo que se transforma, entonces, no es solo la distribución de la palabra, sino su forma: la disputa por la atención reemplaza la vocación de persuasión amplia, y la representación del mundo se reorganiza en torno a marcos narrativos que maximizan la reacción antes que la comprensión. La consecuencia es una esfera pública que no solo se fragmenta, sino que pierde progresivamente sus mecanismos de contención, permitiendo que versiones cada vez más extremas o simplificadas de lo real ganen centralidad en la vida colectiva.

En términos de visibilidad y causalidad, estas capas ocupan una posición intermedia. Son causa de los síntomas (polarización extrema, normalización del insulto, debilitamiento de las mediaciones institucionales, volatilidad de la opinión

pública), pero sus principios de funcionamiento suelen permanecer encubiertos. Se las percibe como efectos espontáneos de la “vida en redes”, no como resultado de decisiones técnicas e infraestructurales ancladas en el sistema tecnoinustrial y en la gubernamentalidad algorítmica.

8.6 – La capa de síntomas: superficie fracturada

Al final de este recorrido invertido aparece la capa más visible: la de los síntomas sociopolíticos. Aquí la mutación del ecosistema digital se condensa en escenas que, de tan frecuentes, corren el riesgo de volverse normales: líderes que construyen su capital político a partir del exabrupto permanente, la descalificación personal y el insulto; discursos de odio que convierten al adversario en enemigo irreductible; campañas electorales apoyadas en contenido audiovisual diseñado para provocar reacción instantánea; la conversión de la política en espectáculo continuo, donde cada commoción pública es absorbida por otra antes de que pueda sedimentarse en la experiencia colectiva.

El caso argentino ofrece un ejemplo particularmente nítido. La llegada al poder de una figura sin trayectoria partidaria, sin experiencia de gestión y con un discurso que, en otro contexto histórico, habría sido considerado inadmisible, no puede explicarse solo por la crisis económica, el desgaste de las fuerzas políticas tradicionales o el disgusto social acumulado. Esos factores son decisivos, pero insuficientes. Lo que permitió que un individuo aislado, dogmático, sin estructura territorial consolidada, pudiera convertirse en presidente (y seguir concentrando poder a pesar de decisiones que profundizan el deterioro social) es la articulación entre ese malestar y un ecosistema digital como el que analizamos en este libro.

Las plataformas ofrecieron un laboratorio perfecto para esa emergencia: circuitos de difusión donde el líder podía construirse como un *outsider* justiciero, miniaturas de furia

utilizadas como sueños visuales para la captura afectiva, comunidades identitarias cohesionadas más por el odio compartido que por un proyecto articulado. El entorno algorítmico identificó rápidamente la rentabilidad de esa retórica y la impulsó; la interfaz garantizó su disponibilidad permanente; la arquitectura social digital tradujo esa presencia en capital político; la esfera pública microfragmentada se volvió incapaz de producir un contrapeso capaz de orientar la formación de criterios comunes; los dispositivos de la palabra sin retorno y las estructuras anti-rélicas blindaron con inmunidad al líder frente a toda contra-argumentación razonada.

En este nivel donde el recorrido alcanza la superficie, los síntomas tienden a confundirse con las causas. Muchos diagnósticos atribuyen la mutación del espacio público a fallas educativas, a deterioros éticos generacionales o a una supuesta pérdida de racionalidad colectiva. Lo que este libro ha intentado mostrar es que esos fenómenos no son desvíos accidentales, sino la expresión visible de un sistema estratificado que articula infraestructura, economía, tecnología, sociabilidad y subjetividad.

La experiencia social resultante puede describirse, entonces, como una escena extrema pero cada vez más habitual: un país atravesado por conflictos profundos cuya percepción pública aparece absorbida por un flujo continuo de estímulos, donde la conmoción se sucede sin sedimentación y la atención se desplaza antes de que pueda formarse un juicio compartido. No se trata solo de una saturación informativa, sino de un debilitamiento progresivo del mundo común, esa trama de realidad compartida sin la cual la acción política pierde orientación y la vida colectiva se acostumbra a habitar entre apariencias que ya no remiten a nada.

8.7 – Un challenge como síntesis operativa de las capas

Entre los múltiples formatos que pueblan hoy el ecosistema digital, los desafíos o *challenges* ocupan un lugar singular. El ejemplo que sigue no busca introducir un fenómeno nuevo ni desviar el recorrido analítico del capítulo, sino mostrar, en una escena cotidiana y reconocible, cómo las distintas capas examinadas a lo largo del libro pueden articularse simultáneamente en un solo dispositivo. Los *challenges* se presentan como juegos colectivos, consignas breves que invitan a realizar una acción, grabarla y compartirla, y existen en versiones muy diversas: algunas inocuas, otras ridículas, otras directamente peligrosas. No han faltado desafíos que derivaron en lesiones graves, muertes accidentales o suicidios, lo que muestra que no se trata de un fenómeno menor ni estrictamente lúdico. Sin embargo, más allá de sus contenidos específicos, lo relevante es su forma: el *challenge* funciona como un dispositivo social de alta circulación que reorganiza lo decible, lo visible y lo deseable bajo la apariencia de participación voluntaria.

Si hace apenas veinte años un director de empresa hubiera solicitado un relevamiento detallado de aquello que sus empleados hacen a sus espaldas, la demanda habría resultado casi irrealizable. Obtener ese tipo de información habría requerido vigilancia encubierta, entrevistas clandestinas o dispositivos coercitivos difíciles de justificar, costosos de implementar y socialmente inaceptables. Nadie habría imaginado que los propios trabajadores relatarían públicamente, en primera persona y con tono festivo, transgresiones, incumplimientos o prácticas informales ocurridas en el espacio laboral. Sin embargo, ese relevamiento hoy existe, es masivo, espontáneo y se produce sin ninguna forma explícita de coerción. En términos del sistema tecnoindustrial que analizamos, se trata de una modalidad eficaz de acceso a datos conductuales profundos, producidos por los propios sujetos

y puestos en circulación sin necesidad de vigilancia clásica. La gubernamentalidad actual logró así lo que antes hubiera sido imposible: un acceso directo a dimensiones sensibles de la conducta laboral privada. El medio no fue la coerción ni el control visible, sino un formato lúdico, aparentemente inofensivo y altamente circulable: un *challenge* viral.

En el desafío conocido como “Escucho pero no despidó”, la escena se organiza como un juego cuidadosamente encuadrado por la interfaz. Un superior jerárquico se sienta de espaldas a sus empleados y frente a la cámara, luego enuncia una promesa tranquilizadora: puede escuchar confesiones sin ejercer castigo. A partir de allí, los trabajadores relatan acciones que, fuera de ese marco, podrían dar lugar a sanciones, conflictos o reclamos formales. Lo decisivo no es el contenido anecdótico de esas confesiones, sino el tipo de información que el dispositivo permite extraer y poner en circulación: prácticas informales, microtransgresiones, climas laborales, tensiones latentes y modos reales de funcionamiento que rara vez emergen por canales institucionales. Desde el punto de vista del entorno algorítmico, el formato resulta especialmente rentable: produce material altamente reaccionable, emocionalmente intenso y fácilmente amplificable. El *challenge* funciona así como un mecanismo de extracción de excedente conductual profundo, producido de manera voluntaria y compatible con los criterios de visibilidad de las plataformas.

Al mismo tiempo, el formato reconfigura la arquitectura social digital al estetizar la asimetría estructural entre jefe y empleado. La jerarquía no desaparece: se disimula. La autoridad se ejerce bajo la forma de una indulgencia patronal escenificada, y la obediencia ya no se obtiene mediante amenaza o sanción, sino a través de un clima afectivo donde la exposición voluntaria aparece como un juego compartido. La promesa de “no despedir” no elimina la relación de subordinación, pero la vuelve momentáneamente invisible, neutralizando su potencial conflictivo y desplazando el con-

flicto del plano institucional al plano performativo, según las coordenadas de la ideología de la voluntariedad contractual.

Desde esta perspectiva, el *challenge* opera también como una forma de *catarsis* controlada. Demandas reales vinculadas a condiciones laborales, malestares estructurales o tensiones cotidianas no se articulan como reclamos colectivos ni como conflictos organizables, sino que se traducen en relatos anecdóticos, canalizados en clave individualizada y efímera. Lo que podría dar lugar a negociación, sindicalización o protesta se disuelve en una exhibición humorística sin traducción política. En términos de esfera pública, este desplazamiento no es neutro: el conflicto no se discute, se exhibe; no se politiza, se dramatiza; no se tramita colectivamente, se consume como escena. La descarga emocional sustituye a la elaboración política, y la escena permite “decirlo todo” precisamente para que nada tenga consecuencias estructurales.

Finalmente, estos desafíos cumplen una función disciplinaria más sutil pero no menos eficaz. Una vez realizada la performance, las confesiones ya han sido expuestas ante compañeros, superiores y audiencias amplificadas por la plataforma. Aquello que se presenta como liberación opera, en la práctica, como mecanismo preventivo: lo confesado queda registrado, circula y vuelve improbable su repetición futura. El control no se ejercerá después del acto, sino antes: la visibilidad pública transforma la confesión en autocontrol.

Desde el punto de vista de la estratigrafía de las capas, este tipo de prácticas resulta ejemplar. En una escena mínima se articulan el sistema tecnoindustrial, que necesita datos profundos; el entorno algorítmico, que premia formatos de alta circulación; la interfaz, que vuelve amable la exposición; la arquitectura social digital, que redistribuye vínculos; la economía de la atención, que monetiza el gesto; y una forma de gubernamentalidad que orienta conductas sin prohibirlas. El poder ya no vigila ni ordena: invita a jugar. Y en ese jue-

go, el trabajo, el conflicto y la subjetividad se vuelven datos, contenidos y disciplina al mismo tiempo.

8.8 – Mutación planetaria, permeabilidades locales

La escena mínima permite ver, en forma concentrada, una lógica cuyo alcance desborda ampliamente ese caso. Las grandes plataformas operan a escala global, la extracción de excedente conductual se realiza sobre miles de millones de usuarios, el sistema tecnoindustrial integra cadenas de valor transnacionales y el entorno algorítmico no reconoce fronteras. Sin embargo, su impacto no es homogéneo. Cada sociedad, cada Estado, cada región ofrece condiciones de entrada diferentes, producto de su historia, su cultura política, sus instituciones y sus conflictos.

En algunos contextos, la penetración de estas lógicas es más abrupta: sistemas de partidos debilitados, instituciones frágiles, tradiciones autoritarias, medios de comunicación altamente concentrados y economías sumidas en crisis recurrentes facilitan que el ecosistema digital se vuelva rápidamente el escenario dominante de la política. En otros, actores tradicionales, como partidos, sindicatos, movimientos sociales, organizaciones comunitarias, logran adaptarse más lentamente, disputando parcialmente el uso de las plataformas, reconstruyendo mediaciones o generando formas híbridas de organización que combinan calle y redes.

La novedad y velocidad de estos cambios han tomado por sorpresa a prácticamente todos los actores: partidos desconcertados ante campañas que se deciden en flujos de contenido que no controlan; sindicatos que aún operan bajo lógicas de siglos pasados; movimientos sociales que oscilan entre la tentación del *trending topic* y la necesidad de construir procesos más lentos; periodistas que ven erosionado su rol; intelectuales que perciben el viraje del lenguaje político pero

no siempre logran situarlo en el contexto global de su surgimiento. La sensación de desorientación es generalizada.

Esta desigual permeabilidad es, al mismo tiempo, amenaza y oportunidad. Amenaza, porque allí donde las defensas institucionales son más débiles, el ecosistema digital actual puede capturar más rápidamente la vida política y degradar la democracia hasta volverla una administración de afectos volátiles. Oportunidad, porque la heterogeneidad de historias y culturas políticas abre la posibilidad de que algunas sociedades ensayan resistencias, experimenten regulaciones, inventen dispositivos alternativos y articulen movimientos capaces de poner en cuestión la arquitectura vigente.

8.9 — La comunidad que falta: una inteligencia colectiva contra el poder planetario

Si algo revela la escala del sistema que hemos descripto es la asimetría abrumadora entre los recursos de las grandes corporaciones tecnológicas y la capacidad de respuesta de cualquier actor aislado. Frente a conglomerados que operan con datos planetarios, modelos estadísticos actualizados en tiempo real y sistemas de inteligencia artificial capaces de procesar la vida social a una velocidad imposible para cualquier institución tradicional, la inteligencia individual, por lúcida que sea, queda reducida a un gesto mínimo. Ninguna trayectoria personal, ningún grupo de investigación, ningún partido político ni sector profesional está en condiciones de comprender por sí solo un fenómeno que los atraviesa a todos y los excede en escala, complejidad y velocidad.

Esa desproporción obliga a reconocer algo que incomoda tanto a la academia como a la política tradicional: no existe resistencia democrática posible sin una comunidad de inteligencia colectiva. No una suma de expertos, sino una trama heterogénea capaz de articular saberes especializados con experiencias situadas, conocimientos técnicos con prácticas

sociales, análisis abstractos con vivencias concretas. El poder que enfrentamos no es solo económico ni solo tecnológico, es una lógica capaz de reorganizar la percepción, el tiempo y la acción colectiva. Solo una comunidad igualmente transversal puede producir orientaciones comunes ante un fenómeno que desborda las fronteras disciplinarias, institucionales y sectoriales.

Esa comunidad no puede reducirse a un solo sector ni a una lógica institucional preexistente. Debe involucrar a comunicadores, movimientos sociales, organizaciones de la sociedad civil, sindicatos, cooperativas tecnológicas, funcionarios públicos, partidos políticos, activistas de base, investigadores, docentes, programadores, artistas. Sectores que rara vez trabajan juntos, pero que hoy están atravesados por un entorno común que redefine sus prácticas, sus diagnósticos y sus horizontes de posibilidad. Lo que está en juego no es un debate teórico ni una discusión metodológica: es la capacidad de producir una inteligencia colectiva capaz de enfrentar un poder global que opera sobre la vida cotidiana con una eficacia nunca antes vista.

Construir esa comunidad implica, además, generar las condiciones para que exista: espacios de encuentro, instituciones permeables, infraestructuras públicas, dispositivos de cooperación, lenguajes compartidos, modos de trabajo capaces de sostener la diversidad sin disolver la orientación común. El primer paso es imaginar, colectivamente, un ecosistema digital basado en principios opuestos a los que gobiernan las plataformas globales: uno que privilegie el pensamiento común por sobre la captación de atención, la reciprocidad por sobre la competencia, la construcción colectiva por sobre la métrica del rendimiento.

Solo una comunidad así (amplia, porosa, plural, organizada) puede comenzar a disputar el territorio donde hoy se decide la forma de nuestras democracias.

8.10 — No administrar el terremoto, cambiar de planeta político

La necesidad de esa comunidad no agota el diagnóstico: apenas lo desplaza hacia su terreno más exigente. Si la escala del poder que enfrentamos obliga a pensar resistencias capaces de igualar su transversalidad, también obliga a reconocer que la devastación que recorren estas capas no deja espacios indemnes. No se trata solo de comprender la profundidad del proceso, sino de advertir que ninguna disciplina, institución o sector podrá, por sí solo, alterar el curso de una dinámica que ya está en marcha. La estratificación que acabamos de describir no es únicamente un mapa de daños: es, al mismo tiempo, un mapa de puntos de intervención que solo adquieren sentido cuando se leen desde la posibilidad de una acción colectiva.

Cada capa (sistema tecnoindustrial, entorno algorítmico, interfaz, arquitectura social digital, esfera pública, síntomas) señala un plano distinto en el que esa comunidad puede intervenir, no como un actor exterior que observa el desastre, sino como un ensamblaje capaz de reconstruir las condiciones de lo común allí donde la racionalidad tecnoindustrial lo volvió terreno inestable. Comprender el sistema no basta, es necesario inventar formas de vida política capaces de disputarle, capa por capa, la manera en que organiza la experiencia.

La necesidad de un *ecosistema digital democrático* no se reduce a la consigna de regular las plataformas o educar a los usuarios. Esas tareas son indispensables, pero insuficientes. Lo que está en juego es la posibilidad misma de configurar un entorno técnico y social donde la vida común no sea subordinada a la extracción de excedente conductual, donde la visibilidad no dependa de la compatibilidad con formatos afectivos rentables, donde la palabra pueda recuperar un tiempo y un espacio que no estén capturados por la previsibilidad estadística y donde la democracia no funcione como

decorado de un algoritmo que ya decidió por anticipado qué conductas son deseables.

Pensar un ecosistema digital soberano, público, democrático y colectivo implica al menos tres movimientos. Primero, desnaturalizar el modelo actual: comprender que el sistema tecnoindustrial vigente es una contingencia histórica, no un destino. Segundo, activar una comunidad heterogénea capaz de articular saberes fragmentados (informáticos, jurídicos, económicos, filosóficos, sociológicos, comunicacionales, educativos) para imaginar infraestructuras alternativas, formas distintas de gobernar los algoritmos, diseños de interfaz que no castiguen la reflexión, arquitecturas sociales que no se organicen exclusivamente alrededor del rendimiento. Tercero, fundar prácticas concretas de acción (políticas públicas, experimentos institucionales, cooperativas tecnológicas, redes ciudadanas) que encarnen, en la medida de lo posible, esos principios.

Recuperar la posibilidad de lo imposible no significa creer ingenuamente que un nuevo ecosistema digital bastará para resolver las crisis de nuestras sociedades. Significa algo más modesto y más decisivo: no aceptar que la única opción disponible sea administrar los daños de una deriva que otros pusieron en marcha. La construcción de un *ecosistema digital democrático* no puede ser un proyecto de laboratorio ni una fantasía tecnoutópica, debe ser una tarea colectiva, conflictiva, anclada en la experiencia concreta de quienes padecen y resisten las formas actuales de gobierno digital.

El capítulo que sigue no ofrecerá un modelo acabado ni un manual de instrucciones. Propondrá, en cambio, algunas bases tentativas: principios normativos, criterios de diseño, lineamientos institucionales y horizontes de acción que permitan comenzar a intervenir sobre el sistema en su conjunto. No será un cierre tranquilizador, sino la apertura de un trabajo que excede largamente a este libro. Porque, si algo mostró el recorrido por las capas, es que no vinimos al mun-

do para marchar en fila hacia el abismo digital, sino para ensayar, con otros, las formas todavía inciertas de una vida en común que no haya renunciado a la dignidad colectiva.

BASES PARA UN ECOSISTEMA DIGITAL DEMOCRÁTICO

Hay momentos en que una sociedad descubre que ha agotado los recursos disponibles para describir aquello que la daña y, sin embargo, todavía no cuenta con el lenguaje adecuado para imaginar lo que podría emanciparla. A lo largo de este libro hemos descendido capa por capa en la arquitectura que sostiene la vida digital contemporánea, no para reiterar diagnósticos conocidos, sino para mostrar cómo cada estrato técnico, social y político inscribe una forma de vida y, al mismo tiempo, oculta la posibilidad de otra. Ahora, en este último nivel, no se trata de cerrar el recorrido sino de abrirllo: sugerir un punto de partida común, un comienzo posible para una imaginación colectiva que permita ensayar los contornos de un Ecosistema Digital Democrático (EDD). Este capítulo no formula soluciones ni prescribe caminos, simplemente ofrece un suelo inicial desde el cual se puede empezar a trabajar.

Nada de lo que aquí se expone busca clausurar el proceso de elaboración común. Se trata, antes bien, de presentar un borrador inicial, un intento de reunir hilos dispersos para activar una comunidad capaz de elaborar, de manera colectiva, las bases de un futuro tecnopolítico distinto. Si este libro tuvo alguna vocación, fue la de intentar contribuir al surgimiento de esa comunidad transversal (académicos, docentes, periodistas, militantes, artistas, funcionarios, ciudadanía) que no se conforme con describir el daño, sino que imagine alternativas y se atreva a darles forma.

Lo que sigue es apenas una hipótesis de trabajo, un ejercicio inicial de imaginación política y técnica.

9.1 — La comunidad como punto de partida

La primera premisa para pensar un Ecosistema Digital Democrático es reconocer que no puede surgir del esfuerzo aislado de un sector particular. Las tecnologías que organizan la vida colectiva no se transforman por decreto ni por diseño unilateral: requieren procesos amplios de discusión, consenso y experimentación. En este sentido, la propuesta no consiste en definir un modelo técnico acabado, sino en impulsar la formación de una comunidad capaz de acordar algunas bases fundamentales. Ese entramado no puede surgir *desde arriba*, debe nacer del entrelazamiento de actores involucrados en la vida digital y política, que reconocen que la arquitectura actual restringe la posibilidad misma de pensar juntos.

De ahí que la primera tarea no sea construir la infraestructura, sino las condiciones para que un sujeto colectivo pueda deliberar sobre ella. Solo una comunidad así podría imaginar protocolos, formas de gobernanza, estándares éticos y reglas de participación que resistan la captura de las lógicas dominantes. Y aun entonces, todo sería tentativo, re-

visible y sujeto a crítica. El ecosistema que aquí se insinúa es más un proceso que un producto.

9.2 — La experiencia por venir

Si una sociedad decidiera ensayar las bases de un Ecosistema Digital Democrático (EDD), ¿qué cambiaría para quienes participan en él? ¿Qué efectos negativos buscaría contener y cuáles potenciar? Las capas previas han mostrado cómo la arquitectura dominante erosiona la atención, degrada la conversación pública, captura la información personal, introduce asimetrías de visibilidad y debilita la capacidad colectiva de producir sentido. Un ecosistema democrático debería invertir esa lógica: proteger la atención en lugar de explotarla, promover la reciprocidad en lugar de la competencia, democratizar la visibilidad en lugar de mercantilizarla, garantizar soberanía sobre los datos en lugar de convertirlos en materia prima corporativa.

Más que ofrecer un listado de funcionalidades, importa delinear el tipo de experiencia que habilitaría. En lugar de usuarios expuestos a un flujo continuo de estímulos diseñados para retenerlos, emergirían sujetos capaces de conocer y participar activamente en la configuración y actualización de su propio entorno técnico. En lugar de un mercado de visibilidad regulado por algoritmos que operan según lógicas desconocidas, se configuraría un espacio donde la palabra circule según criterios transparentes, auditables y accesibles para todos. En lugar de relaciones jerárquicas estructuradas por el modelo de seguidores y seguidos, las interacciones reposarían en vínculos recíprocos entre interlocutores. En lugar de datos extraídos sin consentimiento para alimentar predicciones comerciales, existirían datos comunes y personales gobernados por las propias comunidades que los producen.

Nada de esto garantiza que la convivencia digital se vuelva idílica, pero sí permitiría recuperar un grado mínimo de agencia sobre las condiciones en que se forma lo común.

9.3 – Elementos para pensar un EDD (Ecosistema Digital Democrático)

Pensar un ecosistema digital democrático exige, antes que nada, desmarcarse de las imágenes heredadas. Un ecosistema no es una plataforma, ni una aplicación, ni un servicio puntual alojado en servidores remotos. Tampoco es un espacio monolítico donde todas las funciones convergen en un único centro de decisión. Un ecosistema es un volumen: un territorio técnico, institucional y simbólico donde distintas piezas (protocolos, infraestructuras, modos de visibilidad, vínculos, normas, datos, prácticas) coexisten y se entrelazan. A diferencia de una plataforma, que encierra a los usuarios dentro de un diseño cercado, un ecosistema es un entorno capaz de sostener multiplicidad, federación y extensión. No se agota en su interfaz visible, porque su sentido está distribuido en la arquitectura, en los criterios que organizan la circulación de la palabra y en las formas de gobernanza que lo orientan.

Diseñar (o, más precisamente, imaginar) un ecosistema de este tipo implica abrir un conjunto de preguntas más que ensayar respuestas. No existe un modelo ideal ni un plano maestro que indique qué debe hacerse. Existe, en cambio, un repertorio de decisiones que una comunidad deberá debatir colectivamente. Lo que sigue no son prescripciones, sino dimensiones a considerar en un proceso de construcción común.

Soberanía y formas de gobernanza: todo ecosistema debe decidir quién orienta sus reglas, quién define sus protocolos, quién custodia el bien común digital. Una alternativa es pensar esquemas de gobernanza multiactoral, donde universidades, organismos públicos, cooperativas tecnológicas, organi-

zaciones sociales y ciudadanía compartan la responsabilidad de orientar el proyecto. Otra posibilidad es distribuir esa gobernanza en nodos federados que actúen de manera autónoma pero coordinada. Lo decisivo aquí no es fijar un modelo, sino reconocer que la soberanía técnica depende íntegramente de la arquitectura procedural que la instituya.

Software libre y estándares abiertos: el modo en que se escribe y se comparte el código determina la estructura política de un ecosistema. El software libre y los estándares abiertos permiten auditar, modificar y sostener de manera pública las herramientas que lo componen, pero también requieren una comunidad capaz de hacerlo. Una discusión futura deberá decidir el alcance de esa apertura, las licencias que la sostendrán y los grados de flexibilidad o restricción necesarios para garantizar estabilidad y seguridad.

Identidad digital: toda arquitectura social requiere un modo de identificarse. ¿Identidades verificadas? ¿Identidades pseudónimas? ¿Identidades gestionadas por la propia persona mediante contenedores digitales soberanos? Cada opción tiene efectos distintos sobre la convivencia, la responsabilidad y la protección frente al acoso o la desinformación. Es necesario evitar la naturalización del modelo actual de perfiles corporativos: la identidad digital debe entenderse como un atributo garantizable, no como un bien transable.

Propiedad y distribución de la infraestructura: un ecosistema no existe sin servidores, protocolos, almacenamiento y mantenimiento. Puede imaginarse una red pública federalizada, donde múltiples instituciones sostengan nodos propios; puede pensarse en estructuras cooperativas o mixtas; puede pensarse incluso en modelos comunitarios o centralizados. La pregunta decisiva es qué formas materiales permitirían garantizar autonomía, estabilidad y control colectivo a largo plazo.

Orden de visibilidad y circulación de la palabra: toda comunidad digital necesita criterios que determinen cómo apare-

ce el mundo. Cronología, afinidad temática, diversidad de perspectivas, relevancia comunitaria, ordenación configurable: cada principio produce un tipo de esfera pública distinta. Pensar un ecosistema democrático implica discutir cómo se decide lo visible, cómo se evita la concentración de atención y cómo se impide que la palabra vuelva a ser un privilegio.

Vínculos y reciprocidad: el modelo de seguidores y seguidos introdujo una jerarquía afectiva que organiza el flujo social en términos de exhibición y competencia. Un ecosistema alternativo podría explorar mecanismos de vínculo recíproco, o relaciones simétricas, o círculos deliberativos, o prácticas de correspondencia. No se trata de fijar un formato, sino de asumir que las relaciones técnicas son también relaciones políticas.

Ecología de la atención: un ecosistema democrático debe decidir qué temporalidad promueve: si alimenta la compulsión del flujo o si crea condiciones para la pausa; si multiplica estímulos o habilita modos de lectura más lentos; si reproduce algoritmos de retención o experimenta con algoritmos de desconexión y descanso. La pregunta no es técnica, sino política: ¿qué tipo de atención sostiene una vida común no colonizada por la urgencia?

Datos residuales, migración y borrado: cada gesto digital deja un rastro. Un ecosistema democrático deberá establecer qué datos permanecen, cuáles se eliminan, bajo qué condiciones pueden migrarse y a quién pertenecen. ¿Datos comunes administrados por comunidades? ¿Datos personales inalienables? ¿Modelos híbridos? Lo fundamental es asegurar que la información no se convierta en materia prima expropiada, sino en un recurso bajo control ciudadano.

Densidad de la palabra y formatos expresivos: la mayor parte de las plataformas actuales comprime el discurso. Un ecosistema alternativo podría habilitar formatos extensos, comentarios desarrollados, estructuras de réplica y contrarréplica, espacios de profundización argumentativa, modos

de escritura colaborativa. No se trata de idealizar la lentitud, sino de reconocer que la democracia necesita tiempo, y que ese tiempo puede diseñarse.

Interoperabilidad y escalabilidad: un ecosistema no es una isla, debe poder comunicarse con otros entornos y crecer sin perder coherencia. Protocolos federados, estándares comunes y modularidad técnica constituyen horizontes de diseño, no condiciones predefinidas. Pero son posibilidades que definen el alcance futuro del proyecto: su capacidad de expandirse sin centralizarse.

Protocolos éticos, participación y cartas de principios: todo ecosistema requiere un marco normativo. No uno que congele la práctica, sino uno que oriente su evolución. Puede pensarse en una Carta de Principios y Buenas Prácticas, en mecanismos de participación comunitaria, en formas de mediación y resolución de conflictos, en espacios de deliberación abiertos.

Publicidad, financiamiento y sostenibilidad: ningún ecosistema es neutral en su modo de financiarse. La publicidad produce un orden algorítmico orientado a la monetización. Un modelo democrático deberá discutir si apuesta por financiamiento público, cooperativo, mixto, o por modelos de redistribución entre nodos. La estructura de financiamiento no solo sostiene el ecosistema: lo orienta, delimita sus posibilidades y modela las formas de convivencia que lo habitan.

Pensar un ecosistema digital democrático implica asumir que ninguna de estas decisiones, y muchas otras, es meramente técnica. Todas son, en última instancia, elecciones sobre cómo una comunidad desea organizar su experiencia, su palabra, su tiempo y su modo de estar juntos en el mundo digital. Este apartado no fija respuestas, intenta abrir un mapa. El camino deberá ser recorrido por quienes decidan que la técnica no es solo un entorno que se habita, sino un territorio que se construye colectivamente.

9.4 – Universidades y sistema científico: una hipótesis para el caso argentino

Si este horizonte requiere una comunidad interdisciplinaria, es pertinente preguntar dónde podría surgir, tal vez, el primer impulso. En el contexto argentino, una hipótesis es que el sistema científico y las universidades nacionales podrían desempeñar un rol importante. No por un privilegio epistemológico, sino por una tradición institucional que combina autonomía, vocación pública y capacidad técnica. A lo largo de décadas, las universidades han funcionado como espacios de crítica, experimentación pedagógica y producción de conocimiento colectivo. En un país donde la infraestructura digital pública es frágil y la dependencia de servicios corporativos es estructural, las universidades podrían ofrecer un punto de apoyo para imaginar un ecosistema alternativo.

En esta hipótesis (que es una posibilidad entre otras), las universidades podrían hospedar nodos de un espacio digital público, federado y descentralizado. Cada una alojaría su comunidad local, sus servidores, sus reglas de participación, y todas se conectarían entre sí mediante protocolos abiertos. Participar en este ecosistema implicaría asumir una identidad digital soberana, no subordinada a corporaciones transnacionales; acceder a un entorno de debate sin algoritmos ocultos; utilizar herramientas de trabajo colaborativo, educación, investigación y comunicación cuyo funcionamiento fuera transparente; participar en formas de gobernanza que combinan instituciones públicas, comunidades técnicas y organizaciones sociales. Un sistema así no reemplazaría de un día para otro las plataformas existentes, pero produciría un espacio experimental para quienes buscan otra forma de habitar lo digital.

9.5 – Una genealogía técnica: de la web abierta al fediverso

Imaginar este ecosistema requiere recuperar la historia de quienes, antes que nosotros, intentaron construir una infraestructura basada en principios públicos. En este punto resulta útil recordar el gesto fundacional de Tim Berners-Lee (2000) y su trabajo en el CERN a fines de los años ochenta y comienzos de los noventa. Frente a la dispersión de lenguajes y sistemas incompatibles, Berners-Lee propuso una arquitectura mínima que permitiera vincular información diversa: el URL para identificar recursos, el HTTP como protocolo de comunicación y el HTML como lenguaje para estructurar documentos. Su objetivo no era crear una plataforma propietaria, sino un espacio común para compartir conocimiento. La *World Wide Web* nació como una tecnología pública, sin dueños, sin algoritmos que determinaran qué debía ser visto y qué no.

Ese espíritu se extendió luego al W3C, el consorcio internacional que, bajo la dirección de Berners-Lee, fijó estándares abiertos para sostener la interoperabilidad de la web. Uno de esos desarrollos, *ActivityPub*, resultó crucial para el surgimiento del *Fediverso*, un conjunto de plataformas descentralizadas (como Mastodon, PeerTube o Pixelfed) que retoman la aspiración original de la web: permitir que distintos servidores, comunidades e instituciones puedan comunicarse sin depender de una autoridad central. La importancia de este antecedente no reside en su romanticismo, sino en su demostración de que las arquitecturas abiertas pueden sostener modelos alternativos de comunicación digital.

9.6 – Experiencias contemporáneas: Innsbruck y Baja Sajonia

Existen también experiencias contemporáneas que muestran cómo instituciones públicas pueden desplegar infraestructuras federadas y no comerciales. La *Universität Innsbruck*, en Austria, opera desde hace algunos años una plataforma basada en Mastodon destinada a sus trabajadores y unidades organizativas. Su valor no proviene de su escala, sino de su coherencia: servidores propios, software libre, ausencia de publicidad y algoritmos, protección estricta de datos. Es un ejemplo de cómo una universidad puede convertirse en garante de un espacio digital público dentro de su comunidad.

Un caso diferente, pero igualmente relevante, es la *Academic Cloud* de Baja Sajonia, en Alemania: un consorcio regional que ofrece almacenamiento, mensajería, videoconferencia y una instancia de Mastodon a cientos de miles de usuarios académicos. Allí la federación no es solo técnica, sino institucional: las universidades cooperan entre sí para sostener una infraestructura conjunta, regida por principios públicos y estándares abiertos. Pese a sus limitaciones (alcance acotado, gobernanza aún incipiente), estos modelos permiten vislumbrar cómo podría articularse una red pública argentina, donde cada universidad y, eventualmente, otros sectores sociales, organismos de ciencia y técnica, medios públicos, cooperativas tecnológicas o instituciones estatales, operen como nodo autónomo dentro de un ecosistema común.

9.7 – Escalas posibles: más allá del ámbito académico

Pensar la escalabilidad de estas experiencias implica ampliar la imaginación más allá del ámbito académico. Un ecosistema digital democrático podría servir para fortalecer sec-

tores de la economía social, comunitaria y autogestionada, que hoy dependen de plataformas comerciales para visibilizar y distribuir sus productos. Podría articular comercios regionales que buscan canales de intercambio menos extractivos; ofrecer entornos seguros para distintos niveles educativos; alojar prácticas culturales que no encuentran espacio en infraestructuras corporativas; sostener organizaciones sociales, movimientos territoriales y proyectos de participación ciudadana; facilitar servicios de salud comunitaria; integrar bibliotecas y archivos públicos; promover iniciativas de gobierno abierto y servicios estatales digitales.

Nada garantiza que estos sectores migren masivamente a un ecosistema así, pero su existencia ampliaría el repertorio de opciones disponibles y permitiría explorar formas de cooperación hoy impensables en el plano digital.

9.8 — Límites, posibilidades y la política de imaginar

Por supuesto, es necesario anticipar los límites. Un ecosistema digital democrático no resolverá por sí solo los problemas que afectan a la sociedad ni tiene asegurada la participación voluntaria de ciudadanos habituados a plataformas hegemónicas. Tampoco puede competir en igualdad de condiciones con empresas que cuentan con recursos infinitamente superiores. Sin embargo, incluso si su alcance inicial fuera modesto, ya constituiría una alternativa. Para una parte de la sociedad que ha perdido la capacidad de pensar juntos, disponer de un espacio regulado por otras lógicas sería una oportunidad concreta para reconstruir prácticas de deliberación, cooperación y pensamiento colectivo.

Además, aun si la materialización de ese ecosistema demorara o enfrentara obstáculos, el solo hecho de imaginarlo tiene efectos políticos. Pensar colectivamente una infraestructura democrática deja huellas: reorganiza la manera en

que concebimos la técnica, reabre la pregunta por el bien común, desplaza el horizonte de lo posible. En tiempos donde la imaginación pública parece reducida a administrar daños, es un gesto profundamente político ensayar alternativas, aunque sean tentativas.

Si algo puede ofrecer este capítulo final es una invitación. A quienes investigan y enseñan, a quienes comunican y militan, a quienes diseñan tecnología y a quienes la usan dentro de un entorno que no eligieron: inventar juntos un espacio donde la palabra tenga retorno, donde la técnica deje de funcionar como límite de la acción colectiva y pueda sostener la reconstrucción democrática. El camino no está trazado, y ninguna certeza lo garantiza. Pero incluso los movimientos más modestos comienzan con la decisión de pensar lo que todavía no existe.

Ese es, quizá, el inicio de un Ecosistema Digital Democrático (EDD). Una esperanza técnica y política que todavía no tiene forma, pero ya tiene, al menos, una comunidad posible dispuesta a imaginarla.

EPÍLOGO – Una palabra a tiempo

Hay libros que se escriben para ordenar un archivo, desarrollar una hipótesis o transmitir un saber previamente adquirido. Este, en cambio, llega al final del mismo modo en que comenzó: tentando los límites de un pensamiento que todavía no encuentra un suelo firme. Lo que parecía un diagnóstico sobre las mutaciones de la esfera pública y la reorganización digital de nuestras democracias reveló, con el tiempo, una inquietud mayor: la sospecha de que no estamos frente a un episodio excepcional, sino ante un cambio estructural en las condiciones mismas de posibilidad de la conversación colectiva.

Si algo se volvió evidente a lo largo del recorrido es que el deterioro del espacio público no puede explicarse únicamente por sus manifestaciones visibles. El insulto, la saturación afectiva, la viralidad del agravio o la creciente indiferencia ante la degradación democrática no constituyen fenómenos aislados: son indicadores de un régimen organizador más

profundo. La discusión pública no se desmorona porque sus participantes hayan perdido súbitamente interés en intercambiar argumentos, sino porque el diseño técnico que distribuye la atención y modela los vínculos alteró los ritmos y las expectativas que sostienen la reciprocidad. Allí donde alguna vez hubo un tiempo para escuchar, interpretar y responder, hoy predomina un flujo en el que la voz se dispersa sin retorno. Lo que se desvanece no es la voluntad de hablar, sino la posibilidad de ser escuchado.

El silencio no es, en este contexto, una retirada voluntaria. Es el efecto de un reordenamiento que transforma el intercambio en un gesto sin destinatario. La conversación dejó de ser una práctica social para convertirse en una función estadística, y esa mutación erosiona la base misma sobre la que se sostiene cualquier proyecto democrático: la presencia del otro como interlocutor posible. Que esa presencia se vuelva inhallable no es una fatalidad antropológica, es el síntoma político de un procedimiento técnico que, en su búsqueda de eficiencia, desbarata la condición de reconocimiento mutuo.

Lo preocupante no es solo la emergencia de actores políticos que explotan ese régimen, sino la facilidad con la que logran hacerlo. El problema no es el exabrupto ni la furia individual, sino la arquitectura que los vuelve eficaces. Por eso este libro no se concentró en figuras ni en nombres: prefirió leerlos como capas visibles, no para detenerse en ellas, sino para atravesarlas. *La cebolla y Milei* no designa una biografía ni un temperamento, sino una operación: la manera en que una forma de visibilidad política se vuelve eficaz cuando se subordina a las formas de circulación de un ecosistema digital estructurado por la aceleración, la fragmentación y la excitación permanente. Comprender esa coincidencia permite advertir que la crisis no radica solo en quienes detentan circunstancialmente el poder, sino en las condiciones que lo hacen posible.

En este punto resulta necesario precisar el alcance de la crítica que recorre estas páginas. Señalar las transformaciones actuales de la democracia no implica desconocer los límites, desigualdades y conflictos que atravesaron a las democracias precedentes. Lejos de idealizar una forma pasada del orden democrático, este libro parte del reconocimiento de su carácter históricamente incompleto, tensionado y atravesado por mecanismos de exclusión. Justamente por eso, atender a las mutaciones contemporáneas se vuelve ineludible: no porque introduzcan la dominación allí donde antes no existía, sino porque reconfiguran las condiciones bajo las cuales lo político se organiza, circula y se vuelve inteligible para quienes lo habitan. No se trata de medir pérdidas ni de contraponer épocas, sino de comprender un desplazamiento en los modos de visibilidad, de mediación y de experiencia colectiva que redefine qué conflictos pueden aparecer, cómo se articulan y qué posibilidades reales tienen de ser compartidos y elaborados en común.

Pero si el diagnóstico revela una fragilidad, también exhibe una potencia. Aun en entornos donde la palabra parece disolverse, persiste la posibilidad de construir un espacio común capaz de interrumpir la lógica que lo debilita. Ningún algoritmo puede clausurar por completo la aparición de una conversación que se rehusa a plegarse al ritmo impuesto. Ninguna plataforma puede eliminar del todo la capacidad de articular un nosotros que no sea la suma de consumidores sino la reunión contingente de quienes eligen pensar juntos.

El desafío, entonces, no consiste en restaurar una forma perdida de la conversación pública, sino en inventar otra. Una que asuma la complejidad técnica de nuestro tiempo sin ceder a ella, que reconozca la densidad afectiva de la vida digital sin convertirla en destino, que comprenda la dimensión estructural de la manipulación política sin resignarse a la impotencia. La construcción de un Ecosistema Digital Democrático no es un proyecto químérico ni una consigna: es una tarea colectiva que requiere imaginación institucional, au-

dacia técnica y una disposición sostenida a revisar nuestras certezas. Su viabilidad dependerá menos de un plan acabado que de la persistencia de una comunidad que se reconozca en esa búsqueda.

Este libro no pretende ofrecer un cierre. Si algo deja abierto es la invitación a formar parte de esa comunidad por venir. Quien llegue hasta estas páginas finales tal vez perciba que la pregunta no es cómo proteger la democracia de los riesgos contemporáneos, sino cómo producir nuevas condiciones para que exista. La democracia no se preserva: se compone, se reorganiza, se reinventa. Y esa reinención, como toda práctica común, comienza con un gesto elemental y difícil: recuperar la capacidad de dirigir una palabra a otros, aun cuando no sepamos si la respuesta llegará.

Si este libro logra algo, aunque sea de manera tenue, quiera que fuese eso: habilitar la posibilidad de que una palabra no quede suspendida en el vacío, sino que encuentre, en algún punto, un interlocutor. Que quien lea advierta que no está solo frente a una época que intenta reducir la política al espectáculo y la conversación al ruido. Que todavía es posible sostener la convicción de que una comunidad puede pensarse a sí misma y alterar el rumbo de aquello que la afecta.

No es un mensaje lanzado al mar, aunque a veces lo parezca. Es, más bien, el intento de dejar un espacio abierto para quienes quieran continuar esta tarea. Porque toda comunidad comienza así: con una frase enunciada a tiempo, incluso cuando no sabemos si alguien quiera recibirla. Y porque, pese a todo, la política sigue siendo ese lugar donde una palabra puede todavía interrumpir lo que parece el curso irrevocable del poder.

Referencias Bibliográficas

- Becker, G. S. (1964). *Human capital: A theoretical and empirical analysis, with special reference to education*. University of Chicago Press.
- Berners-Lee, T. (2000). *Tejiendo la red: El diseño original y el destino último de la World Wide Web por su inventor*. SXXI.
- Berti, A. (2020). El fin de lo inapropiable: La administración algorítmica de la cultura. En A. M. Tello (Comp.), *Tecnología, política y algoritmos en América Latina* (pp. 173-189). CENALTES.
- Breton, P. (2000). *La utopía de la comunicación*. Nueva Visión.
- Costa, F., & Mónaco, J. (2023). Tecnopolíticas digitales y gobierno de los públicos. *Papeles de Trabajo* (Número especial: 25 años de la Escuela IDAES-UNSAM), 93-101.

- Crary, J. (2015). 24/7. *El capitalismo al asalto del sueño*. Planeta.
- Dantas, M. (2019). The Financial Logic of Internet Platforms: The Turnover Time of Money at the Limit of Zero. *TripleC*, 17(1), 132-158.
- Dipaola, E. (2023). Individualismo y verdad: Modalidades del discurso verdadero en la era algorítmica. *Anacronismo e Irrupción*, 13(24), 228-244.
- Foucault, M (2000). *Defender la sociedad*. FCE.
- Foucault, M. (2003). *El yo minimalista y otras conversaciones*. La marca.
- Foucault, M. (2006). *Seguridad, territorio, población*. FCE.
- Foucault, M. (2007). *El nacimiento de la biopolítica*. FCE.
- Fraser, N. (1990). Rethinking the public sphere: A contribution to the critique of actually existing democracy. *Social Text*, (25/26), 56–80.
- Gendler, M. (2023). De la cibernetica al metaverso: una genealogía de características, transparencias y opacidades algorítmicas. *Disparidades. Revista de Antropología*, 78(1), 1-8.
- Habermas, J. (1981). *Historia y crítica de la opinión pública*. Gustavo Gili.
- Han, B.-C. (2013). *La sociedad de la transparencia*. Atamansha.
- Han, B.-C. (2014). *Psicopolítica. Neoliberalismo y nuevas técnicas de poder*. Herder.
- Ipar, E., Cuesta, M. y Wegelin, L. (2023). *Discursos de odio. Una alarma para la vida democrática*. UNSam edita.

- Katz, E., & Lazarsfeld, P. F. (1955). *Personal influence: The part played by people in the flow of mass communications.* Free Press.
- Kosinski, M., Stillwell, D., & Graepel, T. (2013). Private traits and attributes are predictable from digital records of human behavior. *Proceedings of the National Academy of Sciences*, 110(15), 5802–5805.
- Mónaco, J., & Mazzuchini, M. (2021). Una mirada foucaultiana a la Mass Communication Research. *Question*, 3(70), 1–15.
- Montero, S. (2024). Una democracia afectada. Polarización y emociones en el discurso de la nueva derecha argentina en redes sociales. *Revista Panamericana de Comunicación*, 6(1), 1-14.
- Negroponte, N. (1995). *Ser digital.* Atlántida.
- Odasso, F. (2024). Emocencia: notas para delinear la nueva realidad de la política. *Cuadernos del Ciesal*, 1(23), pp. 1-31
- Pariser, E. (2011). *El filtro burbuja.* Taurus.
- Rancière, J. (1996). *El desacuerdo.* Nueva Visión.
- Rancière, J. (2011). *El espectador emancipado.* Manantial.
- Rosa, H. (2019). *Resonancia: Una sociología de la relación con el mundo.* Katz.
- Rouvroy, A., & Berns, T. (2018). Gobernabilidad algorítmica y perspectivas de emancipación: ¿Lo dispar como condición de individuación mediante la relación? *Ecuador Debate*, (104), 123–147.

- Sanguinetti, L. (2024). Milei y la espisteme digital en una Argentina neoreaccionaria. *Tram[p]as de la Comunicación y la Cultura*, (89), 1-28.
- Schultz, T. W. (1961). Investment in human capital. *American Economic Review*, 51(1), 1–17.
- Senft, T. M. (2013). Microcelebrity and the branded self. En J. Hartley, J. Burgess, & A. Bruns (Eds.), *A companion to new media dynamics* (pp. 346–354). Wiley-Blackwell.
- Srnicek, N. (2018). *Capitalismo de plataformas*. Caja Negra.
- Stiegler, B. (2016). *Automatic Society. Volume 1: the future of work*. Polity Press.
- Sunstein, C. (2001). *Republic.com*. Princeton University Press.
- Sunstein, C. R. (2017). *#Republic: Divided democracy in the age of social media*. Princeton University Press.
- Terranova, T. (2024). Después de Internet. *InMediaciones de la Comunicación*, 20(1).
- Van Dijck, J. (2016). *La cultura de la conectividad*. Siglo XXI.
- Zuboff, S. (2020). *La era del capitalismo de la vigilancia*. Paidós.

Nota de contacto

Este libro se propuso desde el comienzo como una experiencia de pensamiento. En ese marco, no todo lo que aquí se afirma permanece estable. Si querés continuar esta conversación podés escribirme a:

lcolella@conicet.gov.ar